



MANOS MADRES

Relatos artesanos de Chile

Catalina Darraidou / Fotografía Catalina Riutort y Alejandra Undurraga

MANOS MADRES

Relatos artesanos de Chile

Catalina Darraidou / Fotografía Catalina Riutort y Alejandra Undurraga



La historia de PwC en Chile se inició en Valparaíso junto con la llegada de los primeros auditores ingleses impulsados por el auge del comercio. Hoy, con un siglo de vida y operaciones en distintas ciudades a lo largo del país, hemos querido rescatar parte de la cultura chilena, a través de la belleza de la artesanía nacional.

Esta manifestación humana, interpreta la realidad materializándola con los recursos propios de la identidad chilena y nos permite conocer a nuestro pueblo y sus raíces.

El oficio de estos hombres y mujeres, inspirados en su espíritu creativo, se transmite a través del tiempo y nos revela años de historia.

Hemos querido reunir los testimonios de los artesanos a lo largo y ancho de nuestro territorio y plasmarlo en este libro Manos Madres, esperando que constituya un aporte a quienes lo reciban y las futuras generaciones.

Socios PwC Chile

Proyecto de © Catalina Darraidou
Edición general e investigación: Catalina Darraidou
Colaboración periodística: Carmen Del Villar
Dirección de arte y diseño: Valentina Silva, ESE, www.estudioese.com
Fotografía: Catalina Riutort y Alejandra Undurraga
Corrección de color: Eliana Arévalo
Corrección de textos: María José Rubio
Imagen de portada: Catalina Riutort

Todos los derechos reservados
1ª edición, enero de 2014
Registro de Propiedad Intelectual, Inscripción N° 237.601
Se imprimieron 2.000 ejemplares

Impreso en Ograma Impresores
Santiago, Chile



Los artesanos que presentamos en este libro son personas que han vivido una vida dedicada a su oficio, que han trabajado con cariño su artesanía, que han logrado un cierto nivel de excelencia en los objetos que elaboran y que son reconocidos por muchos de sus pares como buenos artesanos, representantes de una técnica tradicional de nuestro país que da cuenta de una cultura, una historia y una identidad. No son necesariamente los mejores, ni los más premiados ni los que más venden en las ferias; sí son hombres y mujeres enamorados de su oficio, portadores de un saber ancestral poderoso que los busca como medio de expresión. De una fuerza atávica que todavía quiere manifestarse entre nosotros.

Sus manos son manos que palpan la tierra en búsqueda de material: seleccionan, recogen, esquilan, cortan. Fluyen al tiempo de las estaciones. Saben cuándo ponerse en marcha, saben cuándo esperar.

Son manos que modelan, bruñen, hilan, tejen, tallan, pulen. Se ensucian con tierra. Se hacen una con la Tierra y parte de la Creación.

Saben lo que somos y qué necesitamos. Lo saben de hace miles de años. Trabajan con amor y con oficio. Destreza y calma; ritmo cósmico.

Manos fuertes y delicadas. Manos que insuflan alma. Manos que crían y creen. Manos que alimentan y escuchan el grito. Manos Maestras; Manos Madres.

Catalina Darraidou
Editora

INTRODUCCIÓN

El artesano

Cuando hablamos de artesanía, en general, hacemos referencia a un imaginario de objetos realizados con las manos, en condiciones muy precarias, que a veces se asocia a un trabajo mal hecho, pero que más bien denomina piezas que nos evocan recuerdos relacionados con la historia personal o del país, con el territorio o con experiencias vividas que nos han plasmado imágenes que forman parte de la identidad.

Para tener una definición más o menos consensuada, nos acercamos a la propuesta por la UNESCO, hace ya 16 años, que establece que la artesanía la producen los artesanos con la ayuda de herramientas manuales o mecánicas, siempre que la contribución manual sea la que constituye el proceso más importante. Sus materias primas son renovables, se produce en serie, y su propósito es muy diverso; incluye desde fines utilitarios, decorativos y estéticos, hasta simbólicos y religiosos.

El artesano que domina un oficio es generalmente una persona que se dedica tiempo completo a su actividad productiva. Y no puede ser de otro modo, pues la labor demanda una gran cantidad de trabajo: desde recolectar o buscar la materia prima hasta la última terminación.

Aunque hay artesanos que compran la materia prima, en este libro se busca identificar a aquellos que realizan el proceso completo de su trabajo. Maestros y maestras que por lo general han aprendido a realizar el oficio desde su infancia, casi sin darse cuenta, pues su entorno familiar, desde varias generaciones, ha venido ya realizándolo. Es un conocimiento adquirido directamente desde el quehacer, en el que se han involucrado desde niños, como en un juego.

Un tipo de artesano que es artesano por tradición, pero también por decisión. Al poner en una balanza los aspectos positivos y negativos de

su oficio, se queda con los positivos: la libertad de crear, de hacer su propio trabajo, de no depender de otros, de usar el tiempo a su favor.

Hay algunos más emprendedores que han implementado técnicas de gestión, de comercialización y de marketing; otros que compatibilizan su oficio con diversos tipos de actividades, tales como trabajar la tierra, criar sus animales, hacer clases, etc.

El taller

Entrar al taller de un artesano, su espacio de trabajo, es como ingresar a una especie de santuario. Estos pueden ser muy diversos: los hay rigurosamente ordenados y otros en que se perciben las huellas de varios días de trabajo. Cada uno en su estilo representa el espacio consagrado a horas de concentración y dedicación a una labor que, generalmente, es una expresión de vida para sus creadores.

El sentido económico siempre es importante, pues la obtención de recursos para satisfacer las necesidades básicas es primordial. No obstante, el sentido de amor al trabajo va siempre implícito en él, siendo ésta una de sus grandes recompensas, ya que los artesanos son unos enamorados y enamoradas de su oficio, el que no cambiarían por ningún otro.

La fuerte relación con el territorio

Como portadores de tradición, la relación de los artesanos con su entorno es muy fuerte. Los objetos producidos son expresión de diversos aspectos y fruto de la relación existente entre el grupo humano que constituye la comunidad que habita un territorio y que comparte su historia, y la manera en que ha construido su cosmovisión, valores y creencias.

Los materiales, implementos y herramientas; los procesos, la forma de producción; los colores, las texturas y la iconografía son aspectos que en su conjunto determinan la forma final del objeto que es portador de la cultura del artesano. En cada uno de los rubros, tales como cerámica, cestería, piedra, textiles y maderas, se puede reconocer su proveniencia y, por lo tanto, la comunidad donde fue construida la pieza.

La artesanía se constituye en elemento importante de la identidad y del imaginario de la cultura popular de nuestro país. Es parte del alma de Chile.

Breve recorrido de norte a sur

Los pueblos originarios del Norte Grande –aymaras, quechuas y atacameños- tuvieron una relación muy cercana con la gran cultura Inca y presentan características comunes, como por ejemplo, el predominio de la artesanía textil, vinculada directamente a su quehacer pastoril. Todas ellas han utilizado, desde tiempos remotos, la fibra de camélidos como alpacas, llamas y vicuñas, y usan telares de cintura y de estaca, las mujeres, mientras los hombres trenzan cuerdas y sogas, y tejen en telares de cuatro lizos, introducidos por los españoles. Las características estructurales de las piezas son similares y comparten también patrones compositivos.

En la zona altiplánica de Isluga se destaca el trabajo de repujado y labrado en plata para la elaboración de joyas. Existen también algunas excasas manifestaciones en madera de queñua, caña y cactus; y, más al sur del río Loa, en la localidad de Toconao, nos encontramos con el tallado de piedra volcánica.

En la medida en que nos adentramos en los valles de los ríos Elqui y Limarí, los vestigios de la cultura diaguita marcan su diferencia y quedan reflejados sobre todo en las cerámicas que algunos artesanos todavía reproducen con técnicas y motivos ancestrales. En este Norte Chico, aunque la tradición textil se mantiene en poblados como Chapilca, la actividad decae un poco en favor de la cestería en totora y caña brava, el tallado de la piedra combarbalita y del lapislázuli, y la talabartería.

En la zona del Valle Central, habitada originalmente por picunches y mapuches, la colonización española ejerció su influencia en plenitud a partir del siglo XVI, lo que introdujo elementos de la península ibérica con gran fuerza. Debido a sus condiciones climáticas y territoriales, la actividad económica por excelencia ha sido la agricultura, a la que aparece vinculada el personaje del huaso, quien para el desempeño de sus labores requiere una serie de objetos, vestuario y elementos que se elaboran hasta el día de hoy de manera artesanal: ponchos, estribos, espuelas, chupallas y sombreros; todo tipo de aperos, además de utensilios de cerámica para su hogar, objetos decorativos y mobiliario de fibras naturales como el mimbre. Distinguimos distintas localidades donde se elaboran estas piezas con maestría: las gredas de Pomaire, Pilén y Quinchamalí, figuras decorativas de Talagante y Lihueimo, chamantos de Doñihue, frazadas de Quinamávida, chupallas de La Lajueta, cestería de Chimbarongo, Cauquenes, Roblería y Rari. Distinguimos manifestaciones de carácter urbano como bordados

y arpilleras, el trabajo de la piedra en distintas zonas canteras, la talla de madera en localidades como Coihueco, y las técnicas de repujado y martillado para la elaboración de objetos de cobre.

La Isla de Pascua, que administrativamente corresponde a la Región de Valparaíso, tiene una cultura polinésica que se desarrolló unos tres mil años antes de su descubrimiento en 1722. Rapa Nui posee una importante actividad artesanal asociada a la madera, a pesar de su escasez, que da lugar a figuras de carácter mitológico y religioso en especies como *makoi* y eucaliptus. Se trabaja también la piedra y las fibras vegetales, principalmente para elaborar vestuario, flotadores y esteras.

La zona que se extiende al sur del río Biobío presenta como actor principal la cultura mapuche, que por su fuerte resistencia al conquistador, ha conservado la pureza de sus formas y técnicas de su artesanía. Tejidos para el uso cotidiano y ceremonial, una interesante cerámica que incorpora figuras zoomorfas y el rico trabajo de platería, dan cuenta de la historia y cosmovisión del pueblo araucano. La importante actividad forestal favorece también la artesanía en madera, especialmente en Malleco, Cautín y Villarrica. El trabajo de la cestería sobresale en localidades como Ninhue, Liucura y Hualqui. Más al sur, el uso de la fibra de voqui en San José de la Mariquina y San Juan de la Costa.

En el archipiélago de Chiloé, las condiciones naturales del territorio han protegido sus expresiones culturales. La variedad de plantas y enredaderas genera una amplia gama de cestería, la textilería se ha desarrollado con características propias y bastante particulares, y el trabajo de la madera ha logrado un medio de expresión en la reproducción a escala de embarcaciones tradicionales.

En la Patagonia chilena, a orillas del Lago General Carrera, los artesanos de Puerto Ibáñez desarrollaron una técnica que combina la greda y el cuero. En Puerto Edén, Punta Arenas y Villa Ukika, cerca de Puerto Williams, descendientes de los pueblos aborígenes kawéskar y yaganes, siguen elaborando pequeños cestos y canastos de fibra de junquillo.

Este libro

La experiencia de años de trabajo en la Universidad Católica a cargo del Programa de Artesanía y la curatoría de la Muestra de Artesanía Tradicional que se monta antes de Navidad en Santiago, me han llevado a establecer un especial vínculo, de profundo cariño y amistad, con muchos artesanos. Al entrar en sus mundos,

he llegado a ver que son personas como todas: con problemas, necesidades, penas y alegrías, las mismas de todos los seres humanos. Pero hay algo especial en cada uno de ellos. Aún no logro explicar muy bien si es algo que se relaciona con la opción de vida que han tomado de ser artesanos, y todo lo que eso significa en esta sociedad, o si se debe quizás a razones mas profundas, pero creo que esta percepción me ocurre no solo a mí, sino a muchas personas que buscan la artesanía, buscan a los artesanos, y año a año vuelven a la feria a revivir ese experiencia humana que se crea al compartir cercanamente con ellos. Es un espacio parecido a la experiencia de acceder a sus talleres, compartir algo de sus testimonios de vida y vislumbrar algún destello del espíritu que los acompaña.

Celina Rodríguez
Directora Programa de Artesanía
Pontificia Universidad Católica de Chile







TEXTILES AYMARAS

La materialidad, el colorido, los diseños y la técnica de los tejidos que elaboran los actuales pueblos aymara del norte de Chile expresan la rica herencia de las culturas locales prehispánicas, del Imperio Tiwanaku y del posterior asentamiento de los españoles.

La lana proviene de llamas, alpacas, ovejas y vicuñas que habitan el altiplano. El colorido se mantiene natural, si las prendas son para uso cotidiano, o incorporan el color, cuando son para llevar en rituales y ceremonias. Las figuras geométricas, antropomorfas y zoomorfas son reflejo de la cosmovisión andina; y el uso de los diferentes tipos de telar, da cuenta de la acumulación de influencias de distintas épocas.

Hombres y mujeres de los pueblos precordilleranos de las regiones de Arica y Parinacota y Tarapacá, crían y esquilan sus animales, hilan la lana a partir del vellón y tejen su historia de miles de años con una prolijidad ancestral.





Isabel Challapa Castro

ENQUELGA, COLCHANE

Empezó con el telar de cintura, sentadita al lado de su mamá, tal como empiezan todas las mujeres de los pueblos aymara a tejer. Ya de mayor, se casó con un hombre trabajador, que además de cultivar la tierra y cuidar los animales, la apoyó para emprender juntos como artesanos y aventurarse a vender sus tejidos.

Isabel nació y ha vivido toda su vida en Enquelga, a 4.000 metros de altura, casi en la frontera con Bolivia. Ahí crió a sus hijos, enterró a su marido y a su madre, y cuida hoy sola su rebaño de alpacas, del cual obtiene la lana para seguir tejiendo.

“A mí me enseñó mi mamá. Unos seis o siete años habré tenido yo. Es siempre la mamá la que enseña a tejer. Lo primero, con telar de cintura aprende. Con el telar de cintura hace primero cintillo, después aprende la faja chileno y, cuando ya sabe más, la faja carnero. Una talega chiquitita puede sacar también del telar de cintura. La talega es la que usamos para guardar semillas, guardar quínoa; es como un saquito. Puede ser grande también, para guardar papas y maíz.

Mi mamá tejía para el uso de nosotros no más. Yo era hija sola y natural; mi mamá no se casó con mi padre. Cuando fui creciendo tejíamos juntas la ropa de cama, las fajas, los *akso*, que son los trajes que usamos. Me casé y mi marido era bueno también para la artesanía, él era trabajador. Hacía las sogas para amarrar la carga, llevar leña. Tejía chombas, calcetas; hilaba.

Un día vino el Tata Gabriel con la señora Dina a ver nuestras cosas. Vinieron de parte de don Lorenzo Berg, de la Universidad Católica. Nosotros pensábamos, ‘¡ah, estos gringos que vienen!’. Pero ahí después supimos vender, supimos que podíamos vender nuestras cosas. Estábamos nulos aquí nosotros porque no había camino. Ellos venían en camioneta, haciendo camino, y se llevaban nuestros tejidos para vender.

Un día, como en el año 74 habrá sido, me invitaron a la Feria de la Universidad Católica en Santiago, pero como era hija natural, yo no tenía documento para viajar. No alcanzaba a sacar documento tampoco. Apenas había salido un par de veces de Enquelga; a Iquique había ido por paseo. Como no podía ir, mi marido fue esa vez con los tejidos míos y suyos. Gustó. Gustó mucho porque volvió sin nada y con plata.

Tengo cuatro hijos yo; tres hombres y una mujer. Ahora están todos con sus propias familias en Alto Hospicio, pero ellos nacieron y se criaron conmigo aquí en Enquelga. Nunca dejé de tejer porque mi mamita me ayudaba. ¡Uyyy! Si ella me ayudaba mucho: me veía a los niños, les preparaba comida. Cuando murió mi marido ella me acompañó y estuvo siempre conmigo. La lloré tanto cuando se me fue mi mamá. Le vino algo a la vesícula, la operaron y se murió en la operación. Me da pena acordarme porque ella no estaba para irse. Su espíritu me estará mirando seguramente ahora, pero yo la echo mucho de menos. Pienso que si no hubiera ido a hospital estaría aquí conmigo, la hubiéramos curado con las hierbitas de acá del monte, si aquí los abuelitos saben de esas cosas. No había que haberla operado.

Como ya me quedé solita y los hijos en Hospicio, decidí mantener mis puras alpaquitas. Unas 78 alpacas tengo ahora, contando las



criitas. Es que si mantenía las llamas también era mucho trabajo porque las llamas hay que llevarlas arriba a la montaña a comer, en cambio las alpaquitas van aquí a los bofedales del río Isluga no más. Yo me levanto a las 5 de la mañana y a las 6 ya las voy rondando por los bofedales. Si demoro, ellas ya han partido.

La esquila la hago en noviembre, diciembre; a fin de año. Ahí yo guardo el vellón y voy hilando a medida que necesito para tejer. Según lo que voy a hacer, voy seleccionando e hilando más grueso o más fino. Separo lo que voy a teñir. A veces tiño con hierbas: la humatola sirve, la cipatola también sirve. Verdecito le dejan la lana. Otras veces tiño con anilinas. La primera madeja siempre le toma más fuerte el color. Si a esa misma olla vuelve a meter otra madeja, el color le queda más suave, y así; con eso saca diferentes tonalidades de colores.



Tengo distintos telares que uso según lo que quiera tejer. Para las piezas de más de 40 por 40 centímetros se usa el telar de cuatro estacas, que se instala en el suelo. Ahí también le puede dar distintos tamaños a los tejidos según lo coloca y hacer costales, ponchos, frazadas y talegas. Trabajo también el telar de dos pedales para hacer chales, sobre todo.

Los diseños son los que me enseñó mi mamá. En las fajas van llamitas, pájaros, arbolitos; cositas que ella me enseñó no más hago yo. Los ponchos los dejo al natural para el uso en el campo, pero si es 'poncho cacique', que así se llama, le hago una franja de color al medio. Lo mismo los aguayos, depende de si son para fiesta si les hace una labor. A algunos trabajos les incorporo lana sintética de color fuerte que compro en la feria de Colchane. Sábado por medio se instala feria y vienen cosas de Bolivia que nos sirven a nosotros, como estas lanas industriales.





Trabajo por encargos que me hacen las personas y casi siempre voy a la feria de la Universidad Católica. En Iquique no se vende el trabajo, se aprecia más en Santiago. Fue bonito una vez que sacamos premio las tres de la familia: mi mamá, Epifanía Castro, yo Isabel Challapa, y mi hija Ximena Castro. Premio de tres generaciones de tejedoras. Mi hija teje lindo, yo le enseñé todo y ella aprendió. Mis hijos hilan y hacen las sogas, pero ninguno se dedica a esto como yo.

Echo de menos tener mis hijos cerca pero no duro mucho en Hospicio. Hay que estar sacando plata a cada rato para subirse a un colectivo, para comprar que una cosa, que otra... Todo tiene dueño; no hay espacio. Mucha gente también. Me gusta aquí, tranquilo en Enquelga. Antes había más gente pero ahora quedamos como 30 personas. Nos ayudamos, somos familia. El pastor evangélico es bueno, nos invita a almorzar. Aquí ya no hay iglesia Católica, no viene nadie. Por eso tampoco celebramos fiestas.

Tengo amigas, todas tejen aquí, todas saben. Pero cada una trabaja sola en su casa. Yo duermo siesta en la tarde, como una hora, y tejo hasta que se corta la luz, que dura dos horas desde que oscurece. Veo mi quínoa, que este año no ha querido dar. Algo pasa, no sabemos si es una plaga o tal vez que hizo mucho calor; ha cambiado el clima. No ha querido dar la quínoa y más se va la gente a la ciudad".





CORONAS FÚNEBRES NORTINAS

La aridez del desierto se prende de colores en los cementerios de los pueblos precordilleranos y de las antiguas oficinas salitreras, donde se expresa toda la fuerza y el espíritu de los habitantes de un medio hostil, que obliga al trabajo y al esfuerzo.

Las coronas fúnebres elaboradas con papel de seda y crepé, y a partir de tarros de hojalata, responden a la necesidad de los pueblos de festejar la muerte con la esperanza, de reutilizar los materiales que tanto cuesta obtener por estas latitudes, y de dar vida a aquello que parece inerte.





Uberlinda Vera Jofré

POZO ALMONTE

En su natal oficina salitrera de Victoria, se entusiasmó de niña viendo el trabajo de una pareja que elaboraba las coronas fúnebres de lata y papel con que despiden y conmemoran los pampinos a sus muertos. Las encontraba tan lindas que se afanó en aprender la técnica, hasta que un día se vio como la única artesana del pueblo.

Uberlinda ha sido una mujer fértil en medio del desierto. De muchos hermanos, de muchos hijos, de muchas amigas. Recopiladora y coleccionista de los antiguos objetos utilizados en las oficinas, fundó el grupo Hijas del Salitre para unir a las familias con nostalgia de la vida pampina del siglo pasado. De una fuerza y alegría que se expresan en su trabajo, en 2012 fue merecedora del reconocimiento como Tesoro Humano Vivo, por parte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

“Este es trabajo del pampino, de la pampina. Es propio de la gente que somos nosotros acá: gente que vivió en las salitreras.

Mi viejito, que en paz descansa, era perforador en la oficina Victoria. A las 4 de la mañana él estaba tomando el tren que lo llevaba a los rajos de la mina. Tomaba las muestras de salitre y las traía después a la casa. A las 5 de la tarde llegaba y nosotros lo ayudábamos a documentarlas: tenía que llenar las fichas que después mandaba al laboratorio para los análisis.

Mi mamá había llegado en un *enganche* desde Ovalle, que así llamaban a las *camionadas* de gente que se traían de distintas partes de Chile para trabajar en las salitreras. Se casó con mi papá y cada dos años, cuando dejaba de amamantar, tenía guagua. ¡14 hijos llegó a tener!

Yo soy la tercera y era bien regalona de mi papá. Es que siempre fui como una hormiguita; observando y viendo qué hacía falta en la casa para ayudar o para hacer. Llegué hasta 6° año de preparatoria y después ya no fui más al colegio. Es que con tanto niño yo prefería ayudar a mi mamá y aportar con algo a la casa. Hice un curso de peinado, porque llegó un salón de belleza allá a Victoria, y me armé mi maletita para salir a peinar a las niñas. Les hacía los escarmenados con esos tongos que se usaban en la época. Era *pipirilla* yo, andaba de allá *pa'acá* buscándomelas.

Y me dio de repente con las coronas fúnebres que hacía la señora Berta y don Hernán Viguera allá en la oficina. Como que me enamoré de las coronas ¡las hallaba tan lindas! Entonces le pedía a mi mamá permiso para ir a la casa de don Hernán, ‘si la Bertita está ahí siempre con él trabajando’, le decía yo para que me dejara. Unos 14 años habré tenido. Me pasaba tardes enteras plisando papel con ellos y viendo cómo trabajaban la hojalata. Se usaban en ese tiempo los tarros de leche Nido, los tambores de gasolina; todo se reciclaba para hacer coronitas, juguetes para los niños, palas y regaderas; no como ahora que se hace todo plástico y se consume y se bota.

Coincidió además con que me quedé esperando mi primer hijo, madre soltera fui yo, entonces tenía que moverme por todos lados para juntar mis monedas. El año 65 la familia Viguera se tuvo que ir a Arica y entonces quedé yo como la única artesana de las coronas fúnebres en la oficina Victoria. Entusiasmé a mi mamá para que trabajáramos juntas y mis hermanas también se subieron al carro. Me acuerdo que mi papá nos retaba porque teníamos la casa llena de papel crepé y pasada a engrudo para pegar, que después de unos días agarraba mal olor: ‘¿No pueden buscarse algo menos hediondo para hacer?’, nos decía el viejo mañoso.



Tuve otros dos hijos sola hasta que conocí a mi marido, que quiso a la gallina con todos sus pollos... Nos casamos en Victoria y de ahí tuvimos juntos otros tres hijos más. Pero al final han sido todos lo mismo: una sola familia. Vivimos un tiempo con mis papás en La Tirana, ahí mi viejito se compró una casa para retirarse. Pero ya después nos fuimos a Iquique para educar a los hijos. Entonces dejé un rato de hacer coronas porque estuve dedicada a mis puros niños.

Nunca me acostumbré en Iquique. Con mi marido nos gusta la pampa. Nos gusta esta luminosidad; que estén todos los días despejados con sol. Así es que cuando ya el menor de los hijos no quiso ir más al colegio, nos vinimos a Pozo Almonte, donde mi papá nos dejó esta casita. Y retomé mi artesanía, ya con más ayuda de mi marido que se empezó a entusiasmar también y hasta el día de hoy me colabora.

Recolectamos en la pura calle los tarros de conserva. Todas mis hermanas y mis amiguitas también me guardan las latas. Trabajo aquí en mi casa con tijeras, abrelatas, alicate, cincel y cuchillo, principalmente. Pero a mí todo me sirve, ¡si soy cachurera por esencia! Se ríen mis hijos: 'No quieres que te regalemos un tarrito mamá', me lesean.

Si no estoy con la hojalata estoy plisando papel de seda o haciendo las florcitas de papel crepé. Ahí puedo pasar 5 horas sentada, no me doy ni cuenta; después me cuesta un mundo mover el cuerpo y pararme de nuevo eso sí... Pongo la tele, nos sentamos con mi marido, nos servimos algo... Hasta me ha dado por fumar ahora último; mis hijos no se la creen que a los 62 años la madre se les ponga a fumar. Es que es tanto lo que ya trabajé por la casa en mi vida, tanto lo que cociné para tanto hermano y tanto hijo, que ahora todo lo de la casa me da lata, lo único que me gusta es salir a callejear, conversar con mis amigas, hacer mi catequesis y dedicarme a mis coronas y mis flores.

El 1 de noviembre es la fecha más importante para mi trabajo. Durante el año la gente me pide, me viene a buscar coronas a la casa, sobre todo personas que les van a poner a sus familiares a los cementerios de las antiguas salitreras; pero para el día de Todos Santos yo voy al cementerio a vender. La pena es que llegan también comerciantes con coronas plásticas y las venden al mismo precio que las de uno, ¡más baratas debieran ser esas por lo menos! Si estas coronas de hojalata tienen harto trabajo: no es *na'* la recolección del material, pero es el corte, sacar los moldes, ir armando y pegando todo, después pintar con esmalte, ¡si hay trabajo! Lo mismo con las coronas de papel; ¡no a cualquiera le resultan lindas! Es feo que lo diga yo, pero esto tiene trabajo y oficio





y la verdad es que las coronas más lindas son las mías. Vaya usted al cementerio y a veces se encuentra con algunas hechas con latas de cerveza; más o menos quedan esas, muy blandas las hallo yo.

El año 2012 tuve un gran orgullo porque me premiaron como Tesoro Humano Vivo por mantener esta tradición pampina. Vinieron unas niñas a conocerme, a ver mi trabajo, y ellas mismas me postularon. '¡Bueno ya!', dije yo, pero sin mucha esperanza, para ser sincera, de que fueran a nombrarme ninguna cuestión. Resulta que llegan un día mis amiguitas de la catequesis gritando que me habían elegido. ¡Uyyyyy! No me la creía. Nos invitaron con mi marido con todo pagado en avión a Santiago; alojamos en un hotel en el centro y todo. El mismo ministro de Cultura me entregó el reconocimiento y una platita me llegó también. Cuando ya volvimos a Pozo, al otro día colgué un letrero afuera de la casa anunciando que ofrecía clases para el que quisiera aprender a hacer coronas. No sé, es como una responsabilidad que siento y una forma de agradecer creo yo; de que esto se mantenga. Tengo ahora mis alumnas aquí y en La Tirana y nos apoyamos harto entre todas haciendo coronitas de hojalata y papel.

Uno se contenta de recoger estos tarros y darles vida; transformarlos en flores; en un regalo para los *finaitos*. Este trabajo la toma a una y una quisiera nunca dejarlo. Pero hay algo que es la ley de la vida y me va a tocar a mí también morirme. Así me decía el alcalde de aquí de Pozo Almonte cuando me gané el premio del Tesoro Humano: ¡que no fuera a ser que la próxima coronita que hiciera tuvieran que ponérmela a mí no más!".





TEXTILES ATACAMEÑOS

La mujer atacameña hila desde niña; mientras pastorea, mientras viaja y en los ratos libres que le dejan las labores domésticas. Generalmente lo hace de forma manual o con un huso de madera. Consigue lana de llama y alpaca que utiliza en sus colores originales o tiñe con frutos y vegetales, o también lana de oveja que colorea con llamativas anilinas químicas.

Hay diferentes tipos de telares para los distintos tipos y tamaños de tejido. Los hombres se reservan el telar criollo de cuatro lizos a pedales, que llegó con los españoles en el siglo XVI, y la elaboración de sogas, cuerdas y adornos para fiestas y bailes carnavalescos.

Los dibujos y diseños, principalmente listados verticales y figuras zoomorfas, dan cuenta de la herencia de culturas locales ancestrales y de las distintas influencias a través de los siglos, provenientes del noroeste argentino, el altiplano chileno-boliviano y la península ibérica luego de la Conquista.





Eva López Quispe

LASANA, CALAMA

Cincuenta kilómetros al noreste de Calama, pequeños oasis hacen brotar el verde en el desierto. Uno de ellos, el valle de Lasana, es conocido por sus tejidos, sus mermeladas de zanahoria y betarraga, y por conservar una fortaleza del siglo XII que atrae a turistas y visitantes. Los campesinos atacameños del sector se dedican a lo mismo que sus antepasados: cultivar la tierra, cuidar animales y hacer artesanías en los tiempos de descanso.

Hace unos años, Eva consiguió que le construyeran una choza para instalar sus telares y poder tejer sin empolvarse entera cada vez que pasaba un auto. Aunque poco transitado, quienes utilizan el camino de Lasana sí que levantan tierra. Hoy cuida su chacra, atiende su propio local de venta de tejidos y conserva la tradición textil de los antiguos habitantes del Alto Loa transmitiendo su conocimiento a niños y mujeres de la zona que aprenden a hilar y tejer siguiendo la danza de sus manos.

“Con mi marido nos vinimos a Lasana hace 35 años. Nos compramos este terrenito para llevar vida de campo. Él trabajaba en la azufrera, hasta que eso se paró. Allá arriba el invierno era cosa seria. Llovía, nevaba y escarchaba. Aquí en cambio casi no llueve, solo a veces y por chiripa. En las mañanas, cuando amanece, hace frío sí.

Estamos contentos con la chacra: mi marido postula a proyectos, como este de canalización para que cunda más el agua, y yo hago artesanías. Esta choza me la dio el Indap hace cuatro años. Antes tejía afuera, en el corralito, y me llenaba de tierra. En cambio ahora estoy mucho mejor.

Yo soy de un pueblito fronterizo que era parte de Bolivia y ahora es territorio chileno. Mi papá trabajaba en el campamento minero de Amincha, entregando carne a la pulpería. Mi marido es más del norte todavía y habla aymara. Mi suegra era aymara total. No se le podía entender nada, así que obligada una a aprender para saber qué estaba diciendo, ¡no fuera a ser que me estuviera insultando!

A hilar aprendí a los dos años. Mi mamá me daba un pedazo de lana como tarea. Después empecé a tejer. A los 13 ya tejía de lo más bien. Hacía aguayos, frazadas, taegas para llevarse un tostadito o alguna cosita para comer mientras se cuidaba el ganado. Mi mamá tejía cosas parecidas a las que hago yo, pero más grandes. Todo lo hacía para la familia, para el uso no más.

Éramos ocho hermanos y cada uno tenía su cama. Sembrábamos y andábamos siempre cargados con papas y lana. Mi mamá me decía: ‘Tienes que aprender a tejer, si no, ¿con qué vas a tapar a tu marido?’. Las mujeres aprendimos a tejer con ella. Mis hermanas hicieron marido en Amincha, y se quedaron allá. Yo en cambio me vine. La pena es que ellas murieron teniendo guaguas y sólo quedamos mi hermano menor y yo.

Todos los días me levanto a las 4:30 de la mañana y me vengo a la chocita a trabajar. ¡Es la única hora en que cunde! Después llegan visitas a la tienda, hay que atender, ¡y hay que trabajar en la chacra! En marzo y abril la zanahoria es importante porque es la primera siembra. Luego todo el año hay que estar sacando y lavando zanahorias cuando hay encargo. En junio y julio se hace la siembra de maíz. Entremedio, cuando no hay pedidos, aprovechamos de tejer. Diciembre, por ejemplo, es un mes cargado: ponchos, aguayos, chales; de todo nos piden los comerciantes. Entonces yo aprovecho de tejer hasta las 12 o una de la mañana con esta luz que me pusieron.



Yo misma hilo, tiño y tejo. La lana eso sí ahora la compro. Antes teníamos ganado, pero el zorro se lo comía, así es que dejamos de criar. Una vez fui a Putre a buscar lana, y ahora que soy clienta, llamo y me la mandan a Calama. Pido 15 ó 20 kilos según la plata que tenga, y con eso me alcanza para un mes de trabajo. Pido los colores que más salen: blanco, plomo y vicuña, que además son los más propios de los textiles de esta zona.



Cuando llega la lana lo primero que hay que hacer es escarmenarla, hilarla y torcerla en dos hebras. Recién ahí se puede empezar a tejer. En mi caso yo tejo a telar aquí en mi chocita, o a palillo y brocheta en la casa. Mientras uno conversa, la mano trabaja sola. Aquí me las arreglo y produzco de todo usando diferentes tipos de telares: el de fajas para cintillos y fajas de hilado fino; el de cintura, para servilletas





ceremoniales y talegas; el telar horizontal de cuatro estacas, que es para tejer vestidos y paños cuadrados de los que sirven para cargar guaguas o mercancías en la espalda; y el telar horizontal grande, para hacer frazadas, alfombras y cubrecamas.

Tengo tres hijas y las tres tejen conmigo. Tienen 48, 42 y 35 años. Todas saben hilar, coser y tejer en telar, a palillo y brocheta. Como mi mamá me enseñó, yo les enseñé a ellas. Cuando tengo encargos hacemos una sociedad y les pago ocho mil pesos por día de trabajo. Ellas viven en Calama pero se vienen para acá. Las llamo y les digo: '¡Ya, vengan que hay pedido!'. Otras veces traen su propia lana y se instalan a hacer sus tejidos. Mi hijo hombre sabe tejer también, pero trabaja en construcción. Así, cada cual con su trabajo... pero cuando hay mucho encargo, los llamo a todos y no salimos de aquí. Les hago sopitas y la noche entera la pasamos tejiendo.

Me ha ido bien. Antes la gente tejía pero le pagaban un resto no más. Ahora en cambio se valora más el trabajo. Incluso me piden que enseñe y entonces hago cursos a mujeres y niños que quieren aprender en Peine, Socaire, Chiu Chiu, San Pedro de Atacama y Calama. Es bonito porque uno se siente bien de enseñar algo que sabe. Siente que la valoran a uno también.

A futuro quién sabe... Yo creo que no va a haber cabida para tanto niño en los estudios. Ellos debieran estar en la agricultura, porque alimento para los animales es lo que hace falta acá. Mi marido dice que en eso debieran innovar, hacer tecnología. Mis nietos... no sé, yo los veo muy de ciudad; de artesanía poco y de agricultura menos... Pero yo seguiré en esto no más.

Entre el tejido y la chacra, me quedo con el tejido. Antes trabajaba más con la picota, pero a esta edad ya no me la puedo tanto. Ahora que cambié la polvareda por mi chocita además, me la paso aquí, tejiendo; ¡me gusta!".





TALLAS EN PIEDRA DE TOCONAO

Bordeando el salar de Atacama, en pleno desierto de la precordillera andina, se encuentra Toconao, pueblo oasis cuyo nombre viene de *tocknar*, que en lengua kunza significa "lugar de piedras". Por su pequeño tamaño, bien podría pasar inadvertido, pero sus riquezas naturales lo hacen único. La Quebrada de Jere, regada por el río Toconao, posee un microclima que favorece la producción agrícola, especialmente de peras, damascos, ciruelas y membrillos. En tanto, sus famosas canteras han proveído de piedra liparita para levantar construcciones, y de piedra volcánica para tallar figuras ornamentales, de las cuales la más conocida es la réplica del campanario que acompaña la Iglesia de San Lucas, construida en 1750.

Si bien los antiguos portacruces del cementerio dan cuenta de un rico trabajo de tallado manual, al igual que los purificadores de agua y los depósitos de alimento para animales, éste se había perdido. El reimpulso de la tradición se dio hacia fines de 1960, como resultado de un plan de desarrollo promovido por Caritas Chile y la Universidad del Norte, que transformó el oficio en una de las artesanías más características de la región.





Alejandro González González

TOCONAO, SAN PEDRO DE ATACAMA

Aprendió de adulto, de solo mirar a un tallador peruano que llegó con la novedad de darle vida a las piedras que abundan en Toconao. Hoy ya son 50 años practicando un oficio que le ha permitido vivir y mostrar imágenes de la antigua vida que llevaban las comunidades atacameñas de la zona.

Desde que fue nombrado Tesoro Humano Vivo, en 2011, por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, a Alejandro González le llueven los encargos; lo llaman, lo invitan. A sus 81 años dice que está cansado, pero asegura que no puede dejar la piedra. Tampoco la música. Con su acordeón compone y toca las cuecas andinas que oía de niño, y que dan inicio al Carnaval que celebra su pueblo cada verano.

“Nací aquí en Toconao, mi mamá era sola y vivía con sus cinco niños. Yo estuve siempre a su lado, pero a los 28 años me casé y me fui con mi señora y mi hijo a buscar trabajo a Antofagasta. Pasamos un tiempo allá pero la verdad era muy mísero. No se nos dieron bien las cosas, así es que preferimos venirnos de vuelta al pueblo.

Debo haber tenido unos 35 cuando llegué y empecé a ver que los viejos andaban con la idea de tallar la piedra: un caballero que venía de Perú estaba mostrando la técnica que utilizaban allá para hacer figuras de yeso. Aquí en cambio, había una piedra volcánica parecida a la pómez que servía para tallar; entonces esto de aprovechar un recurso natural de la zona era bueno. Fue una iniciativa de la Iglesia junto con una universidad, que en el fondo también rescató un trabajo que se hacía de antaño, por lo que se puede ver todavía en los cementerios.

Este caballero peruano nos inculcó la idea de que las artesanías las podíamos hacer para vender. Así fue que se entusiasmaron varios. Yo como que no me metía mucho, pero empecé a ver lo que hacían los viejos y me daba cuenta de que les quedaban las figuras todas chuecas. Así es que un día pesqué una piedra y me puse a tallar. Un llamo, me acuerdo, fue lo primero que hice.

En el Salar había muchas empresas. De joven trabajé varios años de contratista: estuve de sereno, de ayudante de eléctrico, de mecánico. Tallaba en los tiempos de descanso y, cuando juntaba una cantidad, iba a vender a San Pedro y a Calama. Pero llegó el día en que esto del tallado me empezó a tirar más y a dar más plata también. Me di cuenta de que sin las piedras yo no vivía.

La forma de trabajo no ha cambiado. Lo que sí mejora es la mano. Antes yo hacía todo rápido, bien al lote, mientras que ahora prefiero demorarme más y que quede más bonito. Pero el proceso ha sido siempre el mismo.

Voy en vehículo a buscar la piedra volcánica al lecho del río Aguas Blancas, a unos seis kilómetros de aquí. Hay que cavar un metro y medio, más o menos, hasta encontrar la piedra buena. Con el hacha chica voy tanteando cuál es la roca que sirve. Lo más importante es que la piedra sea blanda y lisa. Hay mucha piedra dura que no se puede utilizar para trabajar.

Me paso el día allá. Cuando veo que ya no puedo sacar más, me vengo y aquí empiezo a partir las piedras: cuadradas para el burro, más largas para la torre, y así. Si se me corta mal, hago algo más chico. Luego marco con tiza negra el dibujo. Así no más, al ojo; no





tengo *na'* molde. Y la voy calando con un cincel: empiezo a pulir, a dar forma a las patas, el cuerpo, la cabeza. Al final, con un tornillo, marco los ojos, la nariz. Hago una figura al día, cuando la piedra es dura. Con piedra blanda hago tres. ¿No ve? Mientras más blanda la piedra, mejor.

Siempre he hecho piezas de lo que era antiguamente el pueblo. Hace 50 años no llovía nada aquí, así es que había que llevar tinajas y cántaros al río para tener agua. Los burros y los llamos venían de Bolivia cargados con fruta para comerciar. Los hombres y las mujeres vestían a la usanza tradicional. Así es que eso hago yo: iglesias, burritos, llamas, mujeres indígenas acarreando agua, hilando, amamantando; y viejos tocando sus bombos, sus zampoñas, trabajando los huertos, arando la tierra... Escenas de cuando yo era niño. Eso gusta a la gente.





Aquí cada tallador trabaja en su casa. Algunos hacen piezas en miniatura y cortan todo con máquina. Esos son los jóvenes. Yo no uso máquinas, solo herramientas. Y muchas me las hago yo mismo. Este esmeril, por ejemplo, es re bueno, y lo hice pegando lijas a los dos lados de un palito con cola fría.

Antes tenía que andar rogando que me compraran... ¡Ahora no me dejan tranquilo! Me piden más y más. De las tiendas, de los hoteles de San Pedro, de Calama, de Santiago. Me llaman y me dicen: 'Hazme esto antes que te *mura*'. 30, 40 trabajos grandes de 50 centímetros me han llegado a encargarse. Y mientras más se ven, más me piden. Todo el año me llegan encargos. A la gente de aquí no les hago sí. Son muy llorones, hallan todo caro. ¡Si hay que cubrir la bencina y el trabajo de sacar la piedra, que es lo más pesado! Después las figuras salen solas.

He enseñado harto yo. Antes hacía clases a niños de cinco y seis años de la escuela de Toconao. Eran duros de cabeza. Les enseñaba a tallar piedra y a tocar acordeón, pero eran muy chicos y no hacían caso, se ponían a jugar. Así que lo dejé. Ahora les estoy enseñando a niños de 15 y 16 del liceo de San Pedro. Cabritos que ya le pueden tomar el gusto a la piedra. Están re entusiasmados. Voy todos los miércoles para allá.

En mi casa les enseñé a mis cuatro hijos hombres, pero al final no les gusta este trabajo. Prefirieron meterse a las empresas porque creen que ganan más ahí, ¡yo les insisto que no es así! ¡Si yo gano más en esto! Además usted si quiere, trabaja; si no quiere, no trabaja; esa libertad no se paga con nada. A mi guagua, que tiene 34 años, le gusta el tallado. Ella siempre fue así. Si nos veía tirando palos, tiraba palos; si me veía tallando piedras, agarraba mis herramientas y se ponía a tallar también. Ahora vive en Calama... Solo puede venir cuando sus niños están de vacaciones.

Yo siempre tengo que trabajar, si no, no estoy tranquilo. Pero igual me pasa que estoy un poco cabreado. Me jode lo de estar agachado; me duelen los brazos, la espalda. Además me estoy quedando ciego porque me entra mucho polvo fino a los ojos y no me acostumbro a las antiparras. Quizás con ayudantes cambiaría la cosa... Pero a los jóvenes les gusta la empresa...

A veces digo que ya no sigo, pero no puedo dejar la piedra. Uno está acostumbrado a su trabajo. En unos días más me llevan a un encuentro de cultores en Iquique a mostrar lo que yo hago. Voy como tallador y músico. No soy profesional de la música, pero toco acordeón y soy el que inicia el Carnaval aquí en Toconao cuando empieza la Cuaresma. Es que ahora, con esto de que soy Tesoro Humano Vivo, soy reconocido en todo Chile, ¡no me dejan tranquilo!".



CESTERÍA EN TOTORA

La totora es una fibra vegetal propia de sectores pantanosos, lagunas y ríos. En la Región de Coquimbo abundan totorales que se han convertido en medio de subsistencia e inspiración de artesanos que elaboran canastos, esteras, quitasoles, figuras humanas y animales.

El proceso es simple: se cortan las plantas desde la base, se ponen a secar al sol y luego se van humedeciendo para conseguir la flexibilidad necesaria para su entrelazamiento y tejido. El talento en las manos para lograr objetos hermosos y figuras que casi adquieren vida, eso ya es don solo de algunos.





Antonio Calfuñanco Vergara

PEÑUELAS, COQUIMBO

Hijo de padre mapuche y madre ariqueña con antepasados africanos, vivió de niño en el sector de Chacalluta, cerca del cementerio arqueológico indígena de la población Gentilar, donde alguna vez desenterró tumbas que dejaron fijas en su memoria las imágenes de milenarios objetos de cestería, la misma que practicaba en las tardes junto a su abuela materna.

En 1970 Antonio llegó a Coquimbo, donde encontró el espacio para desarrollar su técnica y dar a conocer las creaciones que lo han llevado por ferias, exposiciones y seminarios por el mundo.



“Mis recuerdos lindos de mi vida son de niño, en Arica, tejiendo totora con mi abuela por las tardes; escuchando radioteatro. Se me vienen a la cabeza las obras de Arturo Moya Grau y nosotros por mientras haciendo esteras. Toda mi familia en Arica trabajaba haciendo esteras. No tengo conciencia de cuándo empecé a tejer; solo sé que siempre lo hice.

Me acuerdo también de ir de niño a desenterrar muertos a los cementerios. Íbamos con los amigos cuando me imagino eso no se castigaba en Chile, porque nadie nos decía nada. Estamos hablando de cementerios antiguos sí, de miles de años. Cuando uno es niño como que sabe encontrar esas cosas, entonces nos ocurrió un día que desenterramos una momia con su *anchaca* de totora, que era así como la mochila de los indígenas aborígenes. Yo me fijé bien en esa *anchaca*.

Tuve una novia que un día me dejó y se vino a Coquimbo. Al poco tiempo supe que ella se había venido embarazada y entonces decidí seguirla para estar con ella y con mi hijo. La necesidad económica me llevó a ponerme a trabajar firme en lo único que sabía hacer: canastos de totora. Hice unas paneritas, salí a la calle, me puse a vender y empezó a pasar que las vendía rápido porque las vendía barato; como necesitaba la plata no me quedaba otra.

Pero un día se me acercó una señora y me invitó a una feria en Ovalle. Yo pensé que me estaba molestando porque jamás había ido a ferias, pero fui y gané el primer premio con mis canastos. Me pescó al día siguiente un periodista para entrevistarme y fue extraño, porque al rato se me acercó otro, también para entrevistarme, y así fue que como que me hice famoso. Tenía 19 años.

Donde hay vega hay totora, así es que tenemos de sobra en la zona de La Serena. Yo recojo por aquí mismo cerca de la carretera; saco unas dos camionadas al mes, más o menos. Los dueños de los terrenos lo agradecen porque, cuando está seca, prende rápido con cualquier incendio.

Corto la totora más o menos verde pero luego la dejo que se seque bien para que a los canastos después no les salgan hongos. Los tallos más duros los uso para dar forma al objeto y los más blandos para hacer la trama. Me gusta trabajar más que nada en la noche y solo; con música puede ser.

Esteras hago y voy a hacer siempre porque es lo que tengo en el alma de niño; lo mismo con los canastos. Pero lo que he ido creando después ya de mayor son las figuras que están dentro de mí, que son parte del mensaje de Dios. Me gusta el mar porque es abundancia, entonces me gusta hacer pescadores, sirenas,



gaviotas, peces. Son cosas que no he aprendido en ninguna parte; las saco de adentro hacia fuera.

No creo en la política ni en la religión. Sí creo en el hombre y en Dios, que se manifiesta directamente en cada persona. Creo en la fuerza de la mente. No es que yo sea un elegido, pero sí quiero ver, no como la mayoría de las personas que se dejan llevar por el materialismo y el consumismo y pierden esa capacidad y esa conexión con la divinidad. Por eso puede decirse que soy antisistema. Para mí la muerte tampoco existe, por eso no le tengo miedo a nada.

Respecto de la cestería esto implica que yo en mi trabajo estoy permanentemente recibiendo el mensaje de Dios; canalizándolo. Me siento que soy un instrumento. Hay ciertas formas y técnicas de remate, por ejemplo, a las que he llegado gracias al hecho de estar siempre abierto a Dios, en contacto con él. Implica también que no tengo para qué pensar qué va a ser de mí en el futuro, cómo voy a trabajar de viejo... eso solo Dios lo sabe.

Me aburrí un poco de las ferias artesanales, es demasiado fuerte el comercio. Es que estuve en tanta feria yo: Ovalle, San Bernardo, Temuco, Parque Forestal, la muestra de la Universidad Católica, uhhhh, son muchas. ¡Y era famoso! Se reían de mí porque cambiaba siempre de pareja, pero a la vez era el sanador, el brujo y el meteorólogo; si yo decía que iba a llover, al tiro partían todos a comprar plástico para tapar sus puestos.

Después de vivir 15 años entre Chile y Argentina promoviendo mi cestería, pedí permiso a la municipalidad de Coquimbo para instalarme aquí junto a la ruta 5 y transformar esto, que era un basural, en un puesto de artesanías donde además vendo productos de otros artesanos de todo el país. Pero vendo con calma, sin apuro y sin andar de allá *pa'* acá.

Una de mis grandes satisfacciones como artesano fue la vez que me invitaron a Ecuador a dar una charla de mi trabajo en Otavalo. Fue un honor porque en ese lugar tienen las técnicas de cestería más ricas y más antiguas de América. Me acuerdo que estaba invitado a un súper hotel cinco estrellas, comidas en restaurantes... No resistí nada de eso. Lo sentí como una gran mentira, algo poco auténtico, no correspondiente con mi realidad. Me fui del hotel y le pedí a los amigos otavaleños que había conocido que me alojaran en sus casas y compartieran conmigo su comida. Es que a mí me gustan las cosas de verdad, no ese lujo mentiroso. Tal vez es porque los artesanos somos casi todos comunistas: amamos la tierra y queremos compartirla; amamos la gente, tenemos un ideal. Somos

de ese tipo de comunistas, no de los políticos que me parecen casi todos unos sinvergüenzas. Hay que ser comunista de espíritu no más.

Tengo dos hijos, un nieto y un bisnieto, y todos han aprendido el arte de la cestería en totora, pero igual no creo que ninguno se dedique a esto. En cambio para mí es lo que más amo y disfruto hacer, como que no es trabajo.

En mi boliche aquí soy feliz, tengo la materia prima a unos pocos metros y mi casa a dos cuadras. Vivo tranquilito y sin apuro, y tú sabes que el que apurado vive, apurado muere. Yo, con calma, me transformaré en otra cosa... ¡ja!





TALLAS EN PIEDRA DE COMBARBALÁ

Declarada piedra nacional de Chile en 1993, la combarbalita es una roca volcánica compuesta por caolinita, cuarzo, plata y cobre, entre otros. Su brillo y su dureza dependen principalmente de la cantidad de sílice que presenta. Su color también varía según el predominio de ciertos minerales: a mayor caolinita toma color blanco, si abunda la hematita se torna rojizo y la *schlossmacherita* le aporta el verde turquesa.

El pueblo de Combarbalá, 90 kilómetros al sureste de Ovalle, comparte su nombre con la piedra por ser el lugar donde ésta se halla en abundancia y en toda su variedad de colores. Cuando en la década de 1970, las minas que daban trabajo a sus habitantes cerraron, los combarbalinos retomaron la tradición artesana que alguna vez practicaron sus ancestros diaguitas, y dieron lugar a objetos que evocan su entorno y su sensibilidad.





Luis Flores Alfaro

COMBARBALÁ

En el momento cúlmine de la artesanía de la piedra en Combarbalá, Luis optó por un trabajo manual fino y con mucho tallado para diferenciarse de lo que era pura lapidación. Cuando en la década de 1970, el artista Lorenzo Berg, gran impulsor de la artesanía en Chile, lo invitó a participar de la muestra de la Universidad Católica, partió con sus piezas y las de sus amigos, y las ventas fueron un éxito: volvió sin nada.

Desde entonces, y por más de 30 años, ha sido uno de los principales exponentes de esta técnica que todavía lucha por mantenerse y dar cuenta de una identidad

“Empecé en esto por monería. Unos amigos que vivían cerca de mi casa trabajaban la piedra y yo, por hacer algo con ellos, pescaba una sierra y me ponía también a lapidar y pulir. En el colegio me acuerdo también había un profesor que nos inventaba paseos al cerro, a explorar las canteras, y nos motivaba a experimentar en esta manualidad, que a esas alturas era algo propio de aquí del pueblo.

La combarbalita es el nombre genérico de la piedra compuesta por cuarzo y sílice, que puede mostrar una amplia variedad de colores, y se encuentra entre Copiapó y Petorca. El chiste en Combarbalá es que aquí se halla en toda su gama: celeste, verde, ploma, blanca, roja, amarilla. Cada cerro que se ve tiene su color: el grande de la antena es un cerro negro, el de la estación de trenes es verde, y así, uno sabe dónde buscar el color que necesita.

Lo que cuenta la historia, según la Arqueología, es que los diaguitas trabajaban esta piedra para fabricar puntas de flechas, unas figuras de pescado con incrustaciones de oro y también elementos propios como pipas y el *tembetá*, un adorno que a veces se ponían en la boca.

Luego en la época de la Colonia y de los dueños de fundo, hay ejemplos de tinteros que seguramente elaboraban los peones para los pocos que escribían en ese entonces. Pero no hay vestigios de un trabajo consistente de la piedra hasta la década de 1970. Ahí fue que hubo un jefe ferroviario, que además era artesano, y que comenzó a vender sus objetos a los pasajeros. Junto con eso, ofrecía el trabajo de otros artesanos que se dedicaban como *hobby* a modelar y pulir la combarbalita: collares, fuentes, ceniceros.

Desde entonces confluyeron varias cosas: por lo mismo que el hombre trabajaba en trenes, se empezó a expandir el interés por estas piezas. Se formó por esos años el mercado de La Recova en La Serena, que empezó a demandar nuestros productos. Y el gran salto fue cuando llegó don Lorenzo Berg a impulsar el trabajo de los artesanos y nos invitó, a mí en particular, a participar de la Muestra de Artesanía de la Universidad Católica.

Aquí se dio el *peak* de la artesanía de Combarbalá. Si el pueblo tenía 6.000 habitantes; 800 se dedicaban al trabajo de la piedra. Y se involucraba toda la familia; mujeres y niños se pasaban el día puliendo. Yo me acuerdo que andábamos todos por los cerros, con chuzo, combo y carretilla, buscando las vetas. Había buena onda porque somos todos del mismo pueblo, pero como igual cada uno mata su chanco, ocurría que uno podía estar un día entero limpiando el terreno, dejabas tus herramientas ahí, y al día siguiente llegabas y resultaba que otro había venido y sacado toda la piedra.





Otras veces pasaba que descubrías una buena piedra, la tocabas, y ya solo con eso te adueñabas del terreno. Incluso podía darse que se te acercara otro y te ofreciera plata por ese sector para sacar la combarbalita.

Lo bueno de este *boom* fue que nos salvó a muchos en una etapa en que no había *pega* aquí. Se cerraron varias minas de cobre, plata y oro que habían en la zona y nos quedamos sin nada. Las personas que apoyaron nuestro trabajo, y el hecho de ser invitados a las ferias, nos hizo considerar la artesanía como una profesión. Y eso fue importante, sobre todo a uno que siempre por ser artesano lo veían como *hippie*; bueno para nada.



Éramos tantos y era tanta la competencia por vender los típicos huevos y las réplicas de iglesias, que fueron bien exitosas, que yo opté por hacer un trabajo de mayor refinamiento. Me concentré en hacer lagartos aplicando mucha talla manual. Me sentaba en el taller a las 10 y no me paraba hasta las 2 de la mañana. Hice mucho también unas palomitas, que fueron mi pan por bastante tiempo.

Es una *pega* fuerte. Ahora que está más tranquila la cosa y que soy más viejo, voy a recoger piedras unas dos veces al año, a no ser que necesite algo en particular. Luego hay que clasificar y cortar en la trozadora eléctrica, sacar pedazos más pequeños con la cortadora y dar las formas con la esmeriladora, que hace el trabajo que se hacía antiguamente a pura escofina. Esta parte de la *pega* es *pa'* puro echar polvo no más. Lo hago todo con mi yerno que trabaja conmigo en un sitio que tenemos por aquí cerca. De ahí las piezas se vienen al taller en mi casa. El trabajo lo hago con los distintos talladores que fabrico yo mismo a partir de hojas de acero que compro en los talleres mecánicos. Después viene el pulido, con lijas de agua de distintos números para borrar rayas e imperfecciones, y finalmente la aplicación de pasta incolora para darle un acabado y mejor presentación.



Me siento feliz de haber seguido este camino. He tenido altos y bajos, como cualquier persona, pero la libertad es impagable. Creo además que tengo una veta creadora que no hubiera estado tranquila ni satisfecha en otro trabajo. Sí tengo malos recuerdos de los inviernos, por ejemplo; el invierno siempre es difícil para el artesano: poco movimiento, poca venta. Lo bueno fue hace unos años que conseguí que una tienda del aeropuerto de Santiago me hiciera encargos fijos todos los meses. Ha sido muy oportuno ahora que tengo a mi hija en la universidad; ella está estudiando para profesora de Matemáticas y Física en La Serena. Igual debo reconocer que esto me tiene haciendo las piezas que más se venden y que muchas veces no tienen nada que ver con lo que uno quisiera hacer o transmitir con su trabajo: moáis de Isla de Pascua, pingüinos de todos tamaños; cosas que no dan cuenta de la tradición ni de este lugar donde vivo. Me quita tiempo de crear nuevas piezas o dedicarle a mis lagartos, por ejemplo, que son algo propio de aquí pero que toman mucho tiempo de hacer y no todos valoran. Uno se da cuenta también de que ya casi nadie hace las típicas iglesias porque son menos los que las compran.

Como tengo dos hijas mujeres no veo por dónde podría continuar este oficio en mi familia. Es lo mismo que le pasa a los pocos artesanos que van quedando en Combarbalá. Se ha perdido el interés porque la gente ha preferido dedicarse nuevamente a la minería o a la agricultura. Los pocos que quedamos tenemos harta hija mujer y los jóvenes no están *ni ahí*, ellos no han visto que esto es bonito igual y que puede ser un trabajo alternativo frente a cualquier cosa; ¡uno nunca sabe cuándo te podrían echar o cerrar la mina! En cambio esto es algo que te puede acompañar siempre".





CERÁMICA DE GUANGUALÍ

Pequeños elementos decoran la aridez del paisaje: lo que al principio son anuncios de venta de queso de cabra, de pronto son cabritos y rebaños con ovejas y cameros. Una que otra tuna; y de repente, muros enteros de cactáceas y aloes. El color y el calor de la tierra trastocan las imágenes. Banderitas al viento anuncian al ser humano, siempre vendiendo algo.

En el pueblo de Guangualí, por el valle de Quilimarí hacia la cordillera, surgió hace 30 años un grupo de mujeres que rescató la tradición locera de sus antepasados y experimentó diferentes técnicas hasta llegar al gres cerámico, que con su aspecto rústico y colores ocres para óxidos y esmaltados, expresó de buena manera las formas y diseños que querían lograr: vasijas y utensilios que incorporan chivos y cabritos, los distintos tipos de cactus y, últimamente, llamas y gallinitas.

La cerámica cambió la vida de estas mujeres, y ellas, ya se ve, cambiaron y enriquecieron la historia de su pueblo.





Mariana Huerta Morales

GUANGUALÍ, LOS VILOS

Hace 16 años, además de parir una hija, Mariana dio a luz, junto a su taller de cerámica, la materialidad y las formas de lo que pasaría a constituir una artesanía propia de su pueblo natal. Hoy encabeza este grupo de mujeres que ha sabido buscar, ha tenido suerte, y pretende dejar su legado a las futuras generaciones de manos artesanas que busquen, como ellas, plasmar su identidad y su entorno en la arcilla.

“A mí siempre me ha gustado compartir con gente mayor; los encuentro como más interesantes, tienen cuento. Y ahí estaba yo: tenía 22 años, había estudiado Contabilidad, pero estaba a punto de tener a mi hija y entonces no quería un trabajo de oficina que me quitara todo el tiempo. Tenía un pequeño negocio de flores de invernadero, pero apenas me daba. Y me acerqué a este grupo de señoras, entre ellas una tía mía y otras a las que también les digo tías porque son de toda la vida de aquí de Guangalí, y juntas empezamos esta búsqueda.

¡Seguimos la búsqueda!, en realidad, porque algunas de ellas habían participado en los '80 en unos talleres financiados por el Programa de Empleo Mínimo, donde ya habían identificado algunos diseños y técnicas cerámicas que recogían la tradición de las loceras de la zona. Es que antes no había nada acá; no había caminos, no llegaban cosas. Las mujeres hacían ellas mismas sus propias vasijas y utensilios con greda de los cerros y las cocían a leña con bosta de animal. Les daban algunas formas, les ponían orejitas o puntitos a las ollas, pero eran más que nada para uso cotidiano, bien simples.

Formamos un taller y empezamos a tener mucha suerte, porque todo se fue dando a nuestro favor. De hecho nunca buscamos ser los que somos hoy en día. Se nos acercó una destacada ceramista llamada Simone Racs junto con su hija Juana Malpartida, y ellas nos fueron guiando. Después de haber trabajado nosotros la greda y la colada, con ellas descubrimos el gres, que no es más que arcilla pero cocida a temperatura muy alta, lo que le da aspecto rústico, la hace muy resistente, y potencia el efecto de los minerales con color.

Partimos haciendo unos cursos en el Bodegón Cultural de Los Vilos con ellas, y luego estuvimos un año yendo a Santiago a la Escuela de Artes Aplicadas Oficios del Fuego, para aprender de modelado, del uso del torno, la formulación de los esmaltes y la aplicación de los distintos óxidos. ¡Uyyy! Me acuerdo de esos cursos: partíamos a las cinco de la mañana caminando a la carretera a pescar el bus. Estábamos todo el día en clases y luego de vuelta, ¡a las 12 de la noche llegábamos!

Paralela a la técnica, hubo una búsqueda por llegar a una cerámica con identidad. En ese sentido fue clave investigar y saber más de la tradición alfarera diaguita de la zona, observar el entorno, nuestra flora y fauna. Hacer mucho dibujo, modelar. Experimentar con los colores propios de nuestro paisaje. El gres calzó perfecto con lo que queríamos expresar: los colores ocres son los que nosotros vivimos en esta aridez, y las formas de cabritos, chivitos, cactus y aloes son las que vemos a diario.



Si bien la nuestra no es una técnica tradicional, sí recoge y se hace cargo de un legado ancestral y de la situación cotidiana de la gente de aquí. Además, dimos con una materialidad y un diseño que gustó mucho, por lo que al poco tiempo, en 2006, nos invitaron a la Muestra de Artesanía de la Universidad Católica.

Es bonito, siento yo, ser un caso particular; tal vez la primera generación de artesanas de Guangualí, algo que podría quedar en el tiempo y ser fuente de trabajo para más mujeres en el futuro, tal como ha sido para nosotras.

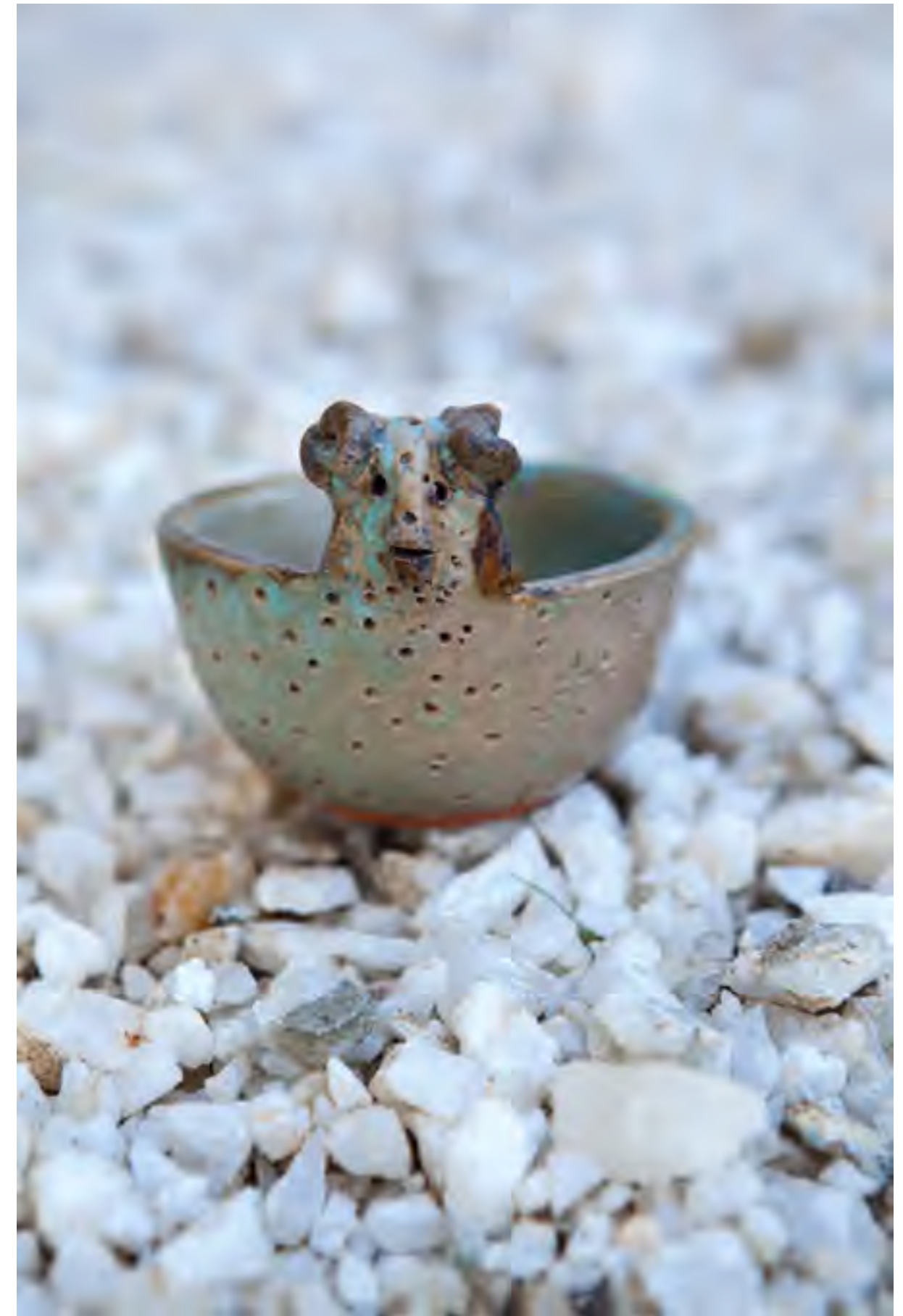
Tenemos todavía mucho trabajo por delante. La arcilla, por ejemplo, la traemos de Santiago. Hemos intentado hacerla aquí con residuos de la minería y tierra de la zona pero no ha resultado; se nos quiebra. Tenemos que seguir experimentando o ver la posibilidad de al menos comprar la pura tierra y hacer la masa nosotras. Queremos probar la producción de nuevos objetos en un horno especial para la técnica Racu que nos acabamos de conseguir; y bueno, siempre está presente lo de integrar gente joven al taller para que se mantenga lo que hemos logrado y pase a ser tradición.

Yo soy la cabeza de este grupo; somos cinco incluyendo a la Juana Malpartida. Ella y su madre han sido claves. Nos enseñaron sobre todo a creer en nosotras mismas: que éramos capaces de sacar algo bueno. Me acuerdo que nos decían: 'Prepárense chiquillas, ya van a ver que se van a llenar de pega, a la gente le va a gustar lo suyo y no van a parar más'. Nosotros como que no les creíamos, 'de adónde', pensábamos. Pero todo lo que nos dijeron se nos ha ido cumpliendo. Sin querer ellas nos cambiaron la vida. Por supuesto que con todo el trabajo de parte nuestra también, porque somos todas busquillas. La suerte además nos ha acompañado; en los últimos años se pavimentó el camino desde la carretera hasta acá adentro, entonces ya casi no hay día que no pase alguien al local a ver nuestras cosas.

Hemos postulado a cuanto fondo existe, en ese sentido mi formación con los números ha sido bien útil, y hemos logrado tener nuestro propio horno y montar esta pequeña tienda para exponer y ofrecer nuestro trabajo.

A mí me encanta lo que hago. En la mañana dejo a mis hijos en el colegio y me voy derechito a mi taller. Lo que más disfruto es el modelado. Estar ahí solita con las manos en la arcilla. Pongo la radio; me acompaña la Perla, mi gata.

Lo aburrido es cuando me doy cuenta de que tengo que ir a cocinar, porque mi marido viene a almorzar a la casa todos los días. Es injusto, pienso yo, porque uno está feliz inspirada y esto como que te corta todo. Pero bueno, he tenido suerte igual porque Lucho me ha aceptado





con todas mis cosas. No le queda otra tampoco porque si no... Pero para ser hombre de campo, y viniendo de la familia machista que viene, se ha portado bien. Le tocó mala mujer para la casa pero movida sí... Fui yo misma la que organicé a todo el grupo para comprar el terreno y postular a los subsidios para nuestras casas. Se ríen de mí y me dicen que cuándo me postulo a alcaldesa. '¡Cuando madure!', les contesto yo.

Para mi forma de ser fue muy bueno dar con la artesanía. La parte más tranquila, solitaria y creativa que tengo en mi taller, se combina bien con el trabajo de llevar la tienda y sacar las cuentas para las otras chiquillas... 'Chiquillas' les digo yo, pero la Liliana Adarme, mi tía Teresa Morales y la Selfa Rubilar me llevan el doble de edad cada una y se me pierden a veces con los números; les ponen ceros de más o de menos a los precios y queda la pura *embarrá*...

Es simpático el grupo; cada una aporta lo suyo. La Selfa es divertida, muy creadora, ahora dio con unas gallinitas que han gustado mucho. La Lili, siempre inquieta, fue la que armó el taller en sus inicios. La Tere, ¡se le abrió el mundo a la Tere con la cerámica!... Es que a todas en realidad; se nos abrió un mundo que ha sido maravilloso. Nos ha ayudado en lo concreto para sostener nuestras familias, nos ha generado una gran satisfacción interior y nos da el orgullo de sentir que hemos contribuido a darle una identidad propia a nuestro pueblo de Guangualí".





TALLAS DE RAPA NUI

La historia dice que hace más de tres mil años llegaron a la actual Rapa Nui los primeros polinésicos, probablemente provenientes de las islas Marquesas. Se desarrolló a partir de entonces una cultura sustentada en la pesca y la agricultura, que entre los siglos XIII y XVI alcanzó su mayor esplendor, organizada en clanes que conmemoraban a sus antepasados con monumentales figuras de piedra conocidas como moáis. Los isleños tallaban también esculturas y objetos de madera que representaban espíritus, evocaban personajes de su mitología y sintetizaban los conceptos de su cosmovisión.

En 1881 Policarpo Toro consiguió la anexión de la Isla de Pascua a Chile y comenzó una historia que en muchos aspectos socavó la cultura rapanui, ya desgastada por períodos de esclavitud y epidemias que llegaron con el descubrimiento de la isla por parte de Occidente. A partir de 1895, por varias décadas fue arrendada a una empresa ovejera que arrinconó a los habitantes en el poblado de Hanga Roa y limitó su desarrollo.

El espíritu de los pascuenses, sin embargo, es tan potente que se ha mantenido vivo. Hoy la isla vive del turismo y muestra al mundo el legado de su historia, a la vez que mantiene su rica artesanía: líneas fuertes, toscas y definidas en tallas de piedras volcánicas como basaltos, escorias y obsidiana, conviven con la pulcritud y el fino pulido de maderas de *makoj*, eucaliptos, *miro tahiti* y olivos, entre otras. A pesar de la distancia, ha alcanzado un desarrollo tan notable, que incluso ha ejercido influencia en Chile continental, en el trabajo artesanal maderero de Villarica y Chiloé.





Bene Tuki Pate

HANGA ROA

En sus manos de niño aparecieron las primeras figuras del *Tangata Manu*, el hombre pájaro que evoca una de las mitologías centrales de la cultura rapanui. Pero el talento estuvo dormido por varios años hasta que una mujer continental lo vino a descubrir.

Bene es tallador de artesanía tradicional pero deja una impronta personal en su trabajo. Ha esculpido moáis que hoy se erigen en Holanda, Alemania, Italia, Francia, Japón, la Polinesia y Chile continental; y sus tallas de madera, aunque no encuentran el toromiro ni las especies nativas, representan el auténtico espíritu rapanui: destellan su finura, nobleza y sensualidad.

“Llegaba yo del colegio y veía a mi papá siempre tallando madera. Me sentaba al lado de él y me quedaba horas mirándolo. ¡Estuve años mirándolo! Solo viendo lo que él hacía. Hasta que un día me dijo ‘¿Te gusta lo que yo hago?’ ‘Sí, me gusta’, le respondí. ‘Ahí están las herramientas’, me dijo. Y eso fue lo único. No me explicó cómo se cortaba la madera, ni cómo se hacía tal cosa, ni cómo se hacía tal otra. Solo me ofreció sus herramientas.

Y así partí entonces. Me arrancaba a las plantaciones de plátano para estar solito porque no quería que viera mi papá las cosas que yo hacía. Sentía que no me quedaban bien. Hasta que de repente un día me apareció una pieza. Me salió un hombre pájaro, el *Tangata Manu*, que representa al ganador de la competencia que se hacía para elegir al rey de la isla antiguamente y que por eso es tradicional de acá. Mi papá la vio y me dijo ‘Muy bien’.

A los 16 años me quise ir a conocer el mundo. Quería conocer mi país. Me fui de polizón en el último buque que sacó lana de la empresa ovejera que funcionó aquí en la isla. Era mi única posibilidad de salir de aquí. Me ayudaron unos primos a meterme escondido entre unos fardos, pero al segundo día de navegación me presenté ante el capitán. El me preguntó que por qué dejaba la isla y cuando le dije que era porque quería conocer Chile, le pareció bien así es que no me tiró al agua...

Viví en el continente varios años, como 15. Me casé... me casaron... Tuve tres hijos. Me integré a la Fuerza Aérea y anduve harto de allá *pa’acá*. En un momento volví solo a Rapa Nui y me puse a trabajar para Enap, como soldador. Mi familia quedó en Chile. El caso es que ocurrió un día que conocí a Ana María y me enamoré de ella. Llamé a mi esposa y le dije que no quería que volviera nunca más a la isla.

Encontrarme con Ana María fue interesante porque ella me descubrió la veta. Yo tenía mi trabajo de soldador, hacía una que otra artesanía de madera cada cierto rato, pero ella fue capaz de ver más allá y decirme que tenía una cosa mucho más linda en mis manos. Dejé mi trabajo y me fui un año con ella al continente. Luego nos volvimos a Pascua juntos, también con su hija y más adelante tuvimos otra hija los dos. Ya llevamos 35 años como pareja y 35 años dedicado yo por completo a la escultura.

Trabajo la piedra y la madera. Aquí en la isla hago piezas pequeñas en basalto y otras piedras volcánicas, pero cuando me encargan moáis monumentales para otros lugares, utilizo lo que haya allá, piedra que se le parezca y que esté en ese sitio; yo solo necesito hacha, cinceles y galletas eléctricas. Mi primer gran encargo fue



en Holanda, de una fundación que quería conmemorar la hazaña de Jacobo Roggeveen, el navegante que descubrió la isla para Occidente. Me consiguieron ellos mismos una piedra en Alemania y me fui para allá a tallarla por unas semanas. Se hizo después una gran inauguración y a mí me terminaron auspicando un gran viaje por Europa.

Nunca se me ocurriría hacer un moái para colocar aquí mismo en la Isla de Pascua, sería como ridículo y una ofensa contra mi propia cultura, siento yo. Aquí ya está lo que está como testimonio de una historia, y lo que hago yo con mis moáis es promoverla y mostrarla al resto del mundo. El último gran proyecto en este sentido fue el moái que Chile donó a Japón después del maremoto que tuvieron ellos el 2011 y en el que resultó dañado una réplica que ellos mismos habían hecho. Como Japón ha contribuido mucho en la recuperación arqueológica de Isla de Pascua, mi padre tuvo la idea de que podía ser un bonito gesto retribuirles con un moái hecho aquí para instalarlo en un colegio allá donde los niños lo querían tener. Mi papá tiene 95 años, es de los más viejos de la isla y muy respetado, entonces el Consejo de Monumentos autorizó, como caso especial, la iniciativa, y el moái lo tallé aquí junto con mi hermano y un sobrino, en piedra basalto extraída de la parcela familiar. Mide 5 metros de altura y con el *pukao*, que es el tocado de escoria roja sobre la cabeza, pesa seis toneladas. Por supuesto el asunto levantó polémica aquí, si aquí somos todos buenos para el *cahuín* en esta isla: que cómo era esto de sacar piedras, que por qué esta excepción, que por qué lo hacía yo... El caso es que allá está el moái. Hay otros esculpidos por mí también en Italia, con mármol de Carrara, en Francia, en Alemania, en Canadá, en la Polinesia, en fin. Tengo en varios países y en Chile; en un hotel en Santiago y otro que acabo de instalar en La Serena.

En cuanto a las piezas de madera, son más difíciles de tallar que la piedra, pero lo bueno es que con ella trabajo en cualquier parte; tengo herramientas por todos lados. Me gusta instalarme debajo de los árboles, pero nunca he cortado ni uno para hacer mis piezas. Recojo lo que se bota, lo que trae el mar, las ramas, los palos que han quedado por ahí. Me gusta el *makoí*, el olivo, un tipo de eucalipto, el jacarandá, el *miro tahiti*. A veces traigo del continente roble y mañío. Los motivos y las formas son las tradicionales rapanui; me apoyo sí mucho en libros y registros que hicieron Thor Heyerdahl y algunos investigadores europeos con los antiguos objetos que encontraron ellos aquí en la isla y la mayoría de los cuales siguen allá en los museos.

La mayor parte del diseño y del arte pascuense está ligado a la fertilidad. Los mismos moái tienen la forma fálica y, lo que muchos

suponen que es un sombrero, es en realidad la vulva femenina. La inspiración de piezas como los pectorales de madera, por ejemplo, es la fase creciente de la luna, que también rige los ciclos reproductivos. Hay varias figuras femeninas como el moái *Vahine*, que presenta un clítoris colgante, y la imagen de la mujer embarazada, que también rescato en mis tallas. Están las piezas que aluden a la mitología, tales como el *Tangata Manu*, el *Moko*, que representa espíritus protectores en la forma de una lagartija con miembros humanos y cola de pájaro. Están los bastones y distintos tipos de remos que simbolizan el poder, y una serie de figuras zoomórficas. La mayoría de estos objetos se usaban antiguamente en rituales y ceremonias.

Cuando tomo mis herramientas y me pongo a trabajar, mi mundo se transforma. Ya no pienso en nada, mi cabeza queda en blanco. Solo me concentro en lo que estoy haciendo. Utilizo el hacha grande, hachas más chicas, diferentes tipos de formones, azuelas, limas, lijadoras. El pulido es fundamental y requiere de gran paciencia para lograr una textura suave y lisa. A mí no se me escapa detalle, en eso soy como mi papá para el trabajo.

Soy del tipo artista feliz. He disfrutado mi vida al máximo. Se me han dado muy bien las cosas; la vida ha estado de mi lado. Me gusta lo que hago, cada vez que termino algo, un moái monumental por ejemplo, pienso 'qué lindo sería que toda mi familia pudiera ver esto que hice'. La Ana María me alega que se me arranca el ego a veces, pero yo no entiendo por qué hay que opacarse, ¿por qué no disfrutar de esto tan lindo que yo hago?".





INDUMENTARIA DE RAPA NUI

Desde tiempos ancestrales, el pueblo rapanui ha buscado resaltar la belleza del cuerpo y captar la mirada a través de tatuajes, vestuarios y atuendos. Es una cultura donde la fertilidad es un concepto central, lo que queda manifiesto en gran parte de su arte y artesanía.

Las temperaturas cálidas favorecen que la preocupación no sea abrigarse, sino acicalarse para apelar a los sentidos. La materia prima que se halla en la isla es suficiente: plumas de pájaro y gallina, conchitas, flores, corales, fibra de *mahute* y *kakaka*. Para los *takona*: diferentes colores de arcillas, raíces y plantas, cuyos pigmentos se aglutinaban antiguamente con jugo de caña de azúcar para ser introducidos a través de la piel con agujas de huesos.

La elaboración de trajes, tocados y collares es trabajo de las mujeres, que viven en permanente alerta de recolección y destinan largas horas de paciencia a la selección de material, costura de plumas y engarce de mil y una conchitas.





María Atan Pakarati

LA PEROUSE, HANGA ROA

Al principio muestra un trato un poco hosco; demasiado franco y directo. Se fuma una cajetilla diaria de los cigarros más fuertes que llegan de Tahiti, y proclama la independencia femenina con voz dura y tajante. Pero a poco conversar, María deja ver su dulzura y generosidad, la misma que se muestra en su trabajo fino y delicado.

Algunas *pipi* ("conchitas") las recoge de día y otras debe buscarlas en la noche, cuando se acercan a la caleta que orilla su parcela. Las plumas son de sus propios pollos y gallinas, y la fibra de *mahute* y *kakaka* las consigue y procesa también en su mismo jardín. Le gusta trabajar solo con materias primas autóctonas de su isla y con diseños propios de su imaginación, y así ya ha participado y ganado más de treinta festivales de la Tapati con la confección de indumentaria.

“No me gusta vivir en el pueblo porque a la gente ahí le aparece el signo peso en los ojos. Por eso dejé a mi marido en la casa de Hanga Roa y me vine a esta parcela que heredé de mi familia. Este sector se llama La Pérouse y los pocos que tenemos somos puros parientes. Me gusta aquí porque es tranquilo y tengo todo lo que necesito. En la caleta recojo mis conchitas, salgo a pescar; tengo mis gallinas y mis pollos. Con eso me las arreglo para comer y para hacer mis collares y los trajes. Yo uso puros materiales auténticos de aquí, no como en el pueblo que le meten cuestiones chinas importadas y luego las venden como artesanía. Eso *na*’que ver. Traen cosas de afuera y engañan a la gente.

Aprendí de mi abuela; mirando. Ella tuvo muchos hijos artistas. Mi tío Nico, por ejemplo, tenía un conjunto, entonces ahí se afanaba ella haciéndole los vestuarios y la indumentaria para los músicos y el baile. Ella también hacía los trajes para la Fiesta de la Primavera, que luego pasó a ser la Tapati, que es el festival que actualmente celebramos en febrero todos los años.

Cuando murió mi abuela ahí nos tuvimos que poner las pilas todas las nietas y las hijas. Ahora cada una trabaja en sus cosas por su lado, pero para preparar la Tapati nos juntamos todas. Somos como diez entre primas, hermanas, hijas y sobrinas y, cuando nos reunimos, nos amanece trabajando. Lo pasamos súper bien, nos tomamos unos whiskys, conversamos y escuchamos música.

Para los trajes usamos la fibra del *mahute*. Es un trabajo porque para procesarla hay que sacar la parte de adentro de ese tallo que es grueso y machacarlo hasta dejarlo como papel. Con eso se arman los tocados, el sostén y la parte que afirma la falda de los trajes. También los *hami*, que son los taparrabos que usan tanto los hombres como las mujeres. Usamos plumas de pollo, pájaro y gallina. Hay que estar siempre recolectando y juntando cosas. También algunos trabajos más finos se hacen con fibra de plátano o *kakaka*, pero esas son cositas más chicas las que salen.

Para los collares yo recojo con mis propias manos las conchitas, las *pipi* como las llamamos nosotros. Están las *uri uri*, que son las negras, las *hotake*, que son como un pequeño unicornio blanco, la *tomató*, que es como un trompito. Busco también unos caracoles que son más grandes: los *pure*. Con agujas les abro un hoyito o con un rayo de bicicleta también; se le ocurrió a mi marido esa herramienta. Ahí voy armando, armando los collares, los adornos de los trajes y de los tocados para la cabeza. A eso se le pueden poner también semillitas de ceibo; esas rojas que hay por ahí y que se ponen a hervir para que se vuelvan duras. Bueno, hay varias semillas que se pueden usar.





Yo hago todo yo sola. Es que soy súper rápida igual y más lata me da explicar cada cosa o tener un medio pollo que no me siga bien. Si por eso me encargan de un hotel 500 collares y en una semana los tengo listos. No me hago problema.

Yo de repente estoy acostada y me imagino un diseño y empieza el bichito en la cabeza. Al día siguiente me pongo directo a trabajar. No reviso catálogos, libros, *na'*, es puro de la imaginación mía no más mis creaciones. Tampoco soy de copiar cosas de otras personas. Pero sí me copian a mí. Por eso tengo ganas de patentar algunos diseños de collares y trajes que he hecho. Siempre que voy a Santiago pienso que voy a hacer ese trámite pero al final nunca lo hago.

No me gusta mucho ir a Chile, le tengo miedo a Santiago. Me gusta más viajar *pa'* fuera. He ido a Francia como dos veces; fui a ver a mi hijo que estudió un tiempo allá. Incluso la segunda vez me lo traje porque lo encontré que estaba muy flaco. He viajado por Alemania, Bélgica. He estado en México, en Tahiti; ¡como 13 veces he ido a Tahiti! Ahora estoy con ganas de ir a Hawai. Es que me doy cuenta de que me gusta ir a lugares parecidos a Rapa Nui.

Desde chica fui patiperra. A los 12 años viajé al continente a estudiar. El que era director del hospital aquí se hizo muy amigo de mis abuelos y cuando volvió a La Serena, que de allá era, me invitó para que viviera con su familia y pudiera estudiar mejor. Al principio me costó mucho. Me acuerdo que salía al patio de la casa a hablar en rapanui y me contestaba yo misma; de puro que echaba de menos. Además que la señora del doctor no me tenía buena al principio; ellos tenían sus propios hijos entonces yo creo que le dio como lata esta intrusa... Después ya me fui mejor a un internado; hice mi vida. Pero fue una buena experiencia, yo la agradezco. Hasta el día de hoy tenemos

contacto con el 'Pelao' y con su señora también, después de todo me agarró buena y somos amigas.

Me casé con un continental que se vino a la isla. Tendría como 18 años él cuando se vino. Varios aquí deben haber quedado con el corazón roto cuando me casé, ¡ja! Pero él ya es pascuense total. Es artesano también. Llevamos toda la vida juntos, pero él en Hanga Roa y yo aquí en mi parcela. Cuando lo necesito lo mando llamar. Así no más lo tengo. Él va *al disco*, yo voy *al disco* por mi cuenta... Mientras cada uno se porte bien no hay problema, ¡si así es mucho mejor la cosa!

Tenemos tres hijos hombres y una mujer. Uno es guía, otro es escultor, otro es vago por el momento, y la niña trabaja en el banco. Me salió fácil la crianza, como no me hago problema por nada... Pero soy mal genio y entre pelear, prefiero hacer las cosas yo, así es que siempre he hecho todo yo en mi casa. Por suerte me salieron buenos hijos, cariñosos.

Llevo más de 35 años participando en la Tapatí con mis trajes y mis collares. El festival consiste en que se forman alianzas que presentan una reina y se hacen distintas competencias que reviven costumbres y tradiciones: algunas deportivas, otras gastronómicas; de música, de baile, de confección de vestuario. Y ahí participo yo. Apoyo siempre a la alianza en que esté mi familia. Voy a las competencias con todas mis cosas tapadas con un pareo y recién las muestro cuando ya las tengo armadas para el jurado. Así hay más misterio, ¡ja! Siempre gano. Es que mis cosas son las más bonitas y mejor hechas. Si por eso me encargan de todos los hoteles pitucos también aquí.

No trabajo por dinero, tampoco por los premios. Es la naturaleza de uno no más la que mueve las manos; el instinto. Pero claro, el dinero y los premios han llegado igual ¡ja!".







POLICROMÍAS DE TALAGANTE

Está el chinchinero, la lavandera, la parejas de huasos. Las figuras de la tradicional fiesta del Cuasimodo, que tan coloridamente se celebra en la Zona Central. El confesionario con el diablo encaramado, los arbolitos, la temporera. Y cada cierto tiempo, aparece un descendiente de la familia que incorpora un nuevo personaje a este pequeño mundo de 20 centímetros de altura

Los orígenes de la cerámica policromada, que hoy es propia de Talagante, se remontan a la tradición alfarera practicada por las monjas Claras desde el siglo XVI, quienes fabricaban miniaturas en greda perfumada con una codiciada receta que, de tan cuidada, se fue a la tumba con una de ellas.

La historia dice que a fines del siglo XIX, la talagantina María del Rosario Toro alojó por un tiempo en su casona de Santa Ana de las Palmas, a dos religiosas clarisas que le enseñaron esta técnica de formas ingenuas y brillantes colores. Por cinco generaciones desde entonces, las manos alfareras de sus descendientes han dado lugar a piezas que representan tradiciones y oficios propios de nuestra idiosincrasia.





María Olga Espinoza Díaz

TALAGANTE

Su nombre es parte del árbol genealógico pintado en la plaza de Talagante que presenta a la familia que mantiene la tradición alfarera precolombina de la zona y asimiló la técnica practicada por las monjas Claras hace quinientos años. Su retrato cuelga junto al de su madre, su tío, su prima y su abuela en la Casa de la Cultura de la comuna, donde se exhibe una colección de piezas patrimoniales. Su trabajo es catalogado como el más fino entre el que se produce actualmente, y es requerido para regalo de visitas ilustres.

Sin embargo, la personalidad algo desafectada de esta mujer desilusiona al que quiera escuchar historias artesanas cargadas de nostalgia. María Olga reconoce que no le gustaba ensuciarse las manos con barro y que jamás pondría una figurita de las suyas de adorno en su casa.

“De chica, la verdad, nunca me llamaron la atención estos monos. Veía a mi mamá que los hacía, pero estaba tan acostumbrada que no los encontraba ni lindos ni feos. Ahora tampoco les hallo tanta gracia, de hecho no tengo ninguno de adorno en mi casa. Pero claro, se puede decir que heredé una tradición que ha estado desde hace años en la familia y ahora soy la más antigua que la practica y, según algunos, la que tiene la técnica más fina... ¡chuta que estoy humilde!

Tengo recuerdos cuando niña que íbamos con mis papás los cuatro hermanos a almorzar a Pomaire y volvíamos a Talagante con sacos de greda. Mi mamá trabajaba en sus figuritas; nosotros jugábamos. Ella era sastrero y solo hacía monos de vez en cuando. Hasta que por los años '80 llegó un día Lorenzo Berg –artista y gran impulsor de la artesanía nacional fallecido en 1984- y la entusiasmó a que participara en la Muestra de Artesanía Tradicional que organiza la Universidad Católica. Así fue que empezó a dedicarse más a la cerámica. A mí no me gustaba, así es que no metía las manos al barro.

Pero resultó que mi mamá se empezó a enfermar; Alzheimer. Y entre todas sus dolencias, se puso a hacer las figuras medio raras; no coordinaba mucho y le salían con formas extrañas. Como ya era conocida y tenía hartos encargos, de a poco la fui ayudando yo.

El trabajo comienza con la purificación de la greda que viene en terrones. Hay que mezclarla con agua y luego con una cierta cantidad de arena. Se moldean las figuras, se espera que se sequen y luego yo las cuezo en un tambor aceitero que tengo. Le echo leña o a veces incluso en la misma parrilla para los asados las pongo. Después hay que encolarlas para que no absorban tanto esmalte y al último pintarlas, que es lo que menos me gusta porque ya tengo el pulso muy malo. Soy buena para fumar y tomar café, entonces estoy toda tiritona. Es más simple en todo caso ahora; antes había que preparar los colores con distintos ácidos y productos. He escuchado que mi abuela Lolo llegó a quedar ciega por lo fuerte que eran las pinturas que usaba. Yo compro esmalte sintético aquí en la ferretería no más y trabajo casi siempre al aire libre.

Lo que más me gusta es moldear. Lo ideal es trabajar ni con tanto frío ni con tanto calor, porque o se demora mucho en secarse la greda o se seca al tiro y eso también es problema, porque uno no alcanza a pegarle las distintas partes a los monitos.

En general trabajo sola. Con mi prima, que también se dedica a esto, casi no nos juntamos. Es que además hay etapas, como la de pintura, en las que no me gusta hablar; me tengo que concentrar mucho.



Las figuras que más disfruto hacer son las del chinchinero, el homero y el pollero. Son también las que más se venden, entonces, de tanto hacerlas, ya me salen fácil. Yo calculo que son como 50 los personajes que se producen de forma tradicional. El Cuasimodo es harta *pega* porque el carrito ¡tiene una cantidad de adornos! Yo fui la que introduje el personaje del ciclista en el cuento porque, desde que tengo recuerdos del Cuasimodo, siempre he visto más gente en bicicleta que a caballo, entonces a mí me hacía sentido representarlo así. Me acuerdo que mi mamá y mi tía, que funcionaban así como una especie de 'comité de las policromías', me retaron por hacer cosas nuevas que rompían con la tradición... Pero *na'*, yo hice y sigo haciendo mi ciclista igual.

Nunca me casé ni tuve hijos tampoco. Yo creo que se me hizo así como un trauma con una amiga que de chica quedó embarazada y vi que fue tanto problema, que siempre quise que me llegara un hijo ya criadito ya. Y así fue. Mi hermana murió hace 10 años y yo me quedé con su hija, que igual era regalona mía de antes.

No digamos que esto de la artesanía da para vivir; yo trabajé en varias cosas entremedio, pero siempre me ha sacado de apuros. Podría decirse que con los monos me pude comprar una casa que ahora arriendo y me da plata. Lo otro que sí rescato es que me ha permitido conocer gente, por ejemplo, a un doctor que me mandaba a hacer figuras para su colección y que resultó ser oncólogo bien famoso. Cuando le conté de la muerte de mi hermana, que fue por un cáncer mamario, me obligó a revisarme y luego me operó de urgencia completamente gratis. Hasta el día de hoy le paso a dejar una figurita para cada Navidad; como sé que le gustan...

Hay artistas que me han invitado a trabajar con ellos. Unos me pidieron hace un tiempo que les hiciera una pirámide social con estos personajes. Inventé un malandra, la asesora doméstica, los profesionales; hice la sociedad tal como está conformada hoy en día, representada en estas figuras tradicionales. Se exhibieron en el museo en Santiago; fue entretenido.

Hubo un tiempo en que de la Municipalidad de Talagante me pidieron que hiciera un taller para enseñar la técnica aquí a la gente. Pero resultó que las señoras eran todas unas *porras*; porfiadas de manos y cabeza. Al final terminaba yo haciéndoles todo para que la clase se acabara y se fueran luego. Ahora somos yo y mi prima las únicas que seguimos en esto. Tengo un par de sobrinas que a veces hacen un mono, pero es difícil enseñar, al menos para mí. Talagante se supone que es 'tierra de brujas'... me dicen a veces que aquí la única bruja soy yo. No sé..., es que no tengo mucha paciencia con las personas.





Mis figuras están en museos, colecciones importantes y han sido regalo para pontífices y autoridades internacionales. La presidenta Bachelet siempre regalaba mis trabajos e incluso mandó a hacer unos paquetes especiales con mi nombre para envolverlos. Yo lo encuentro bueno eso, pero la verdad no me emociona. Como que no siento nada. Creo de todas maneras que de a poco he ido valorando mi trabajo en la medida que los otros lo valoran. Algo así pienso yo”.



GREDDAS DE POMAIRES

Diaguitas y quechuas aprovecharon las minas de greda de los cerros de estos pedazos de Cordillera de la Costa para elaborar vasijas cuyas técnicas y formas se han proyectado hasta nuestros días. A partir del siglo XVI, el reducto indígena que se asentó bajo el dominio del curaca Pomaire fue trasladado innumerables veces, hasta que a fines del siglo XVIII, se estableció de manera definitiva donde lo conocemos hoy.

La tradición alfarera que se practica con greda rojiza, que se pule pero en general no se pinta, se va haciendo cada vez más fuerte en la medida que las cerámicas eran llevadas al mercado Cardonal de Valparaíso, donde empezaron a hacerse populares. También se hacían piezas para el trueque de alimentos y, especialmente, para vender antes de Navidad y en la fiesta de la Purísima que se celebra en Lo Vásquez.

Actualmente, casi todas las familias de Pomaire se dedican a hacer artesanías en sus casas-taller. Los hombres elaboran los objetos de mayor tamaño, como tinajas y maceteros, y usan el torno en su producción. Las mujeres practican la técnica manual, principalmente, para hacer pailas, utensilios de cocina, miniaturas decorativas y el tradicional chanchito de greda, parte del imaginario colectivo de los chilenos.





Juana Mendoza Pailamilla

POMAIRES, MELIPILLA

Recuerda cuando las casas eran de adobe, el pueblo estaba rodeado de zarzamoras y apenas había dos o tres locales donde se vendían utensilios y vasijas elaboradas con la greda que ofrecen los cerros circundantes. Explica también que de tanto chancho que se criaba por los alrededores, y por las exquisitas recetas que se probaban para cocinarlo, Pomaires terminó por hacerse famoso. Se juntaron la greda y la gastronomía, y el pueblo cautivó a turistas y visitantes.

Juana aprendió la técnica de la arcilla de su madre, que a su vez aprendió de su abuela, y recuerda con nostalgia verla trabajar con sus amigas Julita Vera y Teresita Muñoz, reconocidas artesanas que dejaron su nombre en la tradición. Ampliamente reconocida por sus pares y por el entusiasmo con que enseña hoy su oficio a los niños en el colegio local, su nombre quedará también como patrimonio de este pueblo alfarero.

“La greda es una bendición de Dios aquí en Pomaire; no hay casa que no tenga. Usted hace un hoyo de más de metro y medio y la encuentra viva, no se agota. Igual ahora que está más construido y pavimentado se busca en otras partes. Cuando yo era niña se sacaba aquí de los cerros, pero hace unos años los ricos que compraron nos prohibieron y entonces la traemos de localidades cercanas: Ibacache, Mallarauco.

Mi mamá también era alfarera, como fue su madre y su abuela y todas de ahí para atrás. Ella era de las antiguas, de las que trabajaba sentada en el suelo, en la greda misma. Incluso en la greda me parió, me decía ella: la partera tuvo que tirarse al piso y de la tierra sacarme.

Mis 9 hermanos aprendimos de puro observarla, todos la ayudamos en algún momento, y mi papá era el que partía al mercado de El Cardonal, en Valparaíso, a vender. Iba también a Santiago por la época de Navidad con figuras decorativas que hacíamos.

Yo casi no estudiaba porque llegaba derechito de la escuela a trabajar con mi mamá. Ella se mortificó mucho para alimentar tanto niño que tuvo. Lo bueno de la greda es que les daba, y les sigue dando a las mujeres aquí, una forma de tener monedas y aportar en la casa.

Ya de grande estudié vestuario y estuve harto tiempo haciendo trabajos de costura que me encargaban por aquí y por allá. ¡Hasta vestidos de novia llegué a hacer! Pero luego resultó que con la llegada de la ropa de Estados Unidos, esa ropa usada, los pedidos empezaron a disminuir, y entonces retomé la greda que a esas alturas ya era más popular y se veía más gente que venía de Santiago a comprar. Antes, cuando el pueblo era como una isla rodeada de puras zarzamoras, apenas venía un gringo cada mil años a ver nuestro trabajo. Eran lindos, de ojitos claros, pero no compraban nada porque no les cabía en la maleta o pensaban que se les iban a quebrar las cosas.

Hubo una señora de aquí de la zona que tuvo un hijo diplomático que le hizo mucha promoción a la artesanía de Pomaire. Eso se juntó con que mejoraron los caminos, la gente empezó a venir, a descubrir los ricos chanchitos aliñados que se preparan acá. Todo eso fue bueno para nosotros.

Yo trabajo siempre manual, el torno lo usan aquí más los hombres para objetos grandes: tinajas, cántaros. A mí me gustan mucho los animalitos, entonces hago harta gallinita, harta paloma; jarros pato de los que ya ni se ven. Me gusta cada cierto tiempo hacer cosas de las que no se venden: la tetera pescadora que se usaba para las



embarcaciones, con una forma especial para que no se dé vuelta... Las hago para mantener la tradición, que no se vayan a olvidar.

Cuando ya tengo mis cositas listas y me han quedado bien, a veces les empiezo a dar besos. Mis hijos me dicen '¡Mamá estás loca!', pero yo igual no más les digo a mis patitos y a mis chanchitos '¡Ay qué lindos!', y digo: 'Señor, gracias'.

Yo que enseño, hago ver que lo más importante en este oficio es el pulido. Esa es la gran diferencia entre hacer las cosas bien y hacer las cosas mal, y entre que una vasija dure, o que se quiebre y se deshaga con el agua.

Una vez que uno ha amasado la greda, pero le ha quedado bien amasada, así como para hacer pan, viene el moldeado. Luego hay que dejar que se oreo la cosa y afinar con las herramientas o palitos que uno mismo se hace y que recoge por ahí. Cuando ya está seco, entonces se pone uno a pulir. Yo uso mucho la piedra ágata, pero también se pueden usar distintos objetos como cueros de zapato o plásticos de chalas. Es la parte más jodida porque es lenta y trabajosa, a mí tampoco me gusta mucho pero la hago igual.

Tengo puro que agradecerle no más a mi trabajo. Me han pasado cosas bien emocionantes. En 2001 me invitaron a una exposición que hubo en Corea del Sur para mostrar y enseñar la técnica. Se supone íbamos a ir como 6 artesanos pero al final partí yo sola. Nunca había ido a ninguna parte, con suerte a Santiago. Mi marido, que es más habiloso, me ayudó con eso de sacar el pasaporte, y partí un 5 de agosto, más asustada que un quique, en avión. Tuvimos que hacer como cuatro escalas. Lo pasé bien. Me hice amiga de otra artesana paraguaya con la que me tocó compartir departamento allá. Íbamos juntas a comprar para hacernos pan; allá los coreanos no comen pan, puro arroz no más.

A la vuelta de ese viaje me ofrecieron hacer clases aquí en la escuela de Pomaire a los niños, y en eso he seguido hasta el día de hoy, porque lo que más quiero es transmitir el oficio y que esto no se pierda. A veces voy a Santiago cuando me piden clases. Hice a un grupo de niños con síndrome de Down, ¡tan lindos! Una señora que había con tres hijitas enfermas, ¡preciosas las niñitas! Imaginarse que nadie les quería hacer clases de nada, yo les hice feliz porque además ellas eran puro amor.

Lo otro emocionante ha sido un trabajo para unas niñas de carita delgada que inventaron unas animaciones para la televisión; *Tikitiklip* se llamaba. Me encargaron unas gallinitas y unas figuras de tres centímetros que ellas después, con la computación, pusieron en movimiento y con música, ¡jay me emocionó acordarme! Eso quedó





tan lindo, le tengo cariño yo. El día que salió en la tele y apareció mi nombre no me la creía. Tengo el video por ahí con la grabación.

Aquí en Pomaire siempre he sido del bando de mantener las gredas naturales, cuando veo que empiezan a esmaltar le digo a los chiquillos ¡no sean tontos! ¡si lo nuestro es lo natural! Entiendo igual que hay gente que busca hacer cosas nuevas, pero pasa que luego eso o no se vende o no funciona bien. Hay unos que pintan las ollas para el pollo al jugo, luego no queda bien y cuando se cocina el pollo sale con pintura, ¡no pues! Yo enseño más lo tradicional, así les digo también a mis nietas.

A mí se me murieron dos hijas pero me quedan dos hijos hombres. Ellos trabajan en empresas de servicios en Melipilla. A mis nietas, que están casi siempre aquí conmigo, les enseño el trabajo de la greda. Algo les irá a quedar, digo yo, y así tienen una cosita segura que ya saben hacer para la vida”.





COBRES DE COYA

El proceso de industrialización fue dejando atrás la elaboración artesanal de utensilios metálicos que se fabricaban durante la Colonia e incluso desde tiempos prehispánicos en estas tierras minerales. Pero todavía no hay nada como hacer manjar en una buena olla de cobre.

Paradójicamente, nuestro principal recurso económico es caro de conseguir para los pocos artesanos que siguen practicando las técnicas tradicionales del trabajo del metal. En Chile para ellos rige el precio internacional. Sin embargo, a partir de láminas y chatarra, se las arreglan para hacer pailas, teteras y cucharones que, cuando son correctamente elaborados con la técnica del martillado, dan cuenta de las buenas propiedades de la materia prima.





Juan Carlos Orellana Zapata

COYA, MACHALÍ

Es de los pocos que todavía trabaja el cobre con la técnica del martillado. En su casa-taller, mucho más taller que casa, en el pequeño pueblo de montaña que constituye Coya junto a la mina de El Teniente, ha revestido del metal rojo un baño y una cocina donde usa y muestra sus pailas, utensilios y sus últimas creaciones con una propuesta de nuevo contenido para la artesanía; uno que tiene que ver con la contaminación del medio ambiente.

Premiado en ferias, distinguido con el Sello de Excelencia del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y ganador de tres proyectos Fondart, Juan Carlos busca que la artesanía rescate la tradición, pero a la vez incorpore la visión del hombre respecto del mundo actual.

“Aquí en Coya estoy cerca del cobre; pero, sobre todo, estoy en el lugar donde murió mi madre, apenas a los 37 años. Ella era artesana, tejía, y yo creo que heredé su vocación y el talento de sus manos.

Estoy en el lugar donde también vi morir a mi abuelo y a varios tíos de silicosis, una enfermedad pulmonar que les da a los mineros cuando trabajan en malas condiciones y sin buena protección. Y así ocurría antes. Entonces siento que este es mi lugar para trabajar, aunque por absurdo que parezca, tengo que ir a Santiago a comprar las láminas de cobre. Si no, cuando lo que necesito son cantidades menores, busco chatarra en Rancagua.

Este es el lugar donde he visto sufrir a la gente por el mineral y donde también soy testigo de la contaminación que produce. Pero por eso mismo mi trabajo busca la transformación, el sentido, y de alguna manera, su redención. A mí me reconcilia con el mundo y con mi historia.

Partí trabajando la madera y tengo la idea de que era bueno. Sin embargo un día llegué, como sin querer, a un taller que ofrecía la municipalidad de Rancagua para artesanos metalúrgicos con el maestro Raúl Céler.

Yo no estaba *ni ahí* con el cobre, menos con la carga emocional que tenía para mí. Pero resultó que me empecé a encantar con sus posibilidades, con su versatilidad. La antigua técnica del martillado, que es la que yo practico, te da una libertad que no había sentido antes con la madera. Se me abrió todo un mundo. Me transformé en el mejor alumno del taller. Cuando teníamos semanas sin clases, yo experimentaba cosas y se las mostraba después al maestro, que de a poco me empezó a ver como un par. Eso fue importante para mí. Igual cuando me iba muy en la *volá*, él me decía: ‘Oiga Juan Carlos, ¿no será como mucho?’.

Me gusta trabajar como se hacía antes. Si quiero hacer una olla, voy recociendo el disco de cobre con el soplete, y después, sobre el bolón, voy martillando para darle la forma. Esto además le da dureza al objeto. Los gitanos de ahora, a diferencia de los antiguos, en general trabajan con el torno y luego le dan solo una apariencia de martillado, pero eso no es bueno porque la dureza no resulta la misma. Los que trabajamos de la manera tradicional somos pocos; dos o tres en todo Chile, diría yo.

Como aquí cerca están las Termas de Cauquenes, empecé de a poco a vender ahí. Aunque me iba bien, igual a veces la gente me hacía sentir mal. Gente con plata que me ponía caras de sorpresa cuando le decía el precio de mis objetos. Da rabia porque se gastan



lo mismo y más en cualquier *mall*, entonces uno se da cuenta de que no valoran el trabajo artesanal ni tampoco la identidad cultural de Chile.

Hay que pensar que en una paila común hay aproximadamente un kilo y medio de cobre, que al precio de hoy son como 20 mil pesos. A eso hay que sumarle como tres días de trabajo, ¡pero de un trabajo de maestro!, porque un aprendiz se demoraría el triple y no le quedaría tan fino, entonces esa experticia también debe ser pagada... Toda esta explicación me carga tener que hacerla... Fue buscando ir más allá de la pura cuestión comercial que en 2004 decidí postular al Fondart.

Pienso que es tanto mi convencimiento de lo bueno de mi trabajo, que mis amigos profesionales me ayudan con las postulaciones y el papeleo que se necesita para el concurso. Yo mismo me puse meticoloso y seco para llenar formularios, pero la verdad me cuestan mucho esas cosas.

Con el primer Fondart que gané, hice un rescate de objetos tradicionales en metal: tachos y calentadores de arriero, algunos juegos con figuras y diferentes elementos antiguos que yo reproduje e hice en cobre.

Desde entonces ya me he ganado dos Fondart más. En 2009 fue bien interesante porque propuse el rescate de técnicas tradicionales a través de piezas de la cocina colonial. Hice harta investigación para llegar a esos utensilios. Lo que me ayudó mucho fue la colección que hay en el museo de la antigua hacienda El Huique, donde en su época tenían artesanos propios para elaborar estos objetos en cobre y que luego, con la industrialización, fueron técnicas que se abandonaron y se hallaban perdidas.

He ganado tres Sellos de Excelencia en Artesanía, que da el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Entre ellos, con la 'pailolla', que se hizo bien famosa. Es una olla con doble fondo, relleno con arena, y con el cucharón que se guarda en la misma tapa. Gustó mucho ese trabajo.

Ahora estoy nuevamente con un Fondart para hacer una propuesta de contenido para la artesanía del cobre; algo relacionado con la contaminación del medio ambiente. Yo creo que la artesanía es dinámica y debe ir incorporando las distintas situaciones en que se halla el hombre en el mundo. En ese sentido es que me interesa ir más allá de la producción repetitiva de objetos para la venta. Tampoco es que diga que soy artista, porque me imagino que para eso hay que tener estudios, qué se yo, ... universitarios. Además a mí me interesa siempre el rescate de técnicas tradicionales de





trabajo, que tienen que ver con nuestra identidad y que han probado ser nobles.

Soy un agradecido de la vida; de haberme hecho artesano y juntado con el cobre, porque creo que a las manos llegan todos los conocimientos de años y vidas anteriores que uno tiene, y que con los materiales se produce un vínculo especial que saca lo mejor de uno.

Vivo solo. Tengo 54 años y me dedico en cuerpo y alma a mi trabajo, soy como un monje podría decirse; ¡un monje del cobre! No sé, quizás tengo que agradecer esta condición que me permite estudiar e investigar las posibilidades del metal; vivir tranquilo.

Los que no viven muy tranquilos son mis vecinos, ¡con el ruido que meto!... Pero trato de no molestar. Como casi todos trabajan en la mina con turno, me voy adecuando a los horarios de ellos, y cuando veo temprano que ya han salido, ahí me pongo a martillar”.





CHAMANTOS DE DOÑIHUE

El chamanto es de las piezas más finas que luce el huaso, especialmente para los rodeos y fiestas importantes.

Elaborado a partir de algodón mercerizado, su origen y sus formas provienen de la mezcla de tradiciones incaica, mapuche y española. Es tejido en un telar vertical estacado al suelo, con la técnica de doble faz de urdimbre, lo que lo hace perfectamente reversible.

En el sector de Camarico, en Doñihue, las casas de la calle principal presentan letreros ofreciendo las piezas de las herederas del oficio. En un trabajo solitario y que se defiende de los intrusos, diestras manos laborean espigas, hojas de parra, copihues y racimos de uva, en un tejido tan fino, que logra una trama casi invisible.





Julia Peralta Monsalva

CAMARICO, DOÑIHUE

Los huasos prefieren no ser vistos cuando se acercan a las casas de las chamanteras, concentradas en la calle Miraflores del sector de Camarico, en Doñihue. Con una coquetería difícil de adivinar, les piden a las tejedoras mantener en secreto los diseños y colores de las mantas y chamantos que les encargan, sobre todo cuando se trata del que van a lucir en un rodeo importante.

La señora Julia sabe de esas mañas y explica que por eso el grupo de chamanteras es tan cerrado, pero a la vez entiende que es un atuendo muy valorado por los hombres de campo, y ella misma jamás compartiría un diseño ni haría uno igual a otro.

“Tengo la imagen de pasar mucho rato, horas tal vez, observando a mi mamá tejer. Miraba concentradamente lo que ella hacía, como si desde entonces hubiese querido plasmar lo que veía en mi cabeza, para luego poder repetirlo sola. Y así fue. Un día pesqué el mismo pisito de madera en que me sentaba a observarla, lo puse patas para arriba, y lo transformé en mi pequeño telar. No sé cómo me las arreglé pero algo salió de ahí. Ocho años habré tenido. Me acuerdo que mi mamá iba a salir, y, para dejarme contenta, me dijo que a la vuelta me enseñaría a hacer una labor, que es como se le llama a los dibujos. Pero yo intrusa me fui a la casa de la vecina a pedirle que me enseñara ella, y a la vuelta mi mamá se encontró con que ya había hecho mi primer diseño. Y bueno, de ahí no paré más. Solo después de casarme, que tuve mis tres hijos, lo dejé un tiempo; pero ya crecidos, seguí firme de nuevo.

Yo no salgo a vender, son los huasos los que se acercan. Vienen acá con alguna idea, algún color o un diseño de chamanto antiguo que les gustaría replicar. Son coquetos y mañosos, no les gusta que compartamos los diseños con nadie, por eso las chamanteras somos egoístas y trabajamos solas. Si alguna vez nos juntamos a tejer una prenda pequeña que no requiere el telar grande, andamos con las labores tapaditas con un pedazo de género. Así es. Es que el huaso se prepara para lucir su chamanto, es como una novia en el día de su boda, sobre todo cuando es para el Champion aquí de Rancagua, ¡uhhh!... ahí es cosa seria.

A uno la buscan porque saben que trabaja bien, que maneja los diseños y los colores; que conoce los códigos que debe seguir el chamanto que participa en las competencias de rodeo.

En un chamanto completo yo me demoro como 6 meses, ¡y trabajando a veces más de 8 horas diarias! La gente dice que son caros pero es porque llevan mucho trabajo. Los míos los vendo a \$1.800.000 y, la verdad, siento que ni eso paga la dedicación y el tiempo que requieren; piense que yo ya ¡cuántos años llevo en esto además!

El hilo chamantero, que es de algodón mercerizado para darle un poco de brillo, ahora tenemos que conseguirlo importado. Para decirlo en corto, el trabajo se podría resumir en: ovillar el hilo, urdir en el telar, luego separar los colores o entonar, hacer los cruces, de ahí entonar de nuevo... la verdad es que cuesta decirlo en corto porque es un trabajo largo y complejo. Pero llega un punto en que una ya se encuentra por fin metiendo la paleta y tejiendo y ahí ya es feliz, yo por lo menos me siento feliz.

Soy bohemia, me gusta la noche para trabajar; cuando nadie me hace pararme y ya no hay nada más que hacer en la casa. Mi





marido me apoya en el sentido de que no me dice nada, no me alega de que yo teja. Pero no le gustan los chamantos, no tiene ninguno. Mis hijos tampoco, les gustan más las motos.

A mi hija mujer nunca le tiraron los hilos, pero a mi nieta sí. Ella es estudiante de Diseño y está creando nuevas cosas, como carteras y bolsos para el computador, que incorporan cueros y tejido del tipo de los chamantos. Se viene casi todas las tardes conmigo. Prendemos la tele de fondo y casi no conversamos porque hay que estar concentrada contando puntos. Yo no me perdono ningún error. Cuando descubro uno, deshago todo lo que sea necesario. La otra vez estuve medio día deshaciendo un tejido hasta que llegué al punto mal hecho.

Somos alrededor de 25 chamanteras aquí en el sector de Camarico. Hay más tejedoras pero que solo ayudan para hacer ciertas partes o hacen cosas más chicas; somos pocas las que podemos asumir la tarea completa del chamanto. Tenemos un estatuto que dice que no le podemos enseñar a nadie que no sea de aquí. Hay gente que igual enseña; yo misma no estoy muy de acuerdo con ese reglamento en todo caso.

Es bonito ver salir al huaso contento con su chamanto; a mí por lo menos nunca me ha pasado que un cliente no quede conforme. Da gusto también si luego le va bien en la corrida con una prenda hecha por uno, ¡Por ahí llega a aparecer en el diario con el chamanto! Pero para mí la satisfacción más grande que me ha dado mi trabajo fue poder entregarle la casulla que le hice al papa Juan Pablo II cuando vino a Chile. Le hice unas hojitas de parra representando el vino y unas espigas de trigo para simbolizar el pan, el cuerpo de Cristo. Nunca me imaginé que se la iba a poder entregar personalmente. Incluso había soñado que quería pasársela pero que no podía, que

había un muro enorme que me impedía llegar a él.... Hay que ver que los sueños a veces son justo lo contrario de la realidad... El Papa me dio un beso en la frente. No hay palabras para describir lo que fue eso. Sentí como una electricidad. El era como pura luz, y me acuerdo de su piel tan suave.

Yo soy catequista y bien devota, entonces para mí todos los encargos de la Iglesia son muy especiales. Hice el manto de la Virgen Peregrina que recorrió Chile para el Bicentenario, el año del terremoto. También me tocó ir a ponérselo personalmente a la Catedral de Santiago. Luego le tejí una casulla al papa Benedicto XVI, que se la mandaron para la beatificación del Padre Hurtado, y ahora hay rumores de que podrían encargarme una para el papa Francisco. Todavía no me hago ilusiones, esperar en Dios no más".





MIMBRES DE CHIMBARONGO

El mimbre es un arbusto de la familia de los sauces que llegó al valle de Colchagua durante la Colonia, cuando era requerido para fabricar canastos, adornos y cunas. El clima de la zona de Chimbarongo y las gestiones de los empresarios agrícolas y artesanos del sector, consolidaron el oficio en el pueblo en las primeras décadas del siglo XX.

El gusto por los objetos y muebles cálidos, sencillos y livianos elaborados con esta fibra vegetal se expandió rápidamente y vivió su época de gloria entre 1960 y 1980. Más de tres mil artesanos se dedicaban a la cestería en Chimbarongo, que pasó a ser conocida como "la capital del mimbre".

Hoy la situación es distinta. Los cultivos se mantienen pero la mayor parte de las varas de mimbre se destinan a exportación. El menor precio del mobiliario asiático importado ha afectado la demanda, y apenas hay registro de unos 300 artesanos que se mantienen en el oficio. Pero son perseverantes, creen en su trabajo y se han atrevido a innovar en sus diseños siendo fieles a la tradición.





Florindo Duque Jorquera

CHIMBARONGO

Es el hombre de las bandejas en Chimbarongo. Empezó en el mimbre a los 15 años y desde entonces ha hecho cientos de cunas, sillas, canastos y muebles. Pero se demora 25 minutos en hacer una bandeja y las hace más firmes que nadie.

Se ha desempeñado como presidente de agrupaciones artesanas, clubes deportivos y juntas de vecinos. En su afán de que mejore la situación de su gremio, actualmente forma parte de la Mesa Regional de Artesanía, que busca beneficios para quienes trabajan en el cultivo de la identidad nacional.

“Usted pregunte no más, ¿quién es el bandejero aquí en Chimbarongo? Florindo Duque le van a decir. Todos le van a decir ‘el Duque es el que hace las bandejas’. Es que cualquiera no las hace. El trenzado de la orilla, sobre todo, requiere una capacidad, un manejo. Yo en 25 minutos le hago la bandeja más firme de Chimbarongo. Igual hago lo que me pidan, ¡a todo le hago yo!: canastos, servilleteros, sillas, repisas, mesas, baúles... Usted me dice y yo se lo hago. Pero uno se especializa: tengo mi amigo Díaz, por ejemplo, que es el que hace los espejos; el Guido hace las sillas ‘Julio Iglesias’,... Uno se especializa para que lo busquen por algo cuando son encargos grandes; pero de hacer, uno le hace a todo.

Empecé en el mimbre a fines de los ´70, tenía unos 15 años. Mis papás estaban separados así es que yo vivía con mis abuelos. Tuve que dejar los estudios y salir a trabajar no más, así fue la cosa. Vi que mi hermano se puso a trabajar en mimbre y entonces hice lo mismo. Me fui con un caballero que tenía un puesto en la carretera y partí ayudándolo. Y ahí aprendí. Cunas para guaguas partí haciendo. Aprendí al tiro, si el que quiere aprende al tiro: no hay *na'* que estudiar ni ser genio, ponerle pino no más.

Estuve como tres años con el caballero ese y después me asocié con mi hermano, para compartir taller más que nada porque cada uno hacía lo suyo. Luego con el tiempo ya he seguido solo y trabajo en mi casa, me instalo aquí en el patio trasero.

El mimbre antiguamente se recogía a la orilla de los ríos y acequias, pero al final tanta humedad lo hace ser muy vidrioso, así es que es mejor el de cultivo. La familia Sandoval aquí es la que tiene el mimbre. Ya mandan casi todo para exportación sí. Igual se le puede comprar a gente que tiene algunos pocos cultivos en sus casas; como yo que le compro a mi amigo Luis Quezada. Compro unos 50 kilos a la semana; a *luca* el kilo.

La época de cosecha del mimbre empieza en julio. De ahí, si se necesita para trabajarlo al tiro, se cuece y se pela, y toma el color más oscuro. Ahora, si se quiere dejar de color natural, lo que hacen es que lo ponen en pozos, esperan la brotación, que se demora unos tres meses, y de ahí lo sacan de nuevo y lo pelan. Eso todo lo hace el productor. Yo artesano voy y compro los atados de varas de mimbre, me vengo al taller, y aquí trabajo las huiras, que es como llamamos a cada una de las fibras que se sacan de la vara partida. Con unas máquinas de fierro que manda a hacer a alguien con soldadora, usted descarna las huiras y les da el calibre. Después hay que ponerse a tejer no más.



Cada objeto tiene su proceso. Si es un servilletero, comienza haciendo el fondo y luego sigue por los costados. Lo mismo la bandeja: arma la estructura con madera y varas, y va rellendo el cuerpo con el trenzado o el tejido. Hay que ir humedeciendo cada cierto rato el material para manejarlo más fácil y poder torcerlo. ¡Igual no se quiebra! Si el mimbre de Chimbarongo por eso es tan famoso, porque es de calidad, bueno para trabajarlo. Es cosa de acomodarse al clima y en verano trabajar rápido para que no se joda todo.



Yo tengo cuatro hijos que he podido sacar adelante con mi trabajo. Mi señora me ha ayudado en esto de la artesanía con las piezas más livianas: canastitos chicos, porta-Nescafé, murales para poner las cosas del baño colgando... Ahora viene un nieto en camino de mi hija mayor. Va a vivir aquí con nosotros porque al enamorado se lo llevó el viento... A ninguno de mis hijos se le da mucho esto de la artesanía, pero la verdad, ningún artesano de aquí de Chimbarongo al menos, quiere que sus hijos sigan en esto. ¡Es que es muy precario! No hay una legislación que nos proteja, ni siquiera que nos estimule, y encima los comerciantes nos humillan. ¡Si viera lo que es negociar con los dueños de los locales de la carretera o de las mismas tiendas! Se creen los dueños de la pelota y lo denigran a uno.

Yo tuve una mala experiencia con una persona con la que trabajé mucho tiempo entregándole bandejas. No me pagó nunca los IVA y quedé con la media deuda a Impuestos Internos. Ocho años estuve mal pensando que en cualquier momento me embargaban la casa, que me quitaban todo. Fue duro, y para mi familia... *pa'* qué decir. Anduve metido en el trago... Ahora ya son siete años que llevo sin tomar y he recuperado la confianza de mi gente; pero no fue fácil. He vuelto a ser presidente de la Junta de Vecinos, a participar en el





club deportivo, estoy trabajando en la Mesa Regional de Artesanía para conseguir beneficios para nuestro gremio... Es que así soy yo, siempre me ha gustado luchar para que las cosas sean mejor.

Yo siento que a uno, que trabaja con la identidad local, con lo que es propio de nuestro país, el Estado debiera ayudarlo en cierta medida, si no en 20 años más no va a quedar ningún artesano. Entregarle algún beneficio que le permita una mejor jubilación, facilidad para acceder a los espacios públicos con sus productos, algún beneficio tributario... algo que uno sienta que lo están tirando *pa' arriba* en esta pega, que de por sí es sacrificada y que va siempre como *detrásito*".





TALABARTERÍA DE TENO

Desde el siglo XVII hasta nuestros días, los jinetes de la Zona Central usan monturas elaboradas por talabarteros que a través de diferentes técnicas conservan, ablandan y trabajan el cuero, para luego, con arte y oficio, crear una amplia gama de aperos que se complementan entre sí.

Además de la montura, que es un amazón de madera y fierro cubierto de cueros, el talabartero hace riendas, maneas, cabezadas, bozales, taloneras, cinturones, lazos y perneras, usando cuero de vacuno, chancho, cordero, chivo e incluso coipo.





José Carrillo Méndez

TENO

Son muchos los nombres que dan fama a este oficio, pero cada vez menos los maestros que pueden jactarse de hacer el proceso completo de la talabartería, como es el caso de José Carrillo.

Entre mate y mate, este hombre de 60 años, oriundo de Parral, analfabeto y padre de 17 hijos, trabaja de forma independiente, sin que nadie lo moleste ni lo mande.

Excorralero, dice que a pesar de tanto hijo (o por lo mismo) no le tiene paciencia a los niños. Sin embargo, muestra toda la disposición del mundo para explicar cómo elabora cada una de las piezas que crea con sus fuertes y dañadas manos.

“Le voy a contar lo real y lo legal. Nada de cuentos. Antes en el sur, el que no trabajaba, no comía. Yo era de Parral y me vine para acá a Teno a buscar nuevos horizontes; a buscar plata. En Parral las posibilidades eran de un trabajo obligado, en el barro, en la siembra de arroz. Aquí no. Aquí nadie me manda. Cuando quiero plata, trabajo.

Tengo una *cachá* de hijos. Diecisiete en total. Una señora en Teno, una en Retiro y en Parral tengo otra. A todas les dejo casa. Es que yo nací con plata. Los viejos míos tenían harta campo allá en el sur. Si antes no era tonto yo. Compraba y vendía animales. Además fui corralero; arreglaba caballos y los vendía. En esta zona corrí todos los rodeos. Anduve peleando por el segundo lugar del Champion de Chile. Es que me crié en el fundo El Salto, en Parral, del *finao* Chanco Urrutia, el mejor corralero que hubo en Chile.

Conozco el trabajo del campo al revés y al derecho y sé hacer de todo. Esto de los cueros lo aprendí hace como 40 años, pero no me metí de lleno hasta hace poco.

Al principio dirigía a otros *cabros* aprendices: haz esto, haz esto otro, y luego iba a un rodeo y mandaba la camioneta con los caballos y llena de mercadería para vender. Así me fui haciendo los clientes. Llegaban los huasos preguntando ‘¿y qué tiene de bueno?’, ‘Cabezadas, riendas, de todo’; les decía yo y les vendía.

Hay maestros a los que no les gusta mojarse las manos para limpiar el cuero; lo compran hecho en la curtiembre de Chillán, así es que solo cortan. Yo hago el trabajo completo: curto todo el cuero, no se pierde nada, ¡y eso es lo bonito!

Aprendí solo, puro mirando a don Mario Retamales, un monturero, viejito corralero. Con él aprendí a cortar monturas, a hacer pelloneras. Tomaba medidas con la mano: una cuarta, tres dedos; intruseaba yo. Me salía caro sí porque tenía que *rajarme*: le compraba patas de vacuno, las ponía a cocer y le hacía pichanga como en agradecimiento por lo que me enseñaba.

Hay harta gente joven interesada en aprender el oficio, pero los otros artesanos no enseñan. Son más egoístas. Yo no. A mí me dicen ‘maestro, me puede echar esta paletita’. Y sí, lo hago, porque no quiero que esto se termine. Además a mí me va bien en el negocio. He ganado plata. Lo que da rabia es que soy el fabricante, hago todo el proceso, y vienen después unos sinvergüenzas que me pagan muy poco y revenden sacando mucho más que yo. Eso enrabia.

Esta chauchera la está haciendo un niño que es estudiante, de la casa de al lado. ¡Le va a quedar pero preciosa! Y no sabía hacer



nada... Él me dijo: 'tata, ¿me puede dar una tirita de cuero?' '¿Y para qué la quiere?', le pregunté yo. 'Para hacerle una cosita a mi profesora', me contestó. Llegó y se puso a trabajar aquí, al lado mío. ¡Yo me alegro cuando estos niños aprenden!

Del tiempo que estoy trabajando, creo que les he enseñado a unos 80 cabros, por lo menos. Algunos han salido de maestros, hasta tienen sus locales. Ahora llega el Daniel, el Marco y el Gato. Yo no los *cateteo*, ellos llegan solos. Del bus del colegio se bajan al tiro *pa'* acá. Yo los mando para la casa, que vayan a dejar los cuadernos, hagan las tareas y después que se vengán; así no tengo problemas con las mamás.

Lo primero que enseño es a lavar el cuero recién sacado del animal: hay que estirlo, partirlo medio a medio, desengrasarlo y descarnarlo. Después lavarlo bien lavado y pasarle la pala. Se deja estilar. Se cuelga, se vuelve a tender y se le pasa la piedra lumbre con sal de mar. Ahí está listo si lo quiere peludo.

Si lo quiere pelado, lo echa en agua pura por dos días. Luego lo saca, le da una espuma, ahí se suelta y entonces se desolleja. Viene el proceso de pelar: se le echa la cal viva para purificar y se revuelve bien para matar todos los microbios. Ahí después, en la medida que se lave, se tienda y se raspe, va botando todo el pelo y queda blanco en un par de semanas.

Hay que acariciar el cuero después; todos los días. Le pasa la mano, le pasa la mano, y el cuero se va soltando. Porque si lo deja así no más se *apalea*; se embrutece. Hay que ponerlo en la yegua para sobarlo. Y según para qué lo quiera, lo usa o lo sigue trabajando. Para las correas le queda fácil. ¡En un ratito me va a ver cortando 50 correas! Si quiere seguir dándole *caché*, lo trabaja con tinta y con líquidos. El alcohol que yo uso es muy fuerte, tengo que usarlo con guantes, si no me pela las manos. Con las tinturas le da los colores.

Y ahí va trabajando las diferentes cositas. El famoso carpincho, que se supone lo traen de argentina, ¡mentira! Lo hago yo mismo. La quijada de vacuno, ¿sabe por qué la saco así? Porque este cuero tiene mucho nervio, y si no lo descarna, queda firme; ideal para hacer los ojales de los lazos porque no se raja.

Para las monturas, primero va el pelero, que no es más que un paño. Sobre él viene la montura, la pellonera, que es el cuero que recubre la montura, y la cincha, que es la que se pasa por debajo del caballo para sujetar todo. El casco es un armado de madera y fierro, sobre los cuales se coloca y arma la montura, pero ese no lo hago yo. Ahí llamo a mi yerno en Parral y él fabrica esa parte.





Me gusta mi trabajo; se podría decir que lo disfruto. El problema de todo esto sí es que acarrea artritis: ¡la piedra lumbre con la sal desarma los huesos! Y la verdad es que uno no saca nada trabajando con guantes porque el roce con las yemas de los dedos es fundamental para ir sintiendo el trabajo. ¡Pero si mire! ¡Tengo los dedos ñatos de tanto trabajar!".



ESPUELERÍA DEL VALLE CENTRAL

Proveniente de España, la espuelería llegó a nuestro país en el siglo XVI, junto con el uso del caballo. La espuela está constituida por dos rodajas de fierro, unidas por una espiga, que no pueden tocar el suelo y deben sonar bien. El jinete se las pone sobre su talón para picar al animal, y así hacerlo correr más.

En sus inicios eran muy simples, sin adornos y de 6 u 8 puntas. Después fueron evolucionando hacia formas más ornamentales, con curvas barrocas, calados y decorados, incorporando nuevos materiales y aumentando el diámetro de la pieza tintineante. Hoy el número de púas a veces llega hasta 40.

Como los huasos actualmente andan más en camioneta, su uso ha disminuido bastante y cuesta ya verlas en el hombre de campo. Pero en las pichangas, fiestas ecuestres y rodeos importantes, ahí sí las desempolva el jinete para hacerlas resonar.





Pablo Vargas Roco

SAN CLEMENTE

En el mundo del rodeo, que no es fácil de satisfacer, el maestro espuelero Pablo Vargas tiene su prestigio. Pasa del tomo al esmeril y la sierra, y a puro pulso, a punta de golpe, deja reluciendo espuelas, frenos, bozalillos y rienderos.

Su trabajo se luce más que nada en las medialunas, pero ha sido regalo también para reinas y primeras damas. Sus espuelas más queridas, sin embargo, son aquellas pequeñitas que regaló una vez a su hija.

“Llevo 30 años haciendo espuelas. Aprendí a los 20; por hambre. Por la necesidad de trabajar no más, de salir a flote. Ni mi papá ni ningún familiar se dedicaba a esto. Tuve algunos maestros, pero todos fueron egoístas y nadie me dio su secreto. Es como la Coca-Cola. Yo tampoco lo doy.

Aquí, en este taller, todas las espuelas son buenas. La diferencia está en el lujo. Cuatro días demora uno en fabricar un par de espuelas. El proceso comienza ablandando los fierros al rojo vivo y dejándolos enfriar lentamente para poderlos trabajar con sierra. Una vez forjada, se endurece nuevamente la pieza con un cambio brusco de temperatura, que puede ser con agua caliente o aceite. Después de eso, se le ponen los metales para adornarlo, cosa que depende del gusto y del bolsillo del huaso que las va a lucir. Según eso les ponemos níquel, plata alemana o plata chilena, que es la más cara, para ahí hacer el enchapado, la ornamentación, todo eso.

Los diseños los creamos nosotros después de conversar con los clientes. No es fácil. Uno tiene que adivinar lo que el otro quiere. Se aplica un poquito de psicología, se analiza a la persona; si se la puede o no se la puede... Porque a un huaso humilde, ¿no le voy a cobrar 600 lucas! Y hay que ver si es de gusto tradicional o es más bien *aquimbao'* y anda buscando la *choreza*: la espuela de cogote de gallo o la medio chueca.

Los artesanos antiguos trabajaban con la fragua y sin taladro. Hoy día no. Aquí yo tengo dos ayudantes, porque sin ayudantes no se puede hacer nada, y con el tiempo nos hemos ido modernizado. Probando y probando, hemos inventado algunas máquinas, aunque sigue primando el trabajo manual y la creatividad que se aplica a cada pieza. Porque yo digo que nos pueden copiar las máquinas, ¡que las copien si quieren!, pero lo que no podrán sacarnos es la cabeza ni las manos. Eso es de uno. El trabajo de acá tiene su toque y es único y artesanal. Todos llevan una marquita que dice 'Vargas'.

El mejor encargo lo tuve el 2012, cuando el canciller del Gobierno me mandó a hacer doce pares de espuelas para llevarle a la Reina Isabel de Gran Bretaña por los 60 años de su reinado. Nos demoramos dos meses en hacerlas. Fue una *pega* de locos pero quedó *filete*.

Bueno que todos los trabajos para mí son importantes, pero a algunos les tengo más cariño, como a los aros que le hice a mi hija para un rodeo: dos espuelitas colgantes de plata, ¡esas sí que quedaron lindas! Sólo las tiene ella y la primera dama Cecilia Morel. Nos es porque lo diga yo, pero esas piezas son realmente una preciosura.





La gente de la zona ya no hace encargos. ¡Es que no hay fundos! Las tierras están todas plantadas. Antes en los campos corría en vaca el patrón, el administrador, el llavero, el capataz. Y todos necesitaban espuelas... Ahora hay una casa de máquinas y un computador satelital. No hay novillos, no hay pasto. Más hacia el sur quedan, pero la cuestión se va a acabar. Lo que sí que ahora corre el gerente del banco, el dueño de la ferretería, el abogado; todo el que tenga plata. Entonces así se compensa la cosa.

La gente de Santiago viene a comprar aquí porque es una moda, un gusto. Como los sombreros de Teno. Todos los mandan a hacer allá y eso que hacen sombreros en todos lados, pero les gustan esos. Por ahí va todo. Uno tiene que seguir la moda y a la vez mantener una tradición; hacer las cosas con oficio, como se hacían antes, pero al mismo tiempo estar siempre inventando y creando. ¡Es un arte! ¡Yo a veces hasta sueño con los fierros!

Antes participaba en el rodeo, pero ya no. No dan las lucas *pa'* dárselas de *paltón*. Tengo dos *cabros* en la universidad; ellos ni pisan el taller y no les interesa aprender. Allá ellos. A mí me ha ido bien económicamente, yo diría que demasiado bien. De los artesanos que mejor le ha ido en Chile he sido yo. Y todo lo he invertido en propiedades. ¡Porque se viene la vejez! Los dolores, los achaques... y hay que estar preparado.

Estoy solo, sí. La señora se me fue porque trabajaba mucho. Decía que estaba enfermo. ¡Pero le gustaba gastar lo que el enfermo ganaba!... Si trabajaba mucho era enfermo, si trabajaba poco era flojo... ¡No hay cómo entender! Yo pienso que uno se encamina por los hijos y, si la señora no entendió eso, no hay caso.

... Así es que a vender espuelas no más. ¡Los viernes se venden las espuelas! Porque el sábado el rodeo ya fue, y el lunes, si no anduvo bien el corredor, ¡menos las quiere! El viernes el huaso está ilusionado y entonces viene y ¡se compra sus buenas espuelas! Eso también he aprendido yo".



ESTRIBOS DE LINARES

Al igual que las espuelas, los estribos llegaron de España a mediados del siglo XVIII. Allá eran metálicos; aquí siempre se hicieron de madera: grandes, pesados y muy trabajados. Con el tiempo pasaron a ser más bajos y livianos, pero han conservado el tallado decorativo que evoca el paisaje. Su función es sujetar los pies del jinete y protegerlos de los golpes y el frío.

Para su fabricación, se corta un tronco en varias partes a las que se da forma con el hacha. Después se desbastan y ahuecan. Cuando se juntan varios, se ponen a hervir para que la madera después no se resquebraje. Mojados, se alisan con cuchillo, se lijan y se dejan secar bien. Si al golpearlos suena ronco, es que la madera sigue verde. Si ya suenan clarito, viene el tallado manual; el arte. Con cinceles y herramientas caseras nacen copihues, espigas, rosetones. Lo último es ponerle una llanta metálica, hecha por otro artesano, para colgarlo de la montura y salir a lucirlo.





Mario Medina Canales

LINARES

Huasos de diversas localidades llegan a Linares en busca de la casa taller del gran Mario Medina. Profesor de cadetes de fútbol, cantante de boleros y maestro artesano, sin el apoyo de su mujer, la historia de Mario tal vez no sería tan buena. La conoció a los 16 años y fue ella, hija de estribero, quien le consiguió las herramientas y le compró los primeros materiales de trabajo a partir de sus ganancias como costurera. Hoy, a sus 84, Mario sigue a su lado y aunque ya no talla al ritmo de antes, su hijo Mario lo secunda y sigue sus pasos.

“Me puse a hacer estribos como a los 30 años. Mi señora me compró madera y me pasó las herramientas que eran de su papá. Mis cuñados me enseñaron. Es que yo trabajaba en una fábrica de cartones y me echaron por armar el sindicato. Después no encontraba trabajo en ninguna parte en Linares. Ninguna industria. Y como no tenía nada más que hacer, me dediqué a los estribos. Pero me demoré como cuatro años en tomar la hebra porque no me encargaban. Nadie daba un veinte por mí. La única que me creía era mi señora. Ella me decía que iba a llegar lejos.

Partimos juntos con ella al campo, de Putagán para dentro, donde vivía mi cuñado que se dedicaba a los estribos. Empecé dibujando, ¡salí buen dibujante! Después tomé el hacha. Lo miraba a él y copiaba lo que hacía. Pero el hombre se puso a tomar y me dejó botado. Así es que me fui donde mi otro cuñado. Pasó lo mismo... En esos años los estriberos hacían sacos y sacos de estribos, salían a vender, y cuando volvían, se tomaban toda la plata. Se ponían a remoler y cuando ya no les quedaba nada, volvían a hacer estribos. ¡Así se la llevaban!

Pero yo no soy borracho, así es que decidí seguir por mi cuenta. Al principio no me quedaban bien, pero fui modificando, modificando, hasta que le fui apuntando. Mi señora me decía ‘mire, le falta aquí, le falta acá’. Ella sabía porque se había criado en medio de estribos. Mientras cosía, me incentivaba. Vendía sus vestiditos y me traía madera. Me decía ‘tome, ahí tiene para que trabaje’. Y así nos fuimos formando. Hasta que llegué a ser, gracias a Dios, uno de los grandes estriberos de Linares.

Me costó mucho hacerme un nombre. Mucho. Aquí había seis maestros estriberos y nadie quería que yo aprendiera. Si estuvieran vivos no creerían hasta donde he llegado... Pero al principio iba con los sacos de estribos y no vendía ni uno. Llegaba con hambre de vuelta a la casa. Mi señora me pasaba para que pagara el taxi. Me decía ‘pa’ otra vez será’. Y seguía yo. Hasta que tuve una idea muy buena. En esos tiempos se vendían unos rombitos que si uno los miraba a la luz, veía películas. Entonces le saqué hartas fotocopias a mis estribos, les puse mi nombre abajo y las metí adentro de los rombitos. Aunque no me comprarán, yo le regalaba a los clientes y a los huasos esta cosita con fotos. Y con eso empecé a darme a conocer. ‘Mario Medina, Mario Medina’. Me hice una propaganda especial. Cuando iba a vender a San Fernando, a Curicó, Los Ángeles, Chillán,... me decían ‘ahhh, usted es Mario Medina, mucho gusto’. Hasta que empezaron a venir al taller a hacerme encargos.

Las maderas que uso son las que siempre están: el peumo, el roble y el hualo. Hay que hervirlas 15 a 20 minutos para que luego



la pieza no se quiebre. El naranjo y el nogal no se hierven; pero ya casi no quedan. Peral tampoco porque los cortó todos mi cuñado. Donde había un peral, él ponía el hacha. Los corredores de rodeo me pagan por estribos de nogal ahora. ¡Pagan lo que pida! Yo tengo estribos en El Vaticano, en África, en Estados Unidos, en Puerto Rico; Paraguay, España y Argentina. En diferentes países del mundo quedó mi recuerdo. El que se fue a África tenía tallados unos elefantitos, me acuerdo.



De chico me corté unos dedos trabajando en un aserradero. De más grande volví a caer al hospital una vez que me ensarté el formón en la pierna y llegó al fémur. ¡Andaba arrastrando la pierna! Pero trabajaba igual, si no, ¿qué hubieran comido mis chiquillos? El que no sigue trabajando después de algo así no es estribero porque





no le puede hacer el quite al formón, a la cuchilla, al hacha. Tantas herramientas que se usan: buril, compás, pulidora, punteador... una cachá.

Yo les digo a todos los que empiezan con esto que perseveren. ¡Si yo sufrí mucho! ¡Nadie daba un peso por Mario Medina! Fui preso político, me torturaron, casi me fusilaron. ¡El gran artesano preso! Y solo porque era presidente de la Junta de Vecinos aquí... ¡Si yo no he matado a nadie! ¡No le he robado a nadie! Por el contrario, hago cosas grandes: he salvado personas muertas, tapadas con diario... y hago mis estribos no más.

Mi hijo Mario trabaja hace 15 años conmigo. Él me empezó a buscar; quiso aprender. Al principio solo hacía los tallados. Después empezó a hacer el trabajo más pesado, a darle forma a los troncos cortados y yo hacía los dibujos. Le enseñé a usar las herramientas: que viera qué maderas son más fregadas para trabajar, cuáles se chupan, cómo agarrarse para no cortarse; todo.

De lunes a viernes hacemos lo que se pueda hacer. Salen unos seis pares a la semana, más o menos. Tenemos un cliente que los viene a buscar y los lleva a Arica, La Serena, La Ligua. Los otros compradores vienen directamente para acá. Antes de las fiestas patrias es temporada fuerte. ¡Es como comprarse zapatos nuevos para la ocasión! El corralero en general busca estribos con la punta chata, como una vaca. Al resto le gustan puntudos.

Una vez en Chillán pasó un caballero con estribos. Yo los vi, los reconocí que los había hecho yo y seguí de largo. Pero él paró y me dijo: '¡Señor! Usted es don Mario Medina'. 'Claro', le respondí. Con mi pinta de corbata no era muy reconocible. 'Señor, lo felicito por estos estribos. Usted es un tremendo maestro', me dijo él.

He tenido muchas satisfacciones en mi vida. Como profesor de cadetes de fútbol estuve en Santiago a cuerpo de rey, jugando en las canchas de Colo-Colo. Como cantante, tuve una tremenda orquesta aquí en Linares. Y como artesano, logré lo más difícil: hacerme un nombre. Si una vez hasta supe de un señor que fue con un saco de estribos a vender a La Serena diciendo que eran míos. ¡Y lo reconocieron! Porque no tenían mi sello... Nadie en Chile talla la planta con granicillo como lo hago yo. ¡Si tengo un prestigio! ¡Un nombre! Y eso es lo que le heredo a mi hijo. Ahora él tiene que cuidarlo y así será. Yo lo sé".



ARTESANIA
EN CRIN
LAS
CAMELIAS

ARTESANIA
EN CRIN
LAS CAMELIAS

CESTERÍA EN CRIN DE RARI

A 22 kilómetros de Linares, por el camino que lleva a las termas de Panimávida, se encuentra el poblado de Rari, cuyo nombre proviene del mapuche *raren*, "arbusto". Está formado por una calle larga y curva con casas que se adentran entre los cerros. Muchas de ellas lucen letreros anunciando lo que ha dado fama y gloria a la aldea: "artesanía en crin".

Por generaciones, las mujeres de Rari han elaborado delicadas figuras con una técnica que ha ido evolucionando en el tiempo. Inicialmente se usaban raicillas de álamo que se entrelazaban y tejían para dar forma a pequeños canastitos y flores. Cuando las raíces empezaron a escasear, probaron con una fibra sintética mexicana llamada tampico, y con crines o pelo de animal. La técnica más usada actualmente utiliza una estructura de tampico y, sobre ésta, el tejido en crin de caballo.

La declaración del oficio de las artesanas de Rari como Tesoro Humano Vivo por parte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes en 2010, contribuyó a popularizar aún más las coloridas figuras que ya constituyen un producto de exportación. Libélulas, angelitos, brujas y mariposas vuelan desde Rari por el mundo.





Rosalía Jorquera Valdés

RARI, LINARES

En la única calle perpendicular que atraviesa el pueblo, a pocos pasos del paradero, se encuentra la casa de esta mujer de 68 años, madre de tres hijos, abuela, y artesana del crin desde siempre. Así como todas las mujeres de su familia, aprovecha cada momento libre del día para elaborar figuras. En sus manos, el pelo de caballo teñido con fuertes colores se transforma en delicadas mariposas, canastitos; pequeños adornos que alegran la vida.

Instalada junto a su cocina a leña, con su perro y su gata, entre porotos a medio desgranar y la tele metiendo bulla, Rosalía invita a pasar a todo aquel interesado en conocer el oficio más característico de su pueblo.

“Antes en Rari había mucha necesidad. A la gente no le gusta que uno cuente estas cosas, pero así era. Los niños andaban a pie pelado y uno no tenía de dónde sacar para comprarles cuadernos y lapicitos. Por eso a mí me sirvió mucho que se diera a conocer nuestra artesanía. Yo tejía igual, aunque no se vendiera tanto, pero cuando me fueron llegando pesitos fue mucho mejor. Pude ayudar a mi viejo, comprarles cositas a mis hijos. La verdad es que esto nos ha ayudado mucho.

A los 8 años empecé a tejer. Como por juego, copiando lo que hacía mi mamá y mi abuela. Al principio hice canastos, después seguí con los ramos de flores, los canastillos con flores, y ahí me lancé. Es que uno empieza a mirar y se contagia.

Me acuerdo de mi abuela Benigna, siempre sentada tejiendo con estos hilos naturales que sacaba de árboles y animales. Nosotros éramos tres hermanos y los tres aprendimos de la abuela Benigna. Ahora quedamos solo dos, mi hermano Simón y yo. Somos muy unidos. Él dice que es el único hombre de Rari que teje, pero no es así, yo he sabido de varios otros. Si aquí no hay problema en que los hombres hagan estas cosas.

Voy a contarle el origen que nos contaba mi abuela. Ella siempre decía que el comienzo de este trabajo fue providencial. Desde siempre las mujeres del pueblo iban a lavar su ropa al río Rari, este mismo río que en esa época era transparente y cristalino. Una vez, hace más de cien años, el hijo del administrador del hotel de Panimávida estaba de cumpleaños, y se supo por ahí que el patrón estaba complicado con el regalo. Apareció entonces el jardinero del hotel, con harto temor, y se ofreció llevarle unos canastitos chicos que sus hijas hacían con las raíces de álamo que sacaban del río. Resultó que al señor le fascinaron. Era un hombre de ascendencia alemana, y los europeos siempre han valorado este tipo de trabajos. Le dijo: 'Dígale a sus hijas que se pongan a tejer y el fin de semana yo muestro sus cosas acá en el hotel'.

Así fue como armaron los quioscos en el hotel de Panimávida, que existieron por mucho tiempo después. Contando con un espacio de muestra y de venta, cada vez más mujeres fueron aprendiendo la técnica, y tejiendo más y más piezas.

La gente sacaba la champa de las raíces de álamo que caían al río y separaba las hebras. Con el tiempo, el río se empezó a contaminar y fue cada vez más difícil encontrar las raicillas. Entonces probaron tejer con distintas cosas. Pelos de cola de vaca, crin de caballo, vegetales que encontraban por aquí; pero no gustó. Otros probaron con hilo plástico, pero se notaba; quedaba feo. Trajeron un día la fibra que se saca de las hojas de agave, la planta del tequila. El



proceso lo hacían en México con un producto sintético que aporta dureza. Mezclado con el tejido de crin de caballo finalmente fue lo que más gustó; por eso se ha seguido haciendo así.

El crin lo obtenemos de los mataderos de caballos. Llega muy sucio, con sangre, por lo que debe lavarse tres veces con detergente. Luego se le aplica una gotita de cloro y así va quedando más claro. Esa gotita es más que nada para limpiar. Después se tiñe con anilina química. Antes teñían con productos naturales: cebolla, canela, barbas de viejo, quintral, romerillo, ¡de todo! Pero con el tiempo empezaron a aplicar la misma anilina química que se usa para la lana. Es que el crin es muy duro, por lo que cuesta que tome el color con tinturas naturales. Con las químicas, en cambio, se logra una amplia gama ¡y queda parejito!



Cuando el crin está seco, se pone uno a trabajar. Para una figura circular, por ejemplo, se urde primero una trama con ocho hebras de tampico, y dentro de ésta se inserta una hebra de crin que puede ser del mismo color o de otro. Luego se hace el tejido propiamente tal, intercalando colores en distintas formas. La figura se cierra enhebrando una a una las hebras y pasándolas por el costado hasta llegar al centro de la trama base. Finalmente se cortan las fibras sobrantes y la pieza queda lista.

Yo tejo todos los días. En la mañana me hago un tiempo a mediodía, como de una hora. Y después, en la tarde, tejo dos o tres horas más, ¡es que no pierdo el tiempo! A veces prendo la tele mientras tejo, solo para que meta boche. Cuando mi marido está aquí, tejo conversando con él. Según lo que esté haciendo necesito tener los ojos bien puestos o trabajo más de memoria.

Pienso que esto es arte. Como un pintor que tira las primeras líneas y no sabe qué va a resultar. Tiene el deseo de hacer algo nuevo, de



crear. Por ejemplo, cuando yo hago una flor, parto con una idea en la mente, una imagen, y es como que me la voy sacando de la cabeza para que aparezca en el tejido. Tengo que tener la mente muy metida en lo que hacen las manos. En cambio, cuando hago cosas repetidas, ahí el pensamiento se me va para cualquier lado. ¡Es que hay tanta cosa en qué pensar!

Hace unos años tuve un encargo muy especial: hacer las piezas de ajedrez para un famoso ajedrecista alemán. Fue un largo trabajo, ¡me tuvo un mes de cabeza! Tenía las ideas y luego las desarrollaba. Fue cansador, pesado, ¡pero me quedó precioso! No sabe cómo me daban las gracias. Ahí se fueron las figuritas; metidas en cajas con algodón a Alemania. Me mandaron a decir que había quedado muy agradecido el jugador.



Otra cosa que hice y que guardo con cariño son los canastos de la abundancia. Son 12 canastos unidos verticalmente, de más grande a más chico. Cada uno representa un mes, y si se les pone una semillita o una legumbre, llama a la abundancia para el año.

Antes uno hacía sus cosas y las entregaba a quioscos y particulares para que las comercializaran. Hasta que la venta creció gracias a la difusión. Hace unos 20 años nos mostraron en un programa de televisión bien visto que se llama "Al sur del mundo". Una señora, Inés Belmar, fue quien dio a conocer esto. Ella era talquina, pero se casó con un rarino y se vino a vivir para acá. Aprendió la técnica del tejido en crin y lo hizo muy bien. Era buena artesana y fue una gran difusora. Ahora se vende mucho; tanto, que en un momento decidimos armar un puesto aquí mismo en mi casa. Tengo cositas mías, de mi hermano, de sobrinas, de vecinas, de mi cuñada, mi suegra y mi consuegra; hasta de las hijas de ellas... También entrego en Santiago: en el Pueblito de Los Domínicos, en Patio Bellavista y todos los meses a Artesanías de Chile. La difusión que nos dieron como Tesoro Humano Vivo también sirvió para atraer más gente que viene a conocer nuestro trabajo.

Yo les enseñé esto a mis hijos y a mis nietos, pero no han demostrado mayor interés, a fin de cuentas. La verdad es que uno se sacrificó para que ellos estudiaran, hicieran otras cosas, porque esto de la artesanía no da tanta plata. Pero igual yo anhelo que se mantenga la tradición, que se siga haciendo y que no desaparezca, ¡porque es tan lindo! Yo no puedo parar. Si no vendiera mis monitos, igual los haría. Son mi tranquilidad".





LOZAS DE PILÉN

En la Región del Maule hacia la costa, entre verdes colinas serpenteadas por caminos de tierra roja, se encuentra un puñado de casas que recibe el nombre de Pilén.

Los hombres de la zona acostumbran trabajar como temporeros forestales o inquilinos, mientras que las mujeres suelen dedicarse a la alfarería. Actualmente unas 50 mujeres son conocidas como "las loceras de Pilén".

Las cerámicas las elaboran con greda extraída de los cerros. Una vez que se saca, se muele, se cuela y se amasa con agua, se modelan diferentes piezas. Se trabaja a la antigua, solo con las manos; nada de moldes ni tornos. Las piezas se ponen directamente sobre las brasas del fuego, siguiendo la costumbre de los antepasados, que en vez de construir un horno, tapaban la loza con leña y le prendían fuego hasta que se consumiera toda.





Delfina Aguilera Lara

PILÉN, CAUQUENES

En las tierras rojas de Pilén creció Delfina, hoy de 78 años, madre de doce hijos y abuela de muchos nietos. Dedicada a las lozas, elabora objetos de greda tanto utilitarios como decorativos: platos, fuentes, ollas, pesebres, gallinetas; un sinfín de ingenuas figuras que brotan de sus manos. Si no está amasando greda o bruñendo sus cacharritos, está cocinando, picando leña o tejiendo polainas. Sus manos no tienen descanso.

Famosa entre sus pares por postular a cuanta iniciativa favorezca a la asociación de artesanas que animó a formar, cuenta con sus ojos achinados cómo es la vida en Pilén y cuánto ha trabajado por difundir la tradición de su pueblo.

“Cuando yo tenía 7 años murió mi mamá. Ella *loceaba*. Mis recuerdos de ella son *loceando*. Me acuerdo cuando salía a Cauquenes, con mis hermanos le pescábamos la greda y se la echábamos toda a perder puro jugando, ¡se enojaba tanto cuando volví!

Después que murió, una tía solterona que vivía con mis abuelos me fue a pedir prestá, y me convenció de que me quedara con ellos. Mis abuelos y mi tía trabajaban también en loza, así es que igual ahí aprendí yo. De a poquito. A los 10 años ya sabía hacer hartas cosas. Al principio iba a la escuela en la mañana y *loceaba* en las tardes, pero después no me dejaron ir más a la escuela para que los ayudara.

La gente antigua hacía todo de greda. ¡Si hasta bacinicas de greda tenían! Tinajas para el agua heladita, cántaros materos para el agüita hervida al lado del fuego... La gente comía de la fuente no más. Con la pura cucharita iban sacando todos. Nada de pituquerías, ¡qué tenedor ni cuchillo! Y en la época de mi abuelita, y pobres como eran, comían con la concha de la cholga no más.

A mis niños tuve que criarlos como pude con mi trabajo. Rebuscándomelas de un lado o de otro. Mi marido era trabajador al día y ganaba muy poco, así es que tenía que sacrificarme para parar la olla. Me levantaba a las 5 de la mañana a bruñir loza. ¡Cómo no le voy a tener cariño a esto si me permitió criar a mis hijos! Tuve doce; todos nacieron en la casa, salvo dos que mejoré en el hospital. Pero cinco se me murieron guagüita. La primera que se me murió tenía 7 días y me la ojearon. Me dijeron 'la gordurita no más le falta'. Es que era flaquita, pero muy bonita; tenía la cara limpia, los ojos azulitos. Un día amaneció toda amarilla como una yema de huevo. En la tarde vinieron a santiguarla, pero al otro día, a la hora de la oración, se me murió. A los otros que se me fueron ya no los sentí tanto. Si se los quería llevar, que se los llevara... Muchas penas pasé yo, ¡y todavía estoy acá!

Aquí en la zona ninguno de los hombres trabajaba en loza. Antes a los que lo hacían, los trataban de maricones. No sé a quién se le habrá ocurrido la idea... ¡Así es que nosotras solas sacábamos con chuzo la greda! ¡Ni a eso nos ayudaban! Trabajábamos de lunes a viernes, los sábados agarrábamos la plata en el mercado de Cauquenes o con los comerciantes que venían a buscarla, los domingos íbamos a sacar más greda, y los lunes vuelta a hacer trastes de nuevo...

Era nuestro sustento. Yo hacía su docena de pailas a la semana, y cuando ya tuve hijos, para que me cundiera, echaba a mis cabros a bruñir. Pero ellos al ratito se me aburrían y me rompían el trabajo con el mismo bruñidor. Decían que se había roto, pero yo sabía que habían sido ellos. ‘¡Ah! ¡Váyanse *pa'* fuera a jugar y no me ayuden *na'*, les decía yo. ¿No ve? Lo conseguían.



Voy a buscar greda una vez al año al fundo Pilén Bajo. Voy en verano, que es cuando está más seca aunque cuesta más sacarla, porque está dura. ¡Tengo que pagar para traerla! Le pido a un casero de por aquí que tiene vehículo y él me ayuda. Traigo como 15 canastos vendimiadores.

Se machuca la greda hasta que quede molidita y luego se cierne para que quede limpia; sin pelusas, sin nada. Después se moja, se soba la masa y se empieza a trabajar. La loza no se hace toda de una vez. Hay que ir dejando que se oree para pegar las distintas partes. Yo armo todos los mates, por ejemplo, y después de la *oriaita*, cuando ya están secos, les pongo las orejas; si están mojados todavía se enchueca todo.

Después viene la etapa del bruñido, que es pulir con una piedra lisita. Es lo que más demora y hay que tener harta paciencia. Se pintan luego las piezas con el colo, una tierra roja que se saca de las vetas de la montaña, y se ponen a calentar para que sequen nuevamente. A lo que ya están calentitas las piezas, viene la cochura. Hay que bruñir harto para cocer, si no se pierde mucha leña. Desparramar bien el fuego; tener hartas brasas para que no se salte la loza. Ponerla encima, arrumbada, y taparla toda con leña. El cocimiento es hasta que se consume entera la madera. Hay que ir soplando para que el fuego crezca y la loza se cueza parejita. La gente no sabe el trabajo que tiene la artesanía...

Le he enseñado a locear a harta gente por aquí. Profesoras de colegio me llaman, me conquistan, y me traen grupos de 12, 15 niños. De Linares, Talca, ¡hasta de Yervas Buenas han venido! Por eso quiero terminar de construirme un taller, para estar más cómodos. Les cobro \$1.000 y se llevan lo que hacen. Les enseñé cosas fáciles: patitos, mates, tacitas; para que no les cueste tanto. Mis hijas mujeres aprendieron solas, mirando, pero la Noemí Olga es la única que sigue con esto, hace bonitos cacharritos. Mis hijos hombres no *locean*; para que no los jodieran no les incentivé tanto la cuestión, pero sí les enseñé a cocinar para que no pasaran hambre si yo me moría.

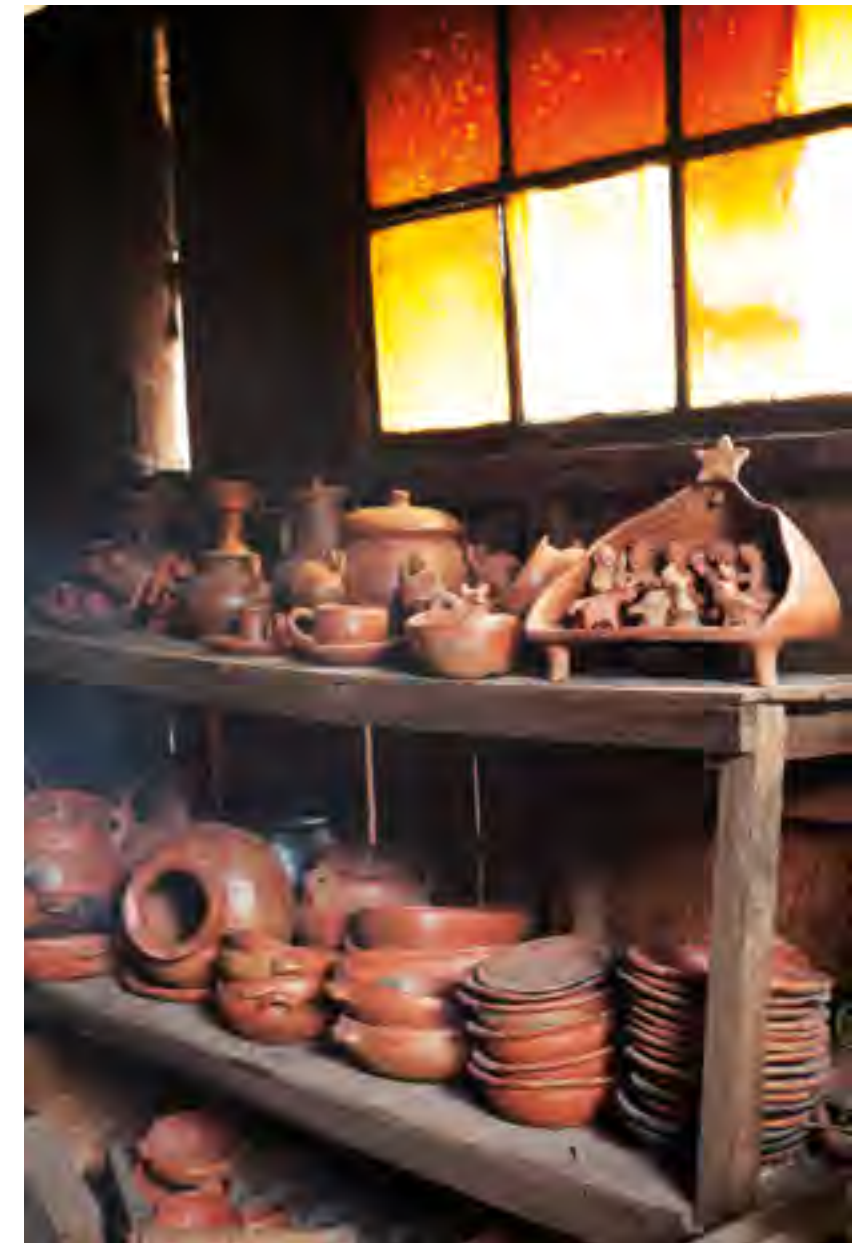
Antes había como 70 loceras en Pilén, ahora ya vamos quedando unas 50. Se han muerto o dejaron de locear. Pero yo no lo dejo. Es mi trabajo. Y ahora que soy reconocida, ¡menos! Es una tradición que se ha seguido toda una vida. Mi abuelita, la abuelita de mi esposo, mi mamá, ¡todas trabajaron en esto!

Nos juntamos acá para postular a proyectos. El último que nos ganamos nos va permitir hacer corredores en las casas para poner las lozas y tener dónde secarlas en invierno, porque para





el terremoto se nos cayó todo lo que teníamos parado. Ahora hay más ayuda, antes había que buscarle la cáscara a la nuez... Yo salía con los canastos en la cabeza y el niño en brazos a vender a Cauquenes. ¡Era bien sacrificado! Pero la verdad estoy acostumbrada a trabajar y, gracias a Dios, hoy por hoy no tengo dolores ni achaques físicos. Los domingos me levanto a las 8 y el resto de la semana a las 7 estoy trabajando. Soy artesana y así va a ser hasta que me muera".





CERÁMICA DE QUINCHAMALÍ

Pasaba que a veces los artesanos se quedaban cortos de loza utilitaria y a la temporada siguiente, en cambio, terminaban con las cerámicas ornamentales arrumbadas en cajas sin vender. Por eso, cuando a principios del siglo XX se tendió la línea ferroviaria, el asunto se resolvió al estilo salomónico: Quinchamalí Norte se dedicaba a la alfarería decorativa, Quinchamalí Sur a la elaboración de ollas, tazas y fuentes utilitarias.

Hoy ya son menos los artesanos y la cosa se ha vuelto a revolver. En este poblado al suroeste de Chillán, son casi 50 las mujeres que trabajan la greda, pero apenas unas 15 las que lo hacen de manera activa como trabajo.

Manos maestras que transforman la arcilla en esa loza negra que evoca la mesa criolla, y que da vida, entre otras, a la guitarrera, la tradicional figura de la niña enamorada que murió cantando su pena una noche de San Juan.





Mónica Venegas Rojas

QUINCHAMALÍ, CHILLÁN

La presidenta de la Unión de Artesanos de Quinchamalí libera una energía que ha contagiado a muchas mujeres. Llegó al pueblo hace treinta años a cosechar cerezas, pero se enamoró de tal manera de la cerámica de greda negra, que nunca más sacó las manos del barro.

Con sus ingresos y junto a su marido, Mónica ha logrado criar y educar a sus cuatro hijos. Con entusiasmo y capacidad de gestión, ha movilizó a la comunidad y conseguido beneficios para su gremio. Pero lo que más valora su sensibilidad, es la forma en que la alfarería le ha enseñado a vivir la vida.

“No termino de maravillarme con estos cacharros yo. Será que soy afuerina y entonces, como no nacieron conmigo, fue como que un día los vi y me tomaron el corazón.

Yo soy de Santiago. Me vine a los 19 años a Quinchamalí por mi marido, que es de acá. Se quedó sin trabajo él en la capital y justo yo también dejé una pega de costurera que tenía, entonces nos vinimos, se suponía que solo por el verano, para ayudar a su familia en la cosecha de cerezas. Pero pasó que nos fuimos quedando, quedando, y ya voy para los treinta años aquí.

Fue una tía de mi marido, que son familia alfarera de siempre, la que me enseñó la greda. En verdad tampoco me enseñó mucho porque antes la gente como que se avergonzaba de este oficio. Trabajar en el barro era lo último, significaba que eras lo más pobre de lo pobre. Entonces las tías me invitaban a hacer cacharritos como para que hiciera algo por mientras que me inventaba otra cosa; no era que me hablaran mucho de la técnica. Yo solita tuve que ir mirando y experimentando, equivocándome mucho y quebrando varias cosas en el camino...

Pero me enamoré de esto. Logré que me aceptaran en un grupo de iglesia de mujeres artesanas, en el que uno recibía alimentos en la medida que trabajaba y producía cerámicas, y al poco tiempo me especialicé en miniaturas y juguetitos, que es como llamamos a las figuras ornamentales. Tengo un carácter fácil, me llevo bien con la gente, entonces de a poco empecé a hablar más en el grupo y ligerito me transformé en la presidenta. Es que al tiro empecé a soñar también con esto, a inventar proyectos.

El proceso tiene varias etapas. Hay que armarse un cronograma en la cabeza, sobre todo si a uno le van saliendo encargos de a poco y tiene que manejar distintos procesos a la vez. Lo que sí es claro es que el material se recolecta en verano. Algunas pedimos permiso a una forestal que queda por ahí cerca de la autopista para ir a sacar la arcilla. Buscamos también greda amarilla allá en Huechupén, color rojo en Colliguay y color blanco en el sector de Cuca. Todo se guarda en sacos y la arcilla, por ejemplo, se va mojando y colando en una arpillera para ir usándola en la medida que se necesita. Se junta con arena y se le agrega alrededor de un 10% de greda amarilla según la dureza que uno le quiere dar al objeto. Después que se pisa bien la mezcla y reposa la masa, viene el ‘despioje’, donde se le sacan las piedrecitas, palitos y todas las impurezas que puedan haber quedado. Y ahí empieza el moldeado.

Ya sea para cerámica utilitaria u ornamental, casi siempre se parte haciendo dos tapas que se juntan para formar una pelota hueca,

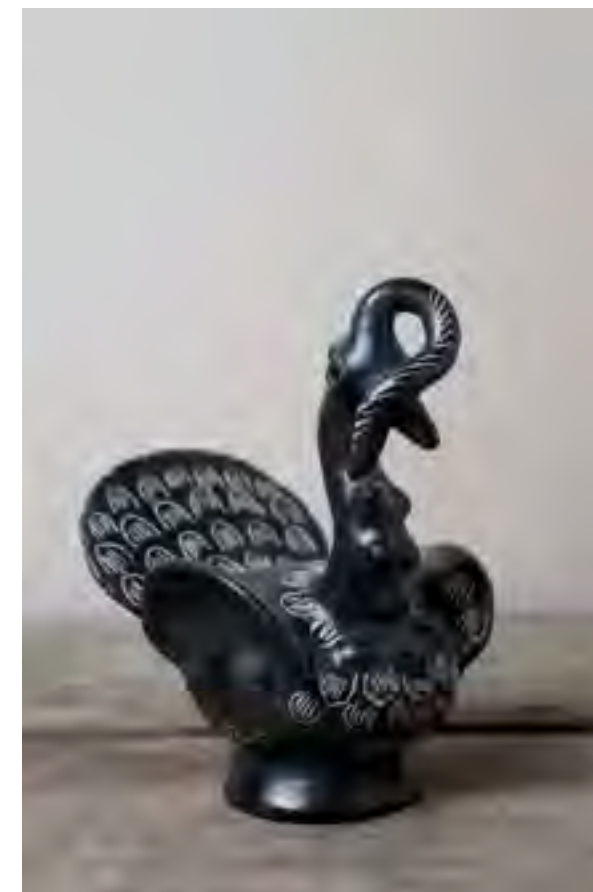
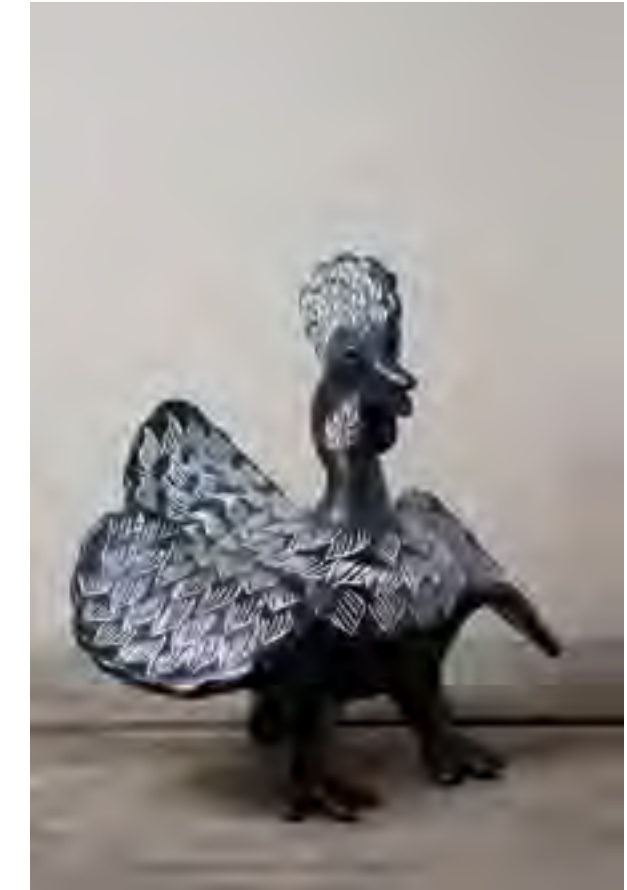
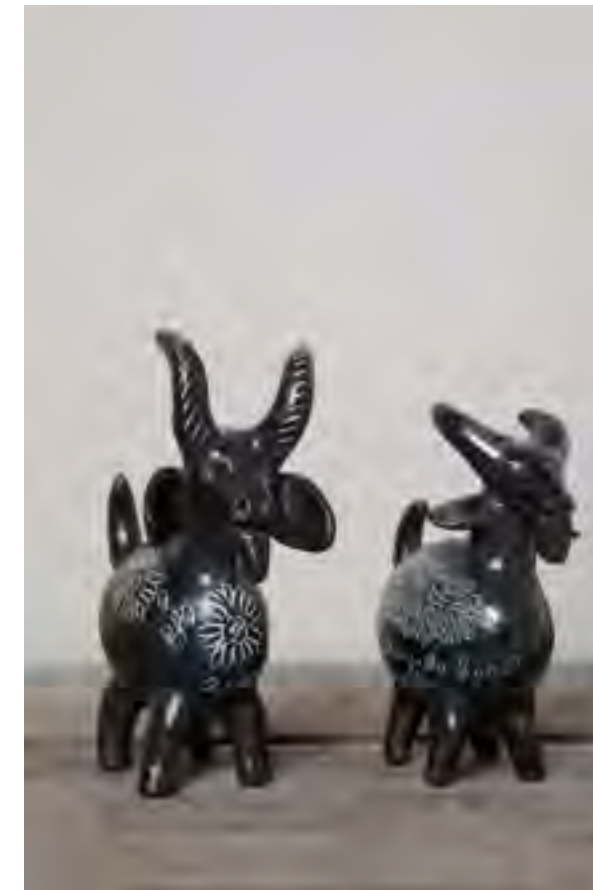


que luego se puede transformar en guitarrera, ollita, chanchito, jarro de agua; lo que se quiera hacer. Cuando se ha dado la primera forma se deja orear, y de ahí se le agregan las piecitas: la cabeza y los brazos a la guitarrera, las orejas a la olla, etcétera. Después hay que esperar que oree nuevamente, y viene todo lo que es el bruñido, que se hace con una piedra de río y un poco de agua. Cuando la superficie está lisita se aplica el engobe de color rojo, tal como si fuera un esmalte, con un trocito de tela. Viene un segundo bruñido con piedra, se espera ahora sí unos días que seque bien, y finalmente el lustrado: se aplica enjundia de gallina, que es así como un chicharrón que se hace con la grasita del ave y que le da brillo y protección a la pieza. Lo último es el pintado, que es como le decimos a las incisiones o surcos que hacemos con una aguja de vitrola: floritas, rayitas, pétalos; cada una hace lo que quiera según sienta ganas.

La cochura es la hora de la verdad. Ahí uno ya dice: 'Que sea lo que Dios quiera'. Se ponen las piezas en una especie de canasto de fierro que se cuelga sobre el fuego y primero se ahoga la greda con el humo. Se va acercando el canasto poco a poco al fogón, y cuando las piezas ya están bien calientes, se ponen a fuego directo. En el momento en que la loza toma color rojo, ahí se saca y se coloca sobre un morrito de bosta de caballo molida, que es lo que da a la cerámica el color negro característico nuestro. Frío ya el cacharrito, se le aplica el colo blanco, que va quedando adherido en las incisiones y deja los dibujos marcados sobre la cerámica negra.

Una vez que la comunidad aquí me empezó a considerar como una artesana más, fui parte de distintos grupos con los que asumimos encargos importantes. Hicimos 100 copones de greda para la misa que hizo el Papa Juan Pablo II en Concepción, cuando vino el '87. De a poco después los comerciantes nos fueron pidiendo cada vez más cosas. Pero hubo un hecho importante que a mí me prendió la mecha: fue en una oportunidad en que yo misma fui por primera vez a la feria que se hace en Portezuelo, aquí cerca, y me instalé con mi puestito. Viví por primera vez la emoción de vender una pieza propia. De explicarle a una persona cómo es el trabajo, de ver su cara de admiración y aprecio por el oficio de uno. Fue en esa primera transacción directa con el cliente que yo pasé a otro plano. Me acuerdo que volví a mi casa con una energía nueva, llena de ideas. Como que desperté.

Después justo me invitaron a un seminario de artesanía en Santiago y conocí a un joven que estaba formando una comercializadora para exportar artesanía chilena a Europa. Hicimos los contactos, le pasé unas piezas para que pusiera en su catálogo, y al poco tiempo nos llegó un pedido al grupo: cuatro mil chanchitos alcanzía en un





plazo de seis meses. Fue de locos, casi nos morimos. Tuvimos que recurrir a otros grupos de artesanos para que nos ayudaran, pero como habían algunos inexpertos, empezó a quedar la *embarrá*: los chanchos que se desarmaban, se quebraban... se transformó en un problema serio la cosa y hasta tuvo que intervenir la Iglesia para ayudarnos. Vinieron los ingleses del banco que había encargado los chanchos a conocer nuestra realidad y la forma de trabajar aquí, y por suerte se arregló todo. Nos dieron más tiempo y pudimos cumplir bien el encargo. Como al final respondimos, se consolidó la relación con la exportadora y hasta el día de hoy seguimos trabajando con ellos.

Hago la cama con suerte una vez a la semana. Mi pobre marido come bien solo cuando cocino yo y reconozco que a veces he tenido problemas con él por andar tanto *pa' allá y pa' acá*. Pero en el tiempo de crianza de mis hijos pude estar muy presente porque trabajaba en mi casa y a la hora de los *quiubo* mi marido es el más orgulloso de mí. ¡De hecho hasta me compró una guitarrera! Siempre me pedía que le diera una de regalo y como las terminaba vendiendo, un día llegó y me dijo 'Ya, te compro una, cuánto vale'. Así es que ahí tiene su guitarrera 'comprada' a su propia esposa... La leyenda dice que la figura recuerda a una mujer enamorada que murió de pena cantando a su amor bajo una higuera, una noche de San Juan aquí en Quinchamalí.

Yo por mi carácter y porque soy movida, podría haberme dedicado a comerciante o a la gestión de proyectos, pero la verdad, lo que me llena de adentro, es hacer la cerámica, hacerla bien; ir logrando cada vez mayor fineza en el trabajo. Me gusta investigar y conocer las piezas que se hacían antiguamente, rescatar diseños antiguos e imaginarme hacia atrás cuántas manos habrán repetido estas formas.

Uno se distrae y resuelve también muchos problemas con la cabeza pensando pero con las manos en la arcilla. Esta labor como que te transmite serenidad, templanza; ¡tiene tantas cosas! Entrega valores. Por lo mismo que hay que salir a buscar material, esperar los tiempos de cada etapa y estar dispuesta a que finalmente en la cochura se te quiebre la pieza y hasta ahí no más llegó todo... Creo que eso está muy en comunión con la naturaleza, con lo que somos nosotros y lo que es la vida misma. Por eso siento que uno aprende a vivir de verdad con este oficio, así me ha pasado a mí por lo menos".



BORDADOS DE COPIULEMU

Cada bordadora expresa a su manera el entorno campesino en la "Tierra de Copihues". Apenas un pedazo de paño o un saco de harina y rollos de lana, bastan para dar vida a escenas de la trilla, rebaños de animales y fiestas dieciocheras.

El origen de esta artesanía es reciente y se relaciona estrechamente con el espíritu y la tenacidad de una alemana vecindada en la zona, que quiso ayudar a la comunidad de Copiulemu de una manera concreta y que se proyectara a futuro.

Hoy son casi cincuenta mujeres que vibran con su trabajo tanto como los colores que usan en sus bordados, reconocidos en 2010 con el Sello de Excelencia del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, por su autenticidad como expresión de identidad cultural, su innovación y la originalidad de sus diseños.





Elvira Muñoz Riquelme

COPIULEMU, FLORIDA

Hija de la primera generación de bordadoras en Copiulemu, es también madre y abuela de artesanas del oficio. Conoció la cadeneta y no la soltó más. Le gustan los colores fuertes, “nada de colores pasteles ni tonos tierra”, y heredó de su madre el gusto por bordar árboles de la vida y usar la técnica del delineado, que hace destacar las figuras de una manera especial.

Elvira bordó parte del mural que acompañó al Papa Juan Pablo II en su misa en Concepción cuando vino a Chile. Lleva todos los meses sus trabajos al centro artesanal de Copiulemu y desde hace años es la representante del grupo que viaja a Santiago a la Muestra de Artesanía de la Universidad Católica. Aunque reconoce que es una tarea agotadora, asegura que en lo familiar no corre riesgos por dejar solo a su marido: “Suerte tuve de casarme con un hombre feo”...

“Aquí en el campo las mujeres nunca hallaban mucho qué hacer. Una vez que criaban los hijos como que quedaban medio de brazos cruzados, llevando la casa, cuidando al marido, pero nada más. Entonces esto de los bordados fue como un hallazgo, ¡una salvación para muchas!

Yo me acuerdo de mi mamita, ella tenía como 60 años cuando se puso a bordar con el grupo que formó la señora Rosmarie Prim. Es alemana la señora y ha hecho mucho por Copiulemu. Vive en un fundo por aquí con su marido, alemán también. Se ha involucrado en proyectos educativos, rescató la iglesia y nos ha ayudado a muchas personas. Hace unos 40 años formó el primer jardín infantil rural de Chile, y cuando ya vio que las madres tenían donde dejar seguros y cuidados a sus hijos, armó esta agrupación a la que le propuso seguir un poco la idea de los bordados de Isla Negra, pero con motivos propios de la imaginación de cada una: figuras campesinas, animalitos, las cosas que uno ve aquí; dibujos que dieran cuenta de la identidad de Copiulemu.

Mi mamita, que fue de las primeras en formar parte del grupo, iba en un comienzo al retén de carabineros a bordar. Ahí se juntaban porque les prestaban una salita. Después con los años se fundó el centro artesanal junto al jardín infantil. Aunque las bordadoras trabajamos cada una en su casa, ahí es donde nos juntamos todos los meses para presentar lo que hemos hecho y recibir cada una la plata por los trabajos vendidos a través del centro. Hacemos una once y entre todas llevamos cosas para comer. Somos como 50.

Cuando mi mamita me invitó a participar del grupo yo lo encontré regio. Salí fascinada porque me relajó mucho el trabajo manual. Yo ya estaba casada, tenía dos hijos chicos y me gustó la idea de ganarme mi platita, de no tener que estar estirándole todo el rato la mano al marido. Aparte es algo fácil, basta con un saco de harina, una aguja y lana que no se destiña fácilmente. Se puede hacer en cualquier lugar, ¡y es tan lindo! Yo veo que a toda la gente le gusta, ¡a nadie no le gusta!

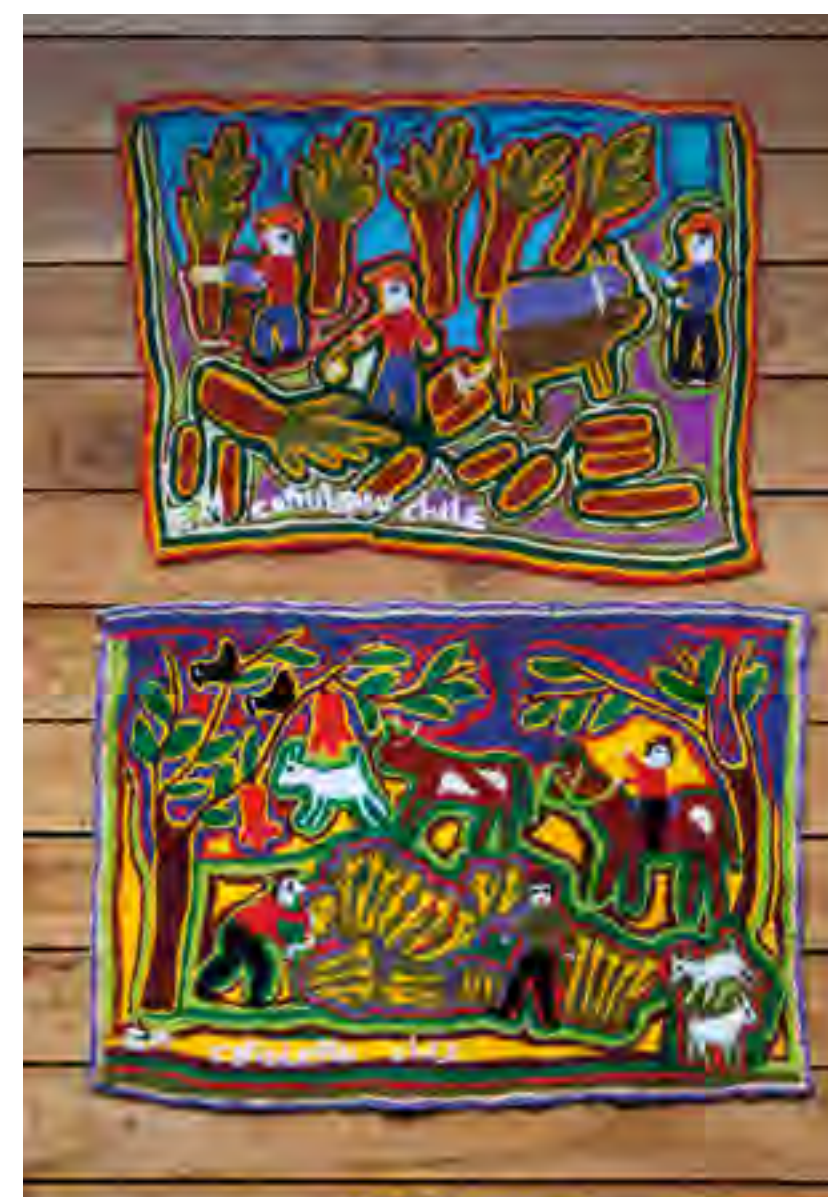
Heredé el estilo de mi mamá. Me gustan los colores bien vivos para los bordados, nada de colores pasteles o tonos tierra... Y me gusta hacerles una especie de delineado a las figuras, como que saltan más a la vista y se ven bonitas así. Pero cada una tiene su estilo. Aunque hay como 15 puntos diferentes, lo que más usamos es la cadeneta. La forma que sigue cada una varía: depende de si quiere marcar más un dibujo que otro, dar la sensación de algo relleno, o algo que va más como de fondo; ahí cada una va viendo a su gusto.





Mis cinco chiquillos todos bordan; mis nietos, también. Cuando vino el Papa Juan Pablo II a Chile, todos hicimos pedazos del gran mural que se puso de fondo para que él hiciera una misa. Hoy ese trabajo está en la iglesia de San Pedro de la Paz, en Concepción.

Los hombres aquí no se hacen problema con agarrar la aguja. Es que en mi casa, por ejemplo, de tanto verme pasar hilo toda la vida, mis hijos siguieron con lo mismo ellos también, entonces aunque trabajan en otras cosas, de repente hacen un bordado, me lo dan y yo lo pongo a la venta en el centro artesanal. Desde chicos les pasaba un pedazo de paño y los sentaba al lado mío. Si lo más importante, como dice la señora Rosmarie, es que los dibujos sean originales y propios, nada de copias de monos de revistas ni Mickey Mouse; tienen que ser diseños de la imaginación y de nuestra vida aquí cotidiana del campo.





De mis trabajos yo encuentro que uno de los más lindos es el que hice cuando fui a ver a mi hija que vive en Osorno. Me tocó justo que estaba el cordón Caulle en erupción, entonces allá veía yo todo el humo. Y me dieron ganas de hacer la imagen, y con las vaquitas esas gordas que uno ve allá, pastando. Me gusta mucho ese trabajo así es que no lo he vendido. Me lo dejé para mí, lo tengo en el living de mi casa. Lo otro que me gusta hacer son árboles de la vida, igual como le gustaban a mi mamá, y también dibujos con hartos pinitos como los que se ven por acá en la zona.

Cuando uno ya termina el bordado, lo lava a mano con agua fría y después lo plancha que quede bien planchadito... uyyy qué rico es eso, ¡es lo único que yo plancho con gusto! Ahí uno dice: misión cumplida.

Hace seis años yo soy la que va a Santiago en representación de todo el grupo de bordadoras a la muestra de artesanía de la Universidad Católica. Es bien cansador y de hecho ninguna quería ir; decían que sus maridos no las dejaban. Yo no pedí mucho permiso... yo le informé no más a Ismael que tenía que ir. El me decía que cómo me las iba a arreglar en Santiago, pero '¡qué tanto!, tendré que hacerlo no más', le decía yo. Igual me apoya. 'Negro feo', le digo, 'no tengo de qué preocuparme porque quién se va a querer ir contigo'... Eso es lo bueno y la suerte que tuve de casarme con un hombre feo...

Tengo 68 años, 'ya no me cuezo con un agua', pero mientras Dios me dé salud y vida no dejo este trabajo. Lo siento verdaderamente como un regalo, como algo que ha iluminado mi vida".



CESTERÍA DE HUALQUI

La técnica indígena ancestral para elaborar canastos utilitarios adquirió en Hualqui, en el siglo XX, rasgos decorativos que hoy distinguen su cestería: pequeñas zonas de fuertes colores guinda, morado y verde, entre otros, adornan en forma alternada y espaciada el recorrido circular del tejido.

Coirón y chupón, fibras vegetales que nacen en los cerros y bosques nativos de esta zona, se van acordonando y enrollando sobre sí mismos para dar cuerpo y forma a canastos, paneras, individuales y el costurero de tres pisos, famoso de este pueblo de la desembocadura del río Biobío.





Georgina Castillo Flores

HUALQUI

La sentaron por primera vez a los 10 años en una feria artesanal donde aprovechó de hacer los canastitos que le había enseñado una tía para distraer la pena. De esa experiencia le quedó el recuerdo de los aviones, que por primera vez vio en su vida, y de las caras de admiración que producía su trabajo.

Georgina y su prima son actualmente las dos únicas mujeres que se dedican a tiempo completo a la cestería en Hualqui. Aunque ha impartido cursos y talleres tanto en su pueblo como en Santiago, se desanima al comprobar que son pocas las que se entusiasman con salir a recolectar coirón a los cerros con ella. "¿Será que es algo que se lleva en la sangre no más?", se pregunta.

“Por el lado de mi madre eran todos tejedores de antiguo aquí en Hualqui. Pero no fue mi mamá la que me enseñó a mí. Fue una tía. Mi papá falleció cuando yo tenía 10 años y a mí me pescaron y me llevaron a vivir con ella por un tiempo. Fue muy buena conmigo y, como para espantarme la pena, me empezó a enseñar la cestería.

Me acuerdo ese mismo año, que fue muy triste y difícil para mí, una señora le pidió a mi mamá si podía llevarme a una feria artesanal en Santiago para que la ayudara. Ella fue bien bruta y no me trató bien, pero a mí me gustó la feria. Recuerdo lo mucho que me impresionaron los aviones, que vi por primera vez en mi vida, y que me sentaba en el puesto a tejer canastitos y la gente me compraba. Me hacía muy feliz que me celebraran mis cositas y se las llevaran.

Un tiempo después de eso estuve haciendo canastos con mi mamá, pero ya más grande me fui a Concepción a trabajar en distintas cosas: fuentes de soda, una verdulería... Ligerito conocí a mi esposo y a los 20 años ya tuve mi primer hijo. Y pasó que un día nos empezó a faltar la plata. Como uno ya con guagua no puede salir a trabajar, le propuse a él que por qué no me ayudaba a recolectar coirón y así podía empezar a hacer de nuevo mis cositas.

Lo que se necesita son dos fibras naturales: coirón y chupón. El coirón es lo más difícil de encontrar. Uno puede andar kilómetros y kilómetros arriba en los cerros y a veces volver sin nada. Sale en champas y es la fibra más fina que uno va poniendo en ataditos y enrollando con el chupón. De una champa buena pueden salir dos paquetes de coirón y, para hacerse una idea, yo necesito alrededor de 600 paquetes para pasar la temporada.

Con el palillo de paraguas después, que se usa a modo de aguja, uno va envolviendo, como quien dijera, el atadito de coirón con la hebra de chupón, y cosiéndola como quien arma un caracol.

Lo característico de aquí de Hualqui es que teñimos algunas hebras de chupón con anilina de colores fuertes que se incorporan en tramos espaciados del tejido de manera decorativa. Antiguamente se usaba el solferino, el verde botella, el morado y el rojo intenso; hoy día uno tiene el color que quiera.

Yo trabajo la mitad del año por encargo de clientes, y la segunda mitad elaboro y junto piezas para llevar a la Muestra de la Universidad Católica en Santiago. En un canasto grande, con tapa, de 50 centímetros de diámetro, me demoro unos quince días en puro tejer. Las paneritas más chicas y los individuales los saco en un par de días.

Esto es como una terapia para mí; yo nunca he sabido lo que es la depresión. Además de ocupar el tiempo, resulta que hay veces en





que me admiro de mi propio trabajo y eso sube la autoestima. Me da rabia entonces cuando uno trata de transmitirle este oficio a otras mujeres aquí y nadie engancha. Ahora quedamos apenas mi prima y yo tejiendo en Hualqui. Hemos recibido fondos para hacer talleres y formar nuevas artesanas, pero al final a las alumnas las tengo solo en las fotos pero a ninguna trabajando. Si hay que ir a recolectar material alegan por el calor o que le tienen miedo a las culebras, y cuando hay que tejer pasa que al poco rato se cansan o se aburren. No sé, quizás es una vocación que corre por las venas, ¿será que es algo que uno lleva en la sangre no más? A mí me da rabia cuando veo que las chiquillas no se entusiasman.

Mi marido es súper orgulloso de mi trabajo. Además que con mis canastitos yo apporto más o menos lo mismo que él a la casa. El





nunca le ha hecho empeño a tejer, pero sí me acompaña cuando vamos en verano con mi prima a los bosques nativos a sacar chupón, y al sector de Santa Juana a buscar el coirón. Nos vamos en bus, luego tomamos un colectivo y le decimos que nos vaya a buscar a cierta hora.

Mi esposo se da cuenta de que el trabajo es trabajo y entonces sabe esperar si alguna vez no alcanza a estar el almuerzo o, cuando tengo que viajar a la feria en Santiago, él me va a dejar y a buscar en bus; me ayuda a trasladar las cajas.

Tanto tejido me ha deteriorado sí la vista, ya no veo nada sin anteojos. Me alega mi marido que no lo dejo que me ponga películas en inglés, porque como siempre estoy tejiendo y tengo que mirar lo que hago, soy de las que solo escucha cuando conversa o ve tele; todo lo hago pero mirando mi trabajo. Lo otro que a veces me duele son la muñecas, me da una tendinitis fuerte y dolorosa, así es que no me gusta recibir encargos con mucho apuro porque sufro.

Es lindo ver que hay alguna gente joven, estudiantes de diseño o artistas, que están interesados en la artesanía; que a veces se acercan con propuestas de innovación en cuanto a colores y formas manteniendo la técnica antigua. Yo lo celebro mucho y lo apoyo. La verdad, prefiero el estilo tradicional, es lo que conozco y me gusta hacer, pero es esperanzador sentir que aunque cambie la cosa, algo de esto va a seguir transmitiéndose a las nuevas generaciones. De alguna manera estos canastos hablarán de nosotros en el futuro”.



TEJIDO MAPUCHE

Del telar araucano o *witral*, armado con palos apoyados de manera vertical contra un muro y sujetos por amarras, nacen los llamados *pontros* o frazadas, *lomas* o alfombras, mantas de colores naturales para el uso diario, y otras negras o rojas con diseños para usar en ceremonias.

Por lo general, son las mismas tejedoras las que han criado y esquilado las ovejas, lavado el vellón e hilado la lana, la que a veces tiñen con raíces y tierras de color, y otras con químicos.

Cuando concluyen las tareas de la casa, las mujeres, que en la cultura mapuche se han reservado estas labores solo para ellas, se sientan al telar con un buen mate, a tejer a la manera que lo hacían sus abuelas. Todo un mundo ancestral y la cosmovisión de un pueblo entramado en las hebras.





Matilde Painemil Millanao

SECTOR TRUF TRUF, PADRE LAS CASAS

En la comunidad mapuche que habita, se sabe que Matilde es tejedora, así es que los pequeños agricultores se acercan ellos mismos a ofrecerle los vellones de lana. Pero ella también tiene sus propias ovejas, y realiza desde la esquila hasta la venta de sus mantas y alfombras.

Matilde ha tejido siempre, desde los 10 años, casi todos los días de su vida. Por eso dice que a estas alturas su trabajo es perfecto y que ya ni siquiera se equivoca. Hija de *lonco*, guarda en su cabeza y en su corazón la sabiduría y los conocimientos de su pueblo para expresarlos en el trabajo artesanal.

“Resulta que yo de niña tenía una malformación en la mano derecha. Nací con la mano enferma. Entonces mi padre, mitad tradición mapuche, mitad cuento de él, me llevaba de paseo a la montaña y me ponía telas de araña entre los dedos. Que así me iba a curar, me decía. Bueno que en nuestra cultura se dice que *llalliñ kuze*, la madre araña, enseñó sus secretos a las mujeres en tiempos antiguos, y su espíritu protector es el que acompaña a las tejedoras. Así es que por ahí debe haber venido la cosa. Tenía como 5 años yo y me llevaba a la montaña...

Como desde los 10 ya tengo recuerdos de haber empezado a tejer en el telar de mi hermana mayor. Y desde que me puse a tejer ahí ya se me sanó para siempre la rigidez de mi mano, solo me queda el dedo meñique un poco tieso. Yo era muy curiosa y muy intrusa, y buena para bordar; cualquier punto que veía que hacían las mayores, yo venía, lo copiaba y me salía mejor que a ellas. Era tanto, que ya tipo tercera preparatoria no quise ir más al colegio. A puro tejer quería dedicarme yo. Andaba siempre torciendo lana, fijándome en los diseños que hacían mi mamá y mi hermana, intentando que me quedaran igual de lindos.

Me casé jovencita, a los 17 años. Tuve dos hijos y por todo ese tiempo tejía para mi casa: las *lamas*, que son las alfombras; frazadas, mantas y vestuario también tejía; las ropas de lana negra que usamos nosotros.

Un día me mataron a mi marido. Tuvo un enfrentamiento con unos hombres que le habían robado unas ovejas y me lo mataron. Fue terrible para mí. Sufrí harto. Yo he logrado salir *pa’* adelante pero la pena no me la quita nadie. Desde entonces tuve que ser padre y madre de mis hijos, que cuando ocurrió esto tenían 11 y 9 años.

Seguía yo con mis telares, vendiendo una que otra cosita, y un día se me acercaron de la Municipalidad de Villarrica para que les fuera enseñar allá en un proyecto cultural que estaban armando. El alcalde había escuchado hablar de esta señora que tejía bien. Yo partí feliz y por muchos años viajé siempre para allá. Me empecé a hacer más conocida por mi trabajo y la gente me comenzó a encargar. Es que este es mi don, pues.

Mi padre era *lonco* y yo he acumulado mucho conocimiento de la cultura mapuche. No tengo libros, no tengo *na’*, todo lo guardo en mi *piuque* –corazón-. Mi trabajo está lleno de símbolos: los colores, los dibujos que se usan, todo tiene un significado especial. Las mantas negras, por ejemplo, son las que usa el *lonco* para las ceremonias; para el *Nguillatún* por poner caso. Una manta roja la usa para algo social, para hacer una visita. Los diseños representan





distintas cosas: pueden ser los puntos cardinales, las estrellas, los pájaros sagrados de nuestra tierra... Hay otros que simbolizan que tal persona es soltera, por ejemplo, entonces la forma de gancho del dibujo indica que está en búsqueda de una mujer.

Los colores son inspirados en la naturaleza. Usamos la lana blanca o café natural, también se tiñe con raíces como la del maqui, que es casi negra, pero además usamos ahora los polvitos de anilina, porque se logran colores más parejos y siguen estando inspirados en la naturaleza; en el arco iris, por ser.



Yo estoy orgullosa y agradecida de ser portadora de un conocimiento ancestral de mi cultura. Como lo he hecho con respeto y con amor, me ha ido bien. Me han invitado a varias ferias y exposiciones en Argentina, donde también he podido rescatar diseños que aquí estaban perdidos, pero que son mapuches de los mismos nuestros. ¡Si somos un solo pueblo! Antes venían a raptar mujeres o viceversa para casarse; algunas tejedoras se iban con dibujos y después a este lado se dejaban de hacer; pero el pueblo es el mismo.

Me han invitado también más lejos. Ahora ya estoy acostumbrada casi a los aviones. He ido a España, a Francia, a Canadá. Lindo, todo lindo. España sobre todo me gustó más, lo otro era un poco peladero, poca vegetación encontré yo.

No tengo una rutina fija de trabajo. Me gusta ir variando, entonces un rato me pongo a limpiar vellón, después lavo una manta, otro rato tejo. Si pasa alguien de la casa lo atajo para tomar mate. Pero lo que sí, trabajo siempre, no solo cuando necesito plata, que es lo que pasa con otras tejedoras. Yo todos los días de mi vida me siento al telar. Y hago el proceso desde la oveja *pa'* adelante: las crío las ovejas, las esquilo, hilo la lana, la tiño, la lavo; entonces conozco tan bien mi trabajo que a estas alturas ni siquiera me equivoco.



Por eso también puedo explicarle a la gente que no conoce y no sabe, el tiempo y la dedicación que necesita. Cuando alguna persona me reclama que cómo le cobro tanta plata por un *ponstro* o una manta, yo no me enojo, pero sí le explico el esfuerzo que requiere.

A mis tejidos les hago unas espiguitas en la terminación, es como mi firma se podría decir. Representan el trigo, y las pongo ahí para que a la persona que llega nunca le falte el pan.

Vivo con uno de mis hijos, mi nuera y dos nietas. No me quise volver a casar más porque he visto cuánto sufren los niños. Empieza el desorden de que el marido no es el papá, que estos otros hijos no son del mismo... ¡ah ya!, he visto tanta cosa terrible yo, que una vez que murió mi marido, se acabó la cuestión, chao no más. Y como en nuestra cultura este es un oficio de mujeres, yo a mis hijos a lo más les pedía que me ayudaran a ovillar o a prender fuego para teñir en las ollas. Ellos me han ido fabricando también mis telares, me los hacen con madera de roble pellín. Tengo como cinco de distintos tamaños, el más grande de 2,65 metros de alto y da hasta 2,80 metros para el ancho.

Gracias a Dios me llegaron nietas. Una de ellas, la menor, la siento que es igualita a mí. Porque a la mayor le gusta estudiar, y cuando uno ya tiene la cabeza para los libros como que no engancha con el tejido. Pero la Cecilia me recuerda mucho como era yo de niña, y ella sí me ayuda y anda con su *witral* chico tejiendo cositas; me mira mucho, se me sienta al ladito. Ahí pasamos horas las dos, tranquilas. Es que eso es lo que yo siento: una tranquilidad cuando estoy frente al telar. Es, como quien dijera, lo que 'tengo' que estar haciendo".



PLATERÍA MAPUCHE

En tiempos prehispánicos, las invasiones incaicas transmitieron la costumbre del uso de joyas de cobre, plata, oro y bronce, que el pueblo mapuche aprendió a fabricar con sus propias manos tras adquirir las técnicas para la extracción, purificación y utilización de los metales. A partir de 1541, muchos profundizaron sus conocimientos en las herrerías de los colonos españoles y, desde mediados del siglo XVII, los aborígenes comenzaron a acumular las monedas de plata del mineral de Potosí, que se acuñaban en Cuzco y que recibían a cambio de sus animales.

Surgió entonces la figura del *retrafe*, “el que pule objetos metálicos”, que trabaja a partir de su destreza metalúrgica así como del dominio de la filosofía, la religiosidad y su conocimiento de las estructuras sociales y políticas mapuches. A través de las técnicas del fundido y el martillado, con cinceles, limas y lijas, y la preparación de distintos tipos de soldaduras y moldajes, elabora joyas como el *trarilonco*, el *keltatuwe* y el *tupu*, que adornan la vestimenta de la mujer al tiempo que dan cuenta de las concepciones espirituales del pueblo; aros y anillos que expresan una condición social y un origen familiar; y cinturones, mates y ornamentos para los aperos del caballo que ostenta el *lonco*.





Juan Antonio Painecura Antinao

TEMUCO

Más allá de los artesanos que reproducen piezas ancestrales con el manejo de la técnica, solo unos pocos son reconocidos hoy como *retrafe*, la última estratificación social definida por el pueblo araucano en los tiempos de la plata. Al dominio de la metalurgia, la acepción exige también el conocimiento de la cosmovisión y la organización social y política mapuche, de manera de expresarla correctamente en la joyería.

Juan Antonio vive en una gran casa, ha podido comprar un buen pedazo de tierra y su trabajo de platería lo ha llevado a participar en innumerables conferencias, talleres y seminarios a nivel universitario e internacional. Al lado de su hogar levantó una ruca, donde recibe amigos y visitantes que quieran conocer la cultura mapuche, y donde celebra el *We Trepantu* -año nuevo- con quien quiera acompañarlo.

“Mi historia, en un sentido, es la de muchos mapuches. Mis padres migraron a Santiago en la década de 1940. Fueron víctimas de la hambruna que se vivía en la mayoría de las reducciones aquí en la Región de la Araucanía. El proceso de industrialización en las grandes ciudades prometía más posibilidades, pero eso fue también lo que desestructuró más aún a nuestro pueblo y lo hizo perder sus elementos culturales.

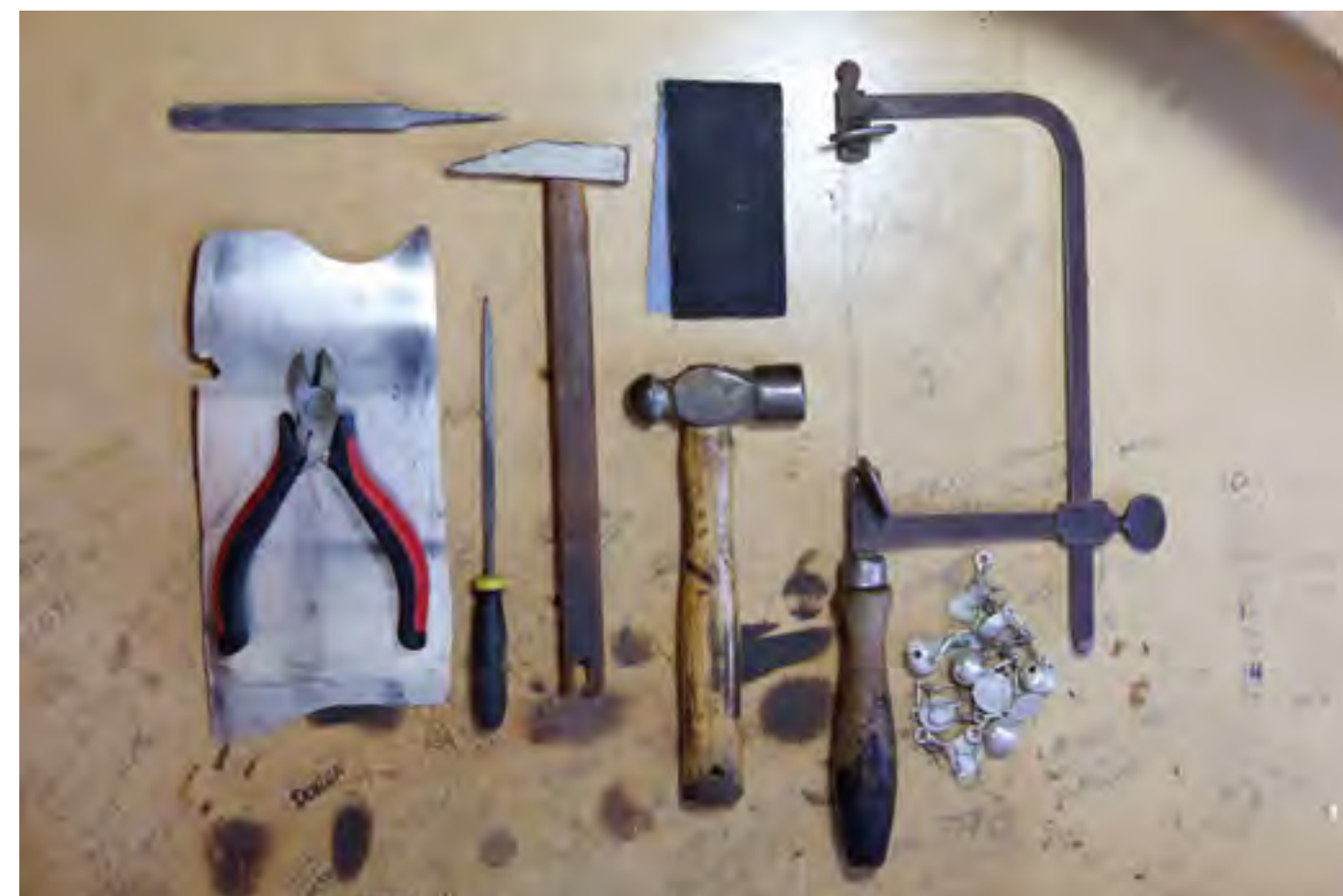
Se instalaron en lo que hoy es La Palmilla, en Huechuraba. Se hicieron cristianos, mi papá se metió a Carabineros y, cuando ya tuvieron familia, nos pusieron a los hijos en colegios con el principal objetivo de *ahuincarnos*, para que fuéramos como el resto. Ellos, sobre todo mi papá, querían dejar atrás nuestro origen mapuche.

Yo desde primera preparatoria sentí lo que era la discriminación. Y me tenía que defender a golpes porque no eran *na' puros garabatos* los que te decían; ¡te pegaban por ser indio! Mi mejor amigo, me acuerdo, era un gitano; ahora entiendo que a los dos no nos quedó otra que acompañarnos y defendernos juntos.

Hice rabiar harto a mis padres porque a mí no me calzaban las cosas. Me querían obligar a hacer la primera comunión siendo que yo veía que el cura profesor no dejaba que otro compañero la hiciera porque no tenía zapatos ni la ropa adecuada. ¿Cómo era posible que nos hablaran de un Cristo que nos quería a todos por igual y este cura no dejara hacer la comunión al otro por ser pobre? Me opuse, y mi mamá me llegó a pegar por esa única vez, pero no recibí yo el sacramento.

Con las reformas agrarias que comenzaron en 1960, y los cambios políticos y culturales que se generaron, yo sentí que era el momento de que aflorara la identidad mapuche, ¡no solo en mí! Sentí que era un tiempo de cambios en la sociedad y que eso también pasaba por volver a valorarnos como pueblo. Le dije a mi madre que no les quería dar más problemas, que daría la Prueba de Aptitud Académica y que me vendría al sur; reestablecería las relaciones con mis familiares de Nueva Imperial y Chol Chol. Y así lo hice. Entré a Ingeniería Química en la Universidad de Chile aquí en Temuco, donde destacué rápidamente por mis notas, y también entré a formar parte de la federación de estudiantes.

Y me pasó que iba un día aquí por la Feria Pinto, cuando de repente veo a una mujer mapuche extraordinariamente ataviada. Quedé deslumbrado. Por supuesto que anteriormente había visto algunas piezas de platería, pero fue la visión de esta mujer, entrada en años, con todas sus joyas, la que me conmovió. Fue entonces que decidí empezar a estudiar el tema: el origen del uso de la





plata, el significado de sus formas, las técnicas de su trabajo en nuestro pueblo.

Vino el año 1973. Ocurrió el golpe militar y yo que era dirigente estudiantil seguro iba a caer preso, así es que me fui a Cuba. Viví 5 años y allá terminé mis estudios. Fue una experiencia muy buena, sobre todo que el sistema todavía funcionaba, entonces el país andaba bien.

Volví casi entrando los '80, medio agazapado, sin hallar mucho qué hacer. El salto tecnológico en el campo de la Química había sido tremendo, y con todo el cuento de la computación, yo había quedado bastante desfasado. Entonces fue que uní mis investigaciones sobre la platería mapuche y mi conocimiento de los metales, y descubrí algo que no sabía que tenía y que fue un regalo maravilloso: me encontré con un talento manual y una motricidad fina exquisita que me llevaron a hacer reproducciones de piezas antiguas que comenzaron a ser bastante valoradas por los entendidos de la orfebrería patrimonial. Yo trabajaba con un pedazo de riel, un martillo, un alicate y monedas de níquel, ¡y era como si toda la vida me hubiese dedicado a esto!



Analizando con mi papá el árbol genealógico de la familia, me encontré con que yo vendría siendo descendiente en cuarta generación de un *retafe* importante que hubo por su lado. Me imagino que de ahí habré heredado algo de destreza yo.

Me casé con chilena de aquí de Temuco, con formación en números y finanzas, y ella fue determinante en el hecho de que empezara a investigar el mercado, a comparar proveedores y a apuntar a la calidad en la producción de mis joyas. Me concentré en hacer piezas finas y, como acumulé mucho conocimiento, me pude



empezar a mover con mayor libertad, a crear nuevas formas dentro del lenguaje de la cosmovisión mapuche.

En esas estaba cuando un día me llama una amiga que trabaja en un museo en Cañete para decirme que había un gringo interesado en comprar la colección de joyas que ella sabía que yo estaba haciendo. Eran 47 piezas. Yo le dije que no me interesaba, que no tenía mi colección en venta. Pero me insistió, me insistió; que al menos lo recibiera, me dijo. ¡Bueno ya *poh!* Llegó una tarde un Mercedes Benz blanco, con vidrios polarizados. Se bajó un gringo alto con abrigo y sombrero y me pidió ver las joyas. Las estuvo mirando por un buen rato y me preguntó a cuánto se las vendía. Yo le respondí que no las tenía en venta, así es que si él las quería comprar, que me ofreciera un monto. Me dio una cifra que yo ni en mis mejores sueños habría imaginado. Le contesté 'si me dobla la oferta, las joyas son tuyas'. *Achorao* yo. Hizo unas llamadas por teléfono y al rato sonó el timbre. Apareció su esposa con un maletín deportivo y me fue poniendo los fajos de billete sobre la mesita del living.

Nos quedamos esa noche entera con mi mujer mirando el dinero, no lo podíamos creer. Le dije 'ya mi amor, vamos a cumplir el sueño de nuestra vida'. Nos compramos una hectárea, nos hicimos esta casa y nos vinimos a vivir al campo.

Todo esto me ha permitido seguir con la platería en otro contexto. Sigo haciendo joyas, por supuesto; trabajo mucho por encargo y tengo en mente completar una colección de 200 piezas que se exhiba en museos y universidades. Pero he podido investigar y estudiar más y dedicarme al ámbito académico, que me gusta mucho. Como las piezas de plata son caras, algunas en la pura materia prima tienen \$300.000, elaboro joyas de alpaca y a veces hasta salgo para atrás cuando vienen personas de la comunidad mapuche a hacerme encargos. Pero a mí me interesa que mi propia gente cuente conmigo y me reconozca como su *retrafe*.

Algo de reivindicación por todo lo que sufrí de niño ha habido en esta historia, pero de reivindicación en positivo. Yo soy un mapuche del siglo XXI: he sabido entender los cambios que ha experimentado el mundo y la sociedad chilena en particular; he empleado los conocimientos de la civilización occidental en beneficio propio; y he recurrido a la sabiduría ancestral de mi pueblo para darle trasfondo y sentido a mi trabajo.

Mi papá murió dos días antes de que lanzara mi libro sobre platería mapuche. El hablaba de sus hijos universitarios y de 'el otro que vende cositas en las ferias'... Él como que no quiso disfrutar de mis logros, pero tal vez se los llevó *pa' callao* a la tumba".



ALFARERÍA MAPUCHE

Desde tiempos ancestrales, la alfarería mapuche ha estado en manos de la mujer. Es ella quien recoge la arcilla y la mezcla con la greda, soba la masa y, con la técnica del cordón, va enrollando la cinta de material sobre su propia base para lograr las formas deseadas. Luego viene el bruñido y la cocción en el fogón con paja, leña y estiércol de vacuno.

Por más de quince siglos, los diseños siguen siendo casi los mismos: el *ketrumetawe* o jarro pato, el *alka metawe* con cabeza de gallina y la *challa* u olla con dos asas en forma de agarraderas.

El uso cotidiano y funerario de tiempos pasados ha devenido en un uso ocasional, y hoy los cántaros de greda son utilizados principalmente como regalos simbólicos en *nguillatunes* y ceremonias, y para guardar el *mudai*, la chicha para celebrar.





Dominga Neculmán Mariqueo

ROBLE HUACHO, PADRE LAS CASAS

Por años, Dominga ha impartido talleres de alfarería para jóvenes en la Universidad Católica de Temuco, es invitada de honor en la Muestra de Artesanía de la Universidad Católica en Santiago, y el amor y dedicación en la práctica de su oficio la llevaron a ser reconocida en 2011 como Tesoro Humano Vivo, por parte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

En su casa ubicada en la comunidad de Roble Huacho, conversa con las gallinas, rabea con su perro y cuida los animalitos que luego inspiran su trabajo.

“Si yo cuento, mi historia es triste. ¡Era tan pobre yo! Andaba a *pata pelá*; ni blusas, nada tenía. Pero así igual cuidé a mi mamita. Yo era su única hija y ella se sacrificó por mí. Por eso yo la cuidé.

Ella trabajaba la greda también. Hacía cantaritos. A mí me decía que me dedicara mejor a las *lamas* –alfombras-; que el barro era muy sucio, me decía. Yo le hice caso y tejía a telar, pero siempre la miraba a ella trabajar y me gustaba. Recién cuando ella murió me dediqué por completo a la greda; pensé que me podía ir mejor y que lo podía hacer bien; me gustaba más.

Es harto trabajo sí hacer cántaros. Para formar bien la masa se necesita arcilla y greda. La arcilla yo antes la iba a buscar con pala y picota, de a pie o en carreta de bueyes. Dos días me demoraba, más o menos, y volvía con sacos de tierra. Ahora me consigo que me lleven en auto; mi sobrino o alguno de mis nietos. La greda después, que es más blanda y de textura pegajosa, la saco de las orillas de los canales por aquí cerca. Claro que no es *na'* llegar y sacar. Yo le doy las gracias a *Ngunechen* y a la Madre Tierra por proveerme el material de mi trabajo. Hago oración y dejo siempre una ofrenda por ahí; una lanita o una moneda si es que hay.

La arcilla se deja secar al sol y después hay que machacarla y pasarla por un cedazo. Esto se mezcla con la greda, se soba bien, y se deja reposando por unos tres días dependiendo de cómo está el clima, tal como si fuera masa para hacer pan.

Los jarros los modelo con las puras manos. Nada de torno, ninguna cosa uso yo; mis puras manos. Las formas son inspiradas en la naturaleza, en los animalitos del campo; las de la tradición no más, las mismas que hacía mi mamá y que hacía mi abuelita.

Los *ketrumetawe* son los jarros pato, muy simbólicos en la cultura mapuche porque representan a la mujer. Es por eso que se les regala a las niñas cuando crecen, también en las ceremonias de matrimonio y *nguillatún*. El *alkametawe* es el jarro con forma de gallina, que yo a algunos les hago dos cabezas. Es que invento cosas también. El *menkuwe* es más grande, sirve para guardar el *mudai*, que es la chicha nuestra para las fiestas.

Cuando el cantarito ya está listo se deja que se oreo y después se pule con una piedrecita de río; se le saca brillo. Ahí tienen que pasar unas semanas para que seque bien. La etapa final es la cochura, la cocción a fuego directo. Eso es un día entero de trabajo porque hay que hacer el fogón, ir acercando de a poco las piezas y luego acomodarlas entre las brasas y las cenizas por unas cinco o seis horas. Hay que tener harta leña seca a mano para mantener la temperatura fuerte y pareja. De a poco después se va





apagando el fuego y los cántaros quedan con ese color café rojizo más oscuro.

Yo siento que mi mamá me dejó bendita cuando se fue. Me dejó sus enseñanzas y sus dones. Angela se llamaba... se llama, porque yo la sigo sintiendo conmigo; 'Angelita' le digo. Me acompaña y se me presenta siempre en los sueños, sobre todo cuando paso rabias; ella me ayuda a calmarme. Sufrí mucho con su muerte, ¡ay que la sufrí! Tenía 34 años y una hija de cuatro que tuve con un chileno que resultó tener toda otra familia. El me mintió. Era trabajador sí, pero me engañó; así no más que se murió él también... Después conocí a otro hombre que me ayudó a alimentarnos a mí y a mi hija. Está mañoso ahora pero él nos ayudó, así es que lo cuido igual y seguimos juntos. No vivo con él, pero me viene a ver y me pica leña. El problema es que su relación con mi hija no es buena, nunca ha sido buena.



Yo me he sacado la cresta para vivir. Cuando empecé, aparte de mis cántaros que le entregaba a una señora que tenía un puesto en el mercado de Temuco, le lavaba ropa a un matrimonio, vendía manzanas, uhhh... qué no hice. Hasta que un día me vino a buscar un profesor de la Universidad Católica de Temuco y me invitó a formar parte de un programa de artesanía. Con esto empecé a participar en algunas ferias y a vender más. Con el tiempo han presentado mi trabajo en otros países; incluso una vez nos vino a buscar un gringo que nos llevó en auto hasta Argentina. Fuimos con mi nieta y estuvimos 17 días.

Tampoco es como uno imagina que los artesanos somos todos buena gente, no; también hay envidia y eso yo lo he sentido. Algunas personas, incluso mapuches que trabajan cosas parecidas, no han sido buenas conmigo. Pero *na'* que hacerle. En general



podría decirse que he tenido muchas satisfacciones con mi trabajo... Cuando lo pienso, ¡mis grandes alegrías han sido por mi trabajo! El año 2011 me reconocieron como Tesoro Humano Vivo. El Consejo de la Cultura me entregó una plata con la que le compré las tierras a mi prima aquí al frente de mi casa, así es que espero que eso me ayudará a pasar mi vejez... Bueno que ya tengo 78 años así es que en eso estoy...

Es bien terrible cuando llega la vejez, yo me pregunto cómo lo voy a hacer, ¡Dios mío! Tengo cuatro nietos. Una de ellos, la más chica, me salió mejor que hija. Me acompaña, me ayuda; ella sabe todo de la alfarería también, pero por el momento dice que va a estudiar. Que estudie digo yo, pero que ya sabe hacer cantaritos, ya sabe”.





MADERAS DE VILLARRICA

Los mapuches reconocen 700 especies de plantas en su entorno, entre ellas, árboles de madera de gran calidad: roble pellín, raulí, coigüe, ñirre, hualo. Siglos atrás, el *mamulche*, "hombre de madera", era una estatua fúnebre que constituía una de las más ricas expresiones artísticas; hoy solo se la puede ver en los museos. Pero todavía la *machi* – curandera- manda a hacer su *rewe* para representar a *Ngunechén* en sus rituales, y los artesanos siguen fabricando instrumentos y labrando las grandes fuentes que caracterizan con el rastro de la hachuela

Los platos y vasijas que ofrecen en la actualidad los artesanos de Villarrica presentan líneas más depuradas y acabadas terminaciones. Su trabajo es familiar para la mayoría de los chilenos, y los utensilios y mobiliario son parte ya de la casa sureña.





Héctor Bascuñán Briones

VILLARRICA

Herederero del amor a la madera y del buen trabajo que se logra en la zona, tuvo dos maestros importantes: el artesano pascuense Patricio Paté y la arquitecta sueca Anette Furst, que lo llevaron a buscar líneas más depuradas en sus diseños.

Héctor formó un taller que trabaja con gran prolijidad el raulí y el lingue, principalmente, y con la experimentación y la observación ha dado lugar a piezas que han ganado premio, tales como la fuente Canoa Plátano y el Pocillo Atravesado, ambas Sello de Excelencia de Artesanía.

En su casa-taller encima del lago Villarrica, la madera exhala sus olores, y manos firmes y callosas dan nueva forma a las formas ancestrales.

“Yo nací en el bosque. Soy de la localidad de El Coigüe, por aquí cerca. Como todos, algo le *pegaba* a la madera. Es que además de la tradición mapuche, los tiempos en que se trabajó en el tendido ferroviario contribuyeron a especializar aún más la mano de obra maderera en la zona, que fue la que mandó los durmientes a gran parte del territorio nacional.

Hacía las típicas cosas para el campo: yugos para las carretas de bueyes, herramientas, fuentes simples. Pero lo decisivo fue a los 12 años, cuando un caballero de aquí invitó a un maestro pascuense para enseñar a los artesanos. Patricio Paté se llamaba, ¡su trabajo era otra cosa!

Nos formó como a 15 personas, nos afinó la mano, nos ayudó a lograr mejores acabados y diseños más finos. El trabajaba directo de su imaginación, uno lo veía como que se transportaba. Nos enseñó también a trabajar las raíces de los árboles, que eso es algo que aquí no se hacía. Las raíces húmedas son blanditas, como jabón, y luego endurecen como piedra. La tradición mapuche dejaba más a la vista el trabajo de la hachuela.

Nosotros éramos 11 hermanos, yo soy como el número 7 u 8... así es que nadie puso mayor problema a que no estudiara y me dedicara a la madera. Ahí seguí yo, a la buena de Dios, haciendo mis cosas; con harta fe siempre, eso sí. Es que si no tenemos fe en nosotros mismos no podemos hacer nada. Y ahí ocurrió lo segundo importante que fue mi trabajo con Anette Furst, una arquitecta sueca que vino con un programa de diseño de la Universidad Católica y que llegó con un proyecto de rescate y una propuesta muy bonita, con líneas muy limpias, que a mí por lo menos me gustaron mucho y que resultaron gustar a la gente también.

A diferencia de otros artesanos que trabajan solos, yo he formado un equipo. Es que es la única forma de crecer porque, si no, uno solo no da abasto. Somos 5 personas en esta casa-taller. Trabajamos a la par y yo encima superviso lo que hacen ellos. Me ayudan más que nada en todo lo que es el pulido a mano, que por mucha pulidora eléctrica que uno pueda tener, siempre es necesaria la pulida a mano.

Usamos principalmente el raulí, pero también lingue, laurel o lo que se vaya encontrando en los bosques. Porque uno no va a la barraca; hay que conocer gente y saber dónde se pueden encontrar estas maderas en los mismos bosques. Ahí las traemos, las partimos y trabajamos primero con hacha y motosierra, y ya después con azuelas y formones. Muchas de estas herramientas las mando a hacer yo mismo a la forja según las necesidades que voy





identificando en el trabajo, porque las típicas que hay en el mercado, muchas veces no dan las formas que uno busca.

La madera muerta debajo del bosque se mantiene húmeda por años, por eso cuando llega aquí al taller sigue blanda para trabajarla. El tronco del árbol lo utilizamos en forma transversal al sentido de la veta, para así aprovechar al máximo el grosor. Cuando ya se tiene el objeto, hay que dejarlo secar por unos dos meses. Tenemos un cuarto de secado con el fuego siempre prendido porque es muy importante para que no se partan después las piezas. Viene luego el proceso de pulido y finalmente una mano de aceite de linaza que se aplica tibio para ir abriendo el poro y penetrando la madera. Con eso el raulí recupera su tono rojizo natural de cuando está vivo.





Yo tengo cinco hijos y todos, en algún momento, han ido metiendo las manos al taller. Al menos saben pulir. Mi señora no más me alega que paso tanto en la casa. Pero cuando después salgo, al rato me anda llamando que dónde estoy, que por qué no vuelvo. No hay quién la entienda.

Todo aquí ha sido de a poco, no es que alguna vez le haya dado el palo al gato, pero me ha ido bien y soy un agradecido de mi trabajo porque me ha dado muchas satisfacciones y me siento libre; con responsabilidad, pero libre.

Siempre estoy observando lo que me rodea: la naturaleza, las personas; incluso una conversación te puede inspirar a crear un nuevo objeto. Y trato de sacarle algo especial a cada pieza. La buena venta y el reconocimiento de la gente son siempre un estímulo para seguir en esto. En ese sentido he tenido harta suerte también porque he recibido varias distinciones y ¡hasta a Nueva York fui a parar!... Poca madera por allá..., pero lindo igual, y para que no le vengán con cuentos a uno después de cómo es Estados Unidos.

Lo que más me gusta siempre es la Muestra de Artesanía de la Universidad Católica en Santiago. Hay como una hermandad ahí que se da, que es bonita. Es como un clima que te vuelve a recordar que no estás solo en esto, porque claro que a veces uno se siente como atomillando al revés en el mundo de hoy con lo que hace".





CESTERÍA CHILOTA

Desde tiempos ancestrales, campesinos y pescadores chilotes aprovechan la rica diversidad de fibras vegetales favorecida por la humedad del archipiélago, para elaborar cestos donde recolectar sus productos. Los de tejido más tupido son los canastos: chicheros y paperos; los de tejido más ralo son las canastas: mariscadoras y trigueras. Con el paso del tiempo, los objetos utilitarios han dado lugar a una artesanía muy valorada y más que nada de carácter decorativo.

Está la manila, que como puede plantarse, resulta fácil de obtener para los artesanos. El quiscal, la quila, el junco, la quilineja y el voqui crecen de manera silvestre en montes, humedales y bosques, y su recolección en algunos casos se va haciendo cada vez más difícil.

Para la confección de los cestos, se eligen fibras de distinto largo y flexibilidad según la utilidad que se les quiera dar. En algunos casos se mantiene la corteza de las varas, en otros se saca; alguna fibras se cuecen, otras solo se blanquean; muchas se secan, otras se trabajan verdes. Cada canasto y canasta con su propia técnica de fabricación.





José Marilicán Lindsay

LLANCO, ANCUD

Los días de buen tiempo, o que al menos comienzan sin lluvia, José se interna en el bosque. Camina dos horas desde su casa ubicada en la localidad de Llanco, al sureste de Ancud, en busca de matas de junquillo, manila, voqui y, principalmente, de quilineja, una de las fibras que últimamente es más difícil de encontrar.

El don de tejer cestería lo heredó de su padre, Juan Marilicán, de quien el Museo de Ancud conserva varias piezas. Pero la técnica y el oficio son de "su propia ciencia". Mientras sus diestras manos entrelazan las hebras, su cabeza y su espíritu se conectan con la mente de aquellas personas que lo buscan para sanarse, "por eso también es que mi trabajo tiene algo...".

“Mis abuelos por el lado materno fueron una pareja de ingleses que se escaparon de la guerra europea, con barco y todo, y se vinieron a Chile. Así tal cual. Mi abuelo inglés estaba casado con una escocesa y, como capitán de navío, estaba a cargo de una embarcación que debía hacer frente a los alemanes en la II Guerra Mundial. Pero él, en cambio, llegó y se vino a Chile. Parece que primero estuvo en otra parte, pero al tiempo se instaló en Chiloé, y aquí nacieron mi madre y mis tías.

Mi padre era hijo de español, pero como este hombre desapareció del mapa y se fue a Osorno, mi abuela le puso a sus hijos su apellido mapuche como primer apellido. De ahí vengo yo: José Marlicán Lindsay.

Fui el menor de ocho hermanos y muy joven me independicé de mis padres. Los dos se dedicaban a la cestería, principalmente de la quilineja, pero no fue de ellos que yo aprendí. Yo terminé el colegio, me fui de la casa y me puse a trabajar en madereras, entonces al tiro empecé a ver dónde se encontraban las distintas fibras vegetales que yo sabía ya se utilizan para la cestería. Al tiempo empecé a hacer distintas cosas a partir de mi propia ciencia.

Sé trabajar lo que me pongan, pero le hago más a los canastos, que resultan más rentables. No trabajo mucho ni la manila ni el junquillo, que eso como es más fácil de encontrar, se vende barato. Me dedico más bien al voqui y sobre todo a la quilineja, que es escasa, pero como yo conozco aquí el bosque, sé encontrarla.

Habiendo buen tiempo uno va al bosque. Tiene que ser bosque nativo. La quilineja es una especie de quila que crece al lado del tronco de ciertos árboles y, según el árbol que sea, toma su color. La quilineja de tepa, por ejemplo, es amarilla, la de luma es anaranjada, la de ulmo es más bien café y la de petagua, que es blandita para trabajar, a veces es verde y a veces, amarilla también.

Camino de aquí unas dos horas, me interno en el bosque. Voy con mi cuchilla cortando las hierbas. Recolecto material; vuelvo cargado de 40, ¡60 kilos de quilineja! Otras dos horas caminando de vuelta... Con ese material tengo para unos tres días para trabajar.

Hay que limpiar el *huechu*, que es como se llama al atado, con un palito de laurel o mañío. Luego dejarlo secar y seleccionar las hebras. Ahí uno va viendo según la calidad del material, qué se puede hacer: un individual, un canasto; lo que sobra se puede dejar para escoba o escobillón.

Soy bien llevado de mis ideas. Por ejemplo, me gusta trabajar en mis canastos en la noche viendo tele y me quedo hasta las tres de la





mañana. Luego al día siguiente me levanto a las cinco. No necesito dormir más. No hay cansancio. Estoy siempre con energía.

Nací justo el día antes del terremoto del '60, en ese mes de mayo. Esa noche habían tres planetas alineados, entonces yo tengo tres planetas en mi personalidad. A los 14 años me di cuenta de que tenía el don, anticipaba cosas que sucedían, y entonces empecé a hacer cursos de parasicología a distancia por correspondencia. Hoy día, además de la artesanía, me dedico a ayudar a la gente. Puedo sanar enfermedades. Las personas recurren a mí, y yo, con su pura fecha de nacimiento, puedo verlas, conocer su estado de salud; saber incluso cuánto tiempo estarán en la Tierra.

Trabajo en mi artesanía muy conectado con esta labor de mentalista que practico. Puede ser al teléfono o simplemente concentrado, pensando en determinada persona, que trabajo en mis tejidos, sanando a quienes recurren a mí. Por eso además, creo que mis piezas tienen algo... Las manos se mueven mientras la cabeza y el espíritu también están trabajando, en una dimensión sin tiempo, entonces el resultado es más que un canasto, es reflejo de algo... Yo me conecto y pienso en la persona que necesita mi ayuda, e ideo las dosis de hierbas y cápsulas que le receto para su sanación. Muchas cápsulas las elaboro yo mismo con hierbas que tenemos en Chiloé, otras las mando a pedir a Brasil, donde conozco gente que me envía lo que le pido.

Agradezco el talento que heredé de mis padres para la cestería. Me permite vivir sin depender de nadie y con la seguridad de que si necesito plata, la puedo conseguir con relativa facilidad. Creo además que es un trabajo bonito, que entrega la satisfacción de crear, y que mantiene el espíritu libre. Pero no soy muy agradecido de la vida porque me ha tocado trabajar mucho. Además, esto de tener el don y ser mentalista, a veces es una carga; una responsabilidad fuerte.

Mi mujer se fue con otro y mis tres hijos hombres se dejaron llevar por su influencia; es que la figura de la madre es muy potente... Entonces yo con ellos casi no tengo contacto. Tengo algunos nietos, pero ni los veo. Estoy solo. Me dedico a cuidar a mi padre que ya tiene 95 años. El famoso Juan Marilicán: su trabajo artesanal fue muy reconocido y sus piezas están en el Museo de Ancud. Yo le prometí, al igual como le prometí a mi madre, que lo iba a enterrar. Así es que con otro de mis hermanos somos los que lo cuidamos. Lo voy a ver a su casa unas dos o tres veces al día, y hasta el día en que lo tape con tierra, voy a estar a su lado.

A veces pienso que después de eso voy a vender acá mis tierras y me voy a ir a Londres. Y no voy a volver más. Siento mucha atracción



por Inglaterra. No solo por mis antepasados sino también porque de chico una pareja de mormones ingleses que vino aquí a la isla como que se enamoraron de mí, y me querían regalar sus posesiones y todo lo que tenían allá para que me hiciera cargo; ellos no querían más cosas materiales. Me acuerdo que nos hicimos muy amigos y me mostraban fotos de Londres; a mí me encantó. Al final mis padres no los dejaron que me dieran nada y yo no me fui a ninguna parte, pero creo que cuando muera mi papá voy a agarrar mis cosas y me voy a ir para allá. Aparte aquí nadie me quiere ya. Como he desatado varios hechizos y entuertos y se los he mandado de vuelta a quienes los han hecho, la gente aquí se va contra mí. Se ve lindo el paisaje y las casitas en Chiloé, y simpática la gente, pero la verdad es que hay de todo y hay mucha maldad. Mucha envidia. Y yo como ayudo a la gente a sanarse y curarse de maleficios, entonces los que los hacen no me quieren. ¡Si la isla esta es cosa seria!

Puedo ver que voy a tener una vida larga, muy larga, pero como que no quiero llegar a tanto. Veo a mi papá que más encima está todo curcuncho de tanto canasto que hizo... Pero bueno, qué dice uno, hay personas que tienen que permanecer aquí más tiempo, otras que tienen que volver y otras que de una se van a donde pertenecen; así es la cosa no más".







EMBARCACIONES CHILOTAS A ESCALA

Las islas del archipiélago ofrecen coigüe, luma, tepa, mañío, arrayanes y ciprés. Los isleños, siempre obligados a ser lo más autosuficiente posible, aplican toda su habilidad con las manos para fabricar lanchas y lanchones, herramientas de trabajo, casas, iglesias, imaginería religiosa e instrumentos musicales.

El desarrollo ha reemplazado las velas por motores y muchas tejas de alerce por planchas de zinc, pero los artesanos chilotos siguen demostrando esa destreza manual en objetos utilitarios y decorativos.

Las embarcaciones de madera a escala mantienen vivo el recuerdo de los veleros que navegaban mares y canales hasta mediados del siglo pasado. Las pequeñas réplicas de lanchones, lanchas y goletas dan cuenta de la tradición naviera patagónica, y de la relación profunda y atávica de este pueblo con "la mar".





Roberto Triviño Alvarado

MORROLOBOS, QUEMCHI

Desde el poblado de Quemchi, al noreste de la isla Grande de Chiloé, son casi 40 minutos en bote a motor hasta el sector de Morrolobos, en la isla Caucahué. En el trayecto aparecen pequeñas cabecitas de lobos de mar y saltan las toninas. Se atraviesan salmoneras y, cuando ya se va llegando a destino, se orillan largas playas pobladas de patos y gran variedad de aves. Ahí es donde Roberto ha vivido toda su vida.

Junto a Ana, su mujer, tienen su casita, un piño de vacas, gallinas, unas pocas ovejas y una cabrita, la Pepa, que le regalaron a su nieta mayor cuando nació y que le cuidan ellos mismos. También cultivan papas y mantienen una pequeña huerta.

Roberto comenzó de niño tallando pequeños botes para jugar. Replicaba las antiguas embarcaciones a vela que todavía alcanzó él mismo a navegar. Cuando alguien puso un día atención a la prolijidad y belleza de sus lanchas, se tomó en serio su talento y ya son más de 600 veleros que lo han llevado por el mundo.

“Nací en la isla de Caucahué y aquí he vivido toda mi vida. Mi señora también es de aquí, y aquí criamos a nuestros dos hijos, que hoy viven en la Isla Grande. Tenía pocos años yo cuando me saqué la uña de este dedo gordo tallando un botecito; unos 10 o 12 habré tenido, no más. Tengo en mis recuerdos a mi papá que alcanzó a navegar los veleros antiguos que andaban acá en Chiloé. De ahí yo creo que me llamaron la atención y, por jugar, me puse a fabricarlos con maderas del bosque, a hacer reproducciones a escala para hacerlos navegar; pero por jugar no más lo hacía yo.

Según lo que he investigado en la Historia, lo primero que se hicieron acá fueron los bongo, que consistían en troncos ahuecados que tiraban a la mar. Luego vinieron las dalcas o piraguas, que esas las hacían con cuero de lobo y con frazadas de lana a modo de vela. De ahí fue evolucionando la inteligencia y ya desde el siglo XIX hay testimonios del chalupón o lanchón chilote, que era el velero chico, de entre 4 y 7 metros; la lancha, que medía entre 10 y 12 metros, y la goleta chilota de dos palos, que llegaba a medir 18 metros. De esas embarcaciones alcancé a ver yo de chico a mi padre y a un tío mío, que me invitó en tres oportunidades a navegar con él hasta Puerto Montt.

Y estaba una vez navegando una lanchita a escala que había fabricado, cuando me vio un profesor de Ancud que me la compró y la puso en el museo de la ciudad. Era todavía chico yo y ahí se me prendió la ampollita de que podía hacer monedas con mis embarcaciones.

Cuando salí del colegio y me casé, además del cultivo del campo, fabricaba herramientas de trabajo y cosas como carretas de madera, pero poco a poco me fui quedando con las lanchas. Vendía en los veranos en la feria artesanal de Castro, y ahí me empecé a hacer conocido por la calidad y porque antes nadie hacía esto, yo era el único.

Un día vino don Lorenzo Berg, de la Universidad Católica, acá a Chiloé, y después de ver mi trabajo me invitó a participar de la muestra que hacen hasta el día de hoy como parte de un programa de artesanía. Desde entonces llevo 38 años en que no me he perdido feria. He recibido varios premios y distinciones y he viajado a otros países con todo pagado: Puerto Rico, Islas Canarias y Perú. He ido a mostrar y vender a ferias allá o también a encuentros de artesanos, que han sido bien útiles para aprender diferentes cosas y mostrar lo que uno hace.

Trabajo principalmente con madera de avellano, que saco de mi propio bosque, y alerce, que consigo que me traigan de la cordillera.





Lo primero es buscar pedazos curvos del mismo palo para hacer las cuadernas, que así se llama a las 'costillas' del esqueleto del casco del bote.

Aquí en el sector Morrolobos tenemos electricidad hace cuatro años, pero yo sigo trabajando casi todo manual. Mis herramientas son hacha de mano, serrucho, lijadora, cepillos, y martillo. En general trabajo más en invierno, cuando el campo no da *pega*, y no me instalo nunca todo el día, unas tres o cuatro horas no más porque si no me saturó; aparte igual hay que estar atendiendo a los animales, arreglando otra cosa... aquí nunca falta qué hacer.

Cuando me encierro en el taller pongo música chilota o también las rancheras tropicales, que son bien populares aquí en el campo. Las velas me las cose la Ana, mi señora, con crea cruda. Por lo general no pinto las lanchas; me gusta dejarlas al natural, aunque a veces algún cliente me encarga que se la pinte.

Con la Ana tenemos dos hijos, buenos chiquillos salieron; cariñosos y responsables. La hija es profesora en Castro y el hijo trabaja en una salmoneira al frente, en Quemchi. A ninguno se le dio esto de la talla en madera, aunque de chicos sí les gustaba mirarme mientras trabajaba. Pero la verdad se requiere mucha paciencia porque si no la madera se rompe, y el hijo me salió como *apurete* lo veo yo.

Los que se ven más entusiastas son los nietos que tengo del hijo: Juan Cristóbal me pregunta y se interesa bastante y la Catita... ¡esa agarra la cuchilla y empieza no más! Yo me la traigo aquí, se sube al bote y me ayuda a gobernarlo. Luego se me queda dormida en el camino y cuando llegamos a la casa me pesca las herramientas y se pone a tallar. ¡Esa nieta mía!

No puedo estar disconforme porque la artesanía me ha ayudado mucho. En términos de ingresos, me da el equivalente a lo que saco de la ventas de animales y de papas que cosechamos con mi señora; y en términos de satisfacción personal, ¡claro que ha sido bueno también! Mi trabajo ha sido reconocido y siento que la gente lo aprecia. El museo en Castro tiene una colección importante de mis piezas, y en Ancud hay una reproducción a escala bien bonita que hice de la goleta Ancud, la primera embarcación que en 1843 tomó posesión del Estrecho de Magallanes.

¿Cuántas lanchas y lanchones habré hecho en mi vida?... ¡Unos 600!... Vaya a saber uno... Tengo ganas de hacer otro ahora y llevarlo al Museo de Ancud para ponerlo junto a ese primero que hice a los 12 años y que me compró el profesor, ¡a ver cómo ha mejorado la mano en casi 50 años!".



TEJIDO CHILOTE

El chaleco chilote es producto de exportación. Al igual que las alfombras, las frazadas y los pies de cama. Los ponchos, gorros y calcetines. Los echarpes y sabanillas, las muñecas y las pantuflas; los choapinos con rosas.

A telar, crochet y palillo; las manos de las *tejenderas* hilan, lavan, urden, tejen; se mueven rápido con la destreza de pequeñas arañitas. Las más tradicionales siguen usando el *kelgwo*, un telar horizontal que se ubica en el suelo y exige trabajar sentada o arrodillada sobre el tejido.

El proceso de la lana comienza con la esquila, que se realiza con tijerones o a máquina durante la primavera. Según cuál sea la parte del cuerpo de la oveja de donde se extrae el vellón, se clasifican las distintas calidades para los diferentes hilados y tipos de tejido. Los colores vendrán de hojas y cortezas del bosque o de tinturas químicas. El arte viene de siglos de tradición, y de la destreza y oficio de mujeres de no descansan.





Elisa Vargas Vidal

SAN JAVIER, CURACO DE VÉLEZ

A estas alturas (72 años), Elisa Vargas dice que está más chica que nunca. Que de tanto estar de rodillas y agachada sobre el *kelgwo* se le ha deteriorado la columna, que su cuerpo se ha ido encogiendo y que a veces le duele mucho la espalda y las articulaciones. Pero igual sigue tejiendo. Si no, le baja la depresión y asegura que se enferma más rápido.

Aprendió de una madre que dejó varios hijos artesanos. De joven hacía el proceso completo, desde la esquila de la oveja hasta el último punto del tejido, pero actualmente prefiere comprar el vellón o la lana hilada para instalarse tranquila con sus palillos o en el antiguo telar de tres metros que ocupa la mitad de su casa en San Javier, en la isla de Quinchao, al este del archipiélago de Chiloé.

“Vengo llegando de médico, tuve que mentirle un poco. Le dije que no había tejido en el *kelgwo* esta semana, que a puro palillo no más, pero la verdad es que igual estuve en el telar... Es que si no se enoja y no me da remedio. Yo no pensé que me iba a doler de nuevo la columna porque no había hecho *na'* tanto frío... No sé ya, es la vejez no más. ¡Si ya estoy más encogida que nunca!

Más de 60 años tejiendo. En invierno cuando llueve estoy todo el día y casi toda la noche, más de 12 horas diarias. En verano es un poco menos, ahí salgo más para afuera. Igual siempre atiendo mis gallinas y mi huerta... pero ¡por Dios que he tejido!

Partí mirando a mi mamá, ella era muy *tejendera*. Le hacía a los canastos ella también, por eso le salimos artistas los hijos. Éramos 11 hermanos, pero tres se murieron niños de bronconeumonía. Yo soy la tercera, la mayor de las mujeres, y todas sabemos tejer bien y nos dedicamos a las alfombras, los choapinos y los chalecos; una de mis hermanas eso sí hace puros gorros. De los hombres hay dos que son muy buenos para la cestería, van a Santiago y todo.

Yo le ayudaba al principio a mi mamá con los flecos de los choapinos, y a mi abuela también le ayudaba... Mi abuela era muy muy fina para tejer, ella debe haber sido de las primeras que empezó con las alfombras con dibujos geométricos y de flores que se copiaban de las revistas y catálogos que empezaron a llegar a la isla, ¡si antes no había nada de eso! Se hacían pocas cosas y así del color de la oveja no más.

Yo sé hacer todo, desde la esquila hasta el final. Pesco el vellón y hago el hilado con el huso; armo las madejas con la rueca. Lavo la lana, la tiño con hojitas: barba de palo para el color anaranjado, pello pello para el verde, la guecha da el café. Los colores fuertes para las rosas de los choapinos, por ejemplo, los obtengo con anilinas importadas.

El *kelgwo* que yo uso es el que era de mi mamá. Hago trabajos grandes, he llegado a hacer alfombras de hasta de tres metros en él. Por eso le digo yo a las chiquillas allá en el mercado en Dalcahue que sus telares son juguetes de niños.

Estoy acostumbrada ya, pero es cansador el trabajo este. Para la urdimbre tengo que estar *pa'* allá y *pa'* acá pasando la lana porque yo soy sola y nadie me ayuda. Si por eso también el doctor me dice que siga con trabajos más chicos.

Los diseños uno los va viendo según la lana que tiene y como quedan los colores. Yo sigo trabajando mucho con las revistas y catálogos de mi mamá para los choapinos y las alfombras. Las frazadas y chalecos a palillo ya salen más de la creación de uno.





Somos cuatro hermanos solteros. Yo no sé por qué no me casé la verdad; me dio miedo, pero no sé de qué. Antes no era nada, pero ahora con la vejez a veces me hace falta compañía. Los hermanos sí somos bien unidos. Cuidamos a nuestro papá hasta el final. Él murió hace no tanto, a los 95 años, y lo tuvimos siempre bien atendido. Mi mamá falleció hace más. Nos quedamos un día trabajando hasta tarde y esa misma noche le dio un ataque y se murió. Mi hermano Ramón la encontró muerta en la cama. Tenía 68 no más, pobrecita. Fue muy triste para la familia. Lo bueno es que no sufrí.

Tengo una sobrina que es habilosa para tejer también. Ella a veces se viene a acompañarme y tejer conmigo. En el mercado de Dalcahue tengo un puesto y los domingos pongo mis cosas y





algunos tejidos de ella también. Igual trabajo mucho por encargo. Por varios años fui a la feria de la Universidad Católica en Santiago pero ya no, me cuesta más moverme ahora.

Me siento orgullosa de los logros que me ha permitido mi trabajo. Me compré mi terreno, saqué mi casa por subsidio, y yo que soy sola, me he podido mantener. Recibí un reconocimiento del gobierno hace unos años con el que me subieron la pensión, así es que eso fue bueno también. Pero *na'* pues. Siento igual que se vienen los achaques... Yo de tejer no voy a parar en todo caso, por mucho que me diga el doctor. Si uno deja de trabajar se enferma más. ¿Qué me voy a quedar haciendo?, ¿mirando el infinito?".





CESTERÍA EN JUNQUILLO

Los pueblos aborígenes que habitaron la Patagonia –tehuelches, kawéskar, onas y yaganes– desarrollaron artesanías que les permitieron sobrevivir y aprovechar los recursos de un medio ambiente desafiante. De las pocas prácticas que se mantienen, la elaboración de canastos de junquillo conserva la técnica y las formas ancestrales de estos utensilios que servían para la recolección de mariscos y frutos secos.

El junquillo es un pasto de agua que crece generalmente en zonas de turba, una especie de esponja de musgo que se reproduce en lugares húmedos. Las fibras cosechadas se deben dejar secar por unos días y luego se tejen armando una especie de emarrillado que se va disponiendo en forma de espiral.

Los pequeños cestos, canastos con tapa y paneritas se arman sin necesidad siquiera de una aguja o una tijera. Son solo las manos y el bosque.





Carolina Quintul Coliboro

PUNTA ARENAS

Sale del bosque cargada de bolsas como quien sale del supermercado: pitranas o “pan del indio” para comer en ensalada, paquetes de frutillas silvestres cuando es temporada, barbas de viejo para teñir la lana de sus tejidos y sacos de junquillo para elaborar sus canastos.

Desde que descubrió su origen kawéskar, se encantó con la historia, la lengua y las tradiciones de los nómades canoeros que recorrían los canales patagónicos al sur del golfo de Penas hasta el estrecho de Magallanes. Carolina aprendió la cestería propia de los aborígenes y desde entonces la practica como forma de expresión cultural, medio de sobrevivencia y como una manera de hacerle frente también a las dificultades que le toca sobrellevar.

“Cuando era pequeña no sabía que tenía una identidad propia. Pero recuerdo que me llamaba la atención que a veces nos visitaban amigos y familiares con los que mi madre hablaba una lengua que era extraña. Me acuerdo también que estas personas nos hacían regalos; le llevaban carne de lobo a mi mamá y unos aceites que nos daban a tomar a los niños, aceite de lobo era; para ponernos en el cuerpo y tomarlo para que no nos resfriáramos.

Fuimos cuatro hermanos nosotros pero, cuando nació el menor, mi mamá terminó por enfermarse grave de los pulmones y la tuvieron que llevar a un sanatorio. Nos separaron para siempre de ella para que no nos contagiáramos. Mi papá era marino y lo iban trasladando de lugar, así es que a nosotros nos metieron internos aquí en Punta Arenas. Un tiempo no más vivimos con mi papá en Valparaíso pero luego nos volvieron a dejar en pensión aquí. Murió mi mamá, una amiga de ella se hizo cargo de mi hermano chico, y ya después cada uno siguió por su lado.

Yo me emparejé, tuve tres hijos con mi primera pareja, pero era bueno para tomar y bastante *chamullero*, así es que al tiempo me separé de él; eran chicos los niños todavía. ¡Qué no hice por sacar a mis chiquillos adelante! Hasta el diario vendí... Me levantaba a las 5 de la mañana y me ponía en la carretera camino al aeropuerto a vender. Trabajé también de empleada en varias casas. Siempre tuve buenas patronas a Dios gracias. Trabajaba puertas afuera eso sí, nunca me separé de mis hijos. Iba con ellos a trabajar; las patronas me dejaban. Hasta el día de hoy mantengo contacto con algunas de las señoras y les ayudo en ocasiones.

Ocurrió que un día mi hijo mayor, Alejandro, fue con su escuela al museo y llegó a la casa contando que había visto unas fotos con personas que se parecían a mí. Me preguntaba si no éramos familia de la gente que aparecía en esas fotos. Yo lo acompañé a mirarlas y me empecé a interesar. Me entró la curiosidad y fui hablando con mis tías, mis tíos; preguntando el origen de la familia. Y llegué hasta la quinta generación materna hacia atrás. Por el lado de mi papá yo sabía que la familia era de Osorno, de origen huilliche, pero por el lado de mi mamá llegué al conocimiento de que éramos kawéskar, y que esa era la lengua que yo escuchaba de niña cuando venían los parientes a vernos. Mis ancestros provenían de la parte sur de Isla Dawson y Fuerte Bulnes.

Me comencé a interesar por todo lo de mi cultura. Para saber más, me acerqué a un historiador, Sergio Lausic, y cual no fue mi sorpresa cuando me muestra una vez una fotografía en la que aparece una tía abuela de él, croata, con un grupo de kawéskar que trabajaban sus tierras, y, entre ellas, ¡una pariente mía!



Ahí fue de a poco que quise aprender, quise aprender, y empecé a investigar la artesanía que elaboraba la gente de mi pueblo: la cestería de junquillo. Tenía una tía abuela yo que sabía la técnica pero como que no quería mucho enseñarme, era muy cerrada ella. Otras tías me enseñaron un poco, la abuela Rosa Catalán, que en realidad no es abuela pero así le decimos. Al final igual fue más la práctica la que me llevó a manejar el oficio.

Me puse a vender mis cositas en la plaza aquí de Punta Arenas. ¡Más de 15 años llevo ya en la plaza! Al principio ponía una mantita con mis canastos, hasta que hace unos años la municipalidad nos pasó los carritos que tenemos ahora. Daniel, mi tercer hijo, es el que me ayuda a atenderlo.

El junquillo es un pasto de agua. Yo lo recojo en San Juan, un poco más al sur de Fuerte Bulnes. Se debe pedir permiso a la Madre Tierra para sacarlo, ve que eso no es *na'* de uno, pertenece a la naturaleza. A veces voy yo o a veces va Juan, mi actual pareja, porque a él le cunde más. Me trae un saco y con eso tengo para un mes.

El junquillo se saca de raíz y se deja orear por un par de días, o dependiendo del clima, hasta que se ponga más seco. ¡Y ahí ya está para ponerse a tejer! Se comienza con un pequeño rollito circular de hebras que se van enrollando con otra que va sola. Las fibras más secas se dejan para relleno y las verdes, más flexibles, se separan para ir tejiendo. Una vez una señora a la que le enseñaba, me decía que era como hacer el punto festón. Yo no sabía del nombre de ese punto pero me imagino que sirve para explicar cuál es el trabajo que se hace.

Los canastos que hago son los típicos con tapita, otros de tamaño más grande y abiertos, y paneritas también. Son formas que uno ve que están en los museos y que los aborígenes utilizaban para recolectar y guardar mariscos, frutos secos y utensilios caseros.

Me gusta todo el proceso a mí. Me gusta ir al bosque, ¡vuelvo con de todo! Aprovecho de sacar barbas de viejo para teñir lana para mis tejidos, pinatra o "pan del indio", que también lo llaman, y que son como unos hongos para comer con ensalada, frutillas silvestres cuando hay... Y me gusta después sentarme a tejer mis canastos. Juan también me ayuda.

Fue tanto lo que me entusiasmé con estudiar y mostrar la cultura kawéskar que aprendí la lengua; hasta el día de hoy enseño en colegios a los niños e incluso hice un video que muestra lo que ha sido mi historia; lo que ha significado para mí conocer mis antepasados. Yo me considero muy líder, siempre estoy buscando





hacer cosas, entonces ejercí varios cargos en comunidades indígenas y de todo tipo, en realidad, porque hasta fui yo misma la que consiguió que sacáramos estas casas aquí de la Villa Fresia Alessandri. Mire la coincidencia que me vino a tocar la mía en el pasaje Junquillo...

Desgraciadamente todo se vio aplastado con la enfermedad de Carlitos, el menor de mis hijos. Después de los tres primeros que tuve con mi primera pareja, tuve otros dos con Juan. Carlitos era simpático, ¡el del millón de amigos! Se alcanzó a titular y trabajaba de camarógrafo para el canal local de televisión. Empezó con un dolor de cabeza que se fue transformando en parálisis. Entremedio tuvo un choque bien fuerte; en un año quedó postrado. Y así lo tengo. 24 años tiene y ya lleva cuatro en cama; usando pañales, alimentándose por sonda.

Estuve un tiempo con una depresión fea porque Daniel ya tenía problemas al riñón, hasta el día de hoy tiene que hacerse diálisis tres veces por semana, entonces después esto... Estuve bien mal. Ver sufrir a un hijo... ¡estaba demasiado vivo Carlitos! ¡En la plenitud de la vida! Le gustaba la música... ¡viera los videos que guardo con sus presentaciones en el Carnaval de Invierno que se celebra aquí en Punta Arenas! Pero le pido ayuda a Dios para mantenerme a raya de la depresión, porque yo no quiero eso. Yo necesito justo lo contrario, y en ese sentido la artesanía me ayuda... ¡Me ayuda a tirar *pa'* arriba no más! No queda otra".

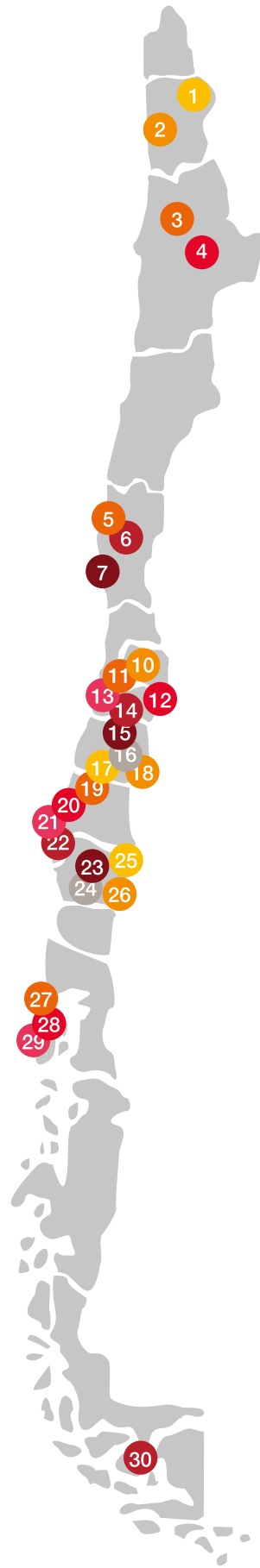
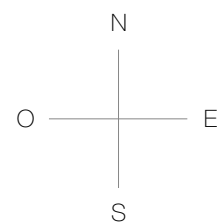




BIBLIOGRAFÍA

- Baixas, María Isabel: *Artesanía Chilena Tradicional*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1993.
- Barrales, Catalina; Vergara, María Eugenia: *Alfareras de Pilén*, Fondart Región del Maule, 2008.
- Berg, Lorenzo: *Artesanía Tradicional de Chile*, Santiago, Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, 1978.
- Campbell, Ramon: *El Misterioso Mundo de Rapanui*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1973.
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes: *Chile Artesanal, Patrimonio hecho a mano*, Colección Patrimonio, 2008.
- Consejo Nacional de la Cultura y las Artes: *Tesoros Humanos Vivos*, Santiago, Publicaciones Cultura, 2012.
- Dannemann, Manuel: *Artesanía Chilena*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1975.
- González, Carlos: *Simbolismo en la Alfarería Mapuche*, Santiago, Colección Aisthesis de Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984.
- Kaplun, Mariana: *Maestros Artesanos*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2006.
- Lira, Trinidad; María José Flaño: *Artesanías de Chiloé*, Santiago, Ediciones Origo, 2012.
- Painecura, Juan: *Charu, Sociedad y cosmovisión en la platería mapuche*, Ediciones UC Temuco, 2011.
- Peters, Carlos; Núñez, Sobé: *Artesanías de Chile, un reencuentro con las tradiciones*, Santiago, Ministerio de Educación, 1999.
- Rodríguez, María Celina: *Artesanía, nuestra cultura viva*, Santiago, Sercotec/Pontificia Universidad Católica de Chile/Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Sitios en Internet:
www.cnca.cl
www.memoriachilena.cl
www.artesantiasdechile.cl

ÍNDICE



Pág. 21	1	Isabel Challapa Castro / Enquelga, Colchane / 8-2851810
Pág. 33	2	Uberlinda Vera Jofré / Pozo Almonte / 8-2950428
Pág. 45	3	Eva López Quispe / Lasana, Calama / 7-5575836
Pág. 59	4	Alejandro González González / Toconao, San Pedro de Atacama / 9- 8307861
Pág. 71	5	Antonio Calfuñanco Vergara / Peñuelas, Coquimbo / 9-1819195
Pág. 83	6	Luis Flores / Alfaro Combarbalá / 53-2741338
Pág. 97	7	Mariana Huerta Morales / Guangualí, Los Vilos / 7-7261524
Pág. 109	8	Bene Tuki Pate / Hanga Roa / 7-7095711
Pág. 119	9	María Atan Pakarati / La Perouse, Hanga Roa / 9-6166978
Pág. 131	10	María Olga Espinoza Díaz / Talagante / 9-7181209
Pág. 141	11	Juanita Mendoza Pailamilla / Pomaire, Melipilla / 9-3728117
Pág. 153	12	Juan Carlos Orellana Zapata / Coya, Machalí / 9 1506421
Pág. 165	13	Julia Peralta Monsalva / Doñihue / 9-2556575
Pág. 175	14	Florindo Duque Jorquera / Chimbarongo / 6-8646155
Pág. 187	15	José Carrillo Méndez, Teno / Caletera Los Pinos 025, lote 13
Pág. 197	16	Pablo Vargas Roco / San Clemente / 71-2622014 / 9-7180816
Pág. 207	17	Mario Medina Canales / Linares / 73-2222479
Pág. 219	18	Rosalía Jorquera Valdés / Rari, Colbún / 8-5955687
Pág. 231	19	Delfina Aguilera Lara / Pilén, Cauquenes / 8-8583211
Pág. 243	20	Mónica Venegas Rojas / Quinchamalí, Chillán / 8-4165577
Pág. 255	21	Elvira Muñoz / Copiulemu, Florida / 9-5780661
Pág. 267	22	Georgina Castillo Flores / Hualqui / 41-2782664
Pág. 279	23	Matilde Painemil Millanao / Temuco / 8-3907068
Pág. 291	24	Juan Antonio Painecura Antinao / Temuco / 7-1259641/ 45-2315630
Pág. 303	25	Dominga Neculmán Mariqueo / Temuco / 8-3497399
Pág. 315	26	Héctor Bascuñán Briones / Villarrica / 8-9034185/ 45-2414289
Pág. 327	27	José Marlicán Lindsay / Ancud / 6-2928353
Pág. 341	28	Roberto Triviño Alvarado / Morrolobos, Quemchi / 9-8995396
Pág. 351	29	Elisa Vargas Vida / San Javier, Curaco de Vélez / 9-2482465
Pág. 363	30	Carolina Quintul Caliboro / Punta Arenas / 6-3476653

*Mapa de Chile y sus regiones

